J. Krishnamurti

diálogos con krishnamurti



DIÁLOGOS CON KRISHNAMURTI

por

J. KRISHNAMURTI

Editorial KRISHNAMURTI, Inc.
Apartado 20342
RIO PIEDRAS - PUERTO RICO, 00928

1968

PARA QUÉ SE CELEBRAN ESTAS REUNIONES

«Antes de que empecemos a hacer preguntas creo que deberíamos averiguar para qué se celebran estas reuniones... Durante estas siete discusiones matinales vamos a investigar —no teóricamente, ni en ningún sentido abstracto, sino en realidad—, la mente que se halla en estado de constante aprender... Vamos a estar haciendo, y en el hacer, aprendiendo. Lo cual se vuelve extraordinariamente interesante y vitalizador. Mas, antes de hacer esto, ¿no deberíamos descubrir cuál es el estado de la mente que está haciendo y al hacer, aprendiendo? Por favor, no aguarden a que yo se lo diga. Vamos a descubrirlo juntos.

Han venido ustedes esta mañana de prisa y se han reunido en la tienda hablando y dándose los buenos días unos a otros. Pueden sentarse y escuchar calladamente, pero aún tienen las mentes agitadas. Y cuando la mente está agitada, cuando el cerebro está reaccionando con mucha rapidez y viveza, en forma crítica, ¿se halla la mente en estado de hacer y aprender? ¿O es necesario para ello un estado del todo distinto?

Para mí, este acto de aprender es una de las cosas más importantes de la vida. Uno despierta en una mañana como ésta y ve el cielo, la belleza de las colinas y los árboles. Mas lo mira uno todo, no con frescura, no con fervor, con vehemencia o pasión, sino que lo

compara con algo que sucedió ayer, lo juzga, lo valora. Cuando uno hace eso, todo aprender ha terminado.

Antes de escuchar, ¿no tienen ustedes mismos que descubrir lo que en realidad ocurre en la mente que está escuchando o que va a escuchar? Si ustedes van a escuchar con la mente agitada, llena de charla, entonces no tienen espacio en que aprender...

...Si todas las mañanas podemos venir y sentarnos con ese silencio alerta, no un silencio en blanco, entonces quizá nuestras discusiones sean un extraordinario acontecimiento. Yo no hablaré durante largo rato; haremos preguntas y discutiremos las cosas. Y si escuchamos con esa completa calma y quietud, entonces empezaremos a descubrir la naturaleza y la cualidad del silencio...»

DISCUSIONES EN LONDRES

I

¿Cómo vamos a proceder en una reunión como ésta? ¿Discutiremos? ¿O prefieren ustedes hacer preguntas? ¿O bien les gustaría que yo hablara un poco y luego discutiéramos?

Habiendo estado virtualmente en todo el mundo, creo yo que, en realidad, en todo ser humano tiene que producirse una enorme revolución interna, y no simplemente ideológica o un mero cambio intelectual de conceptos y fórmulas. Tengo la impresión de que llegamos a un callejón sin salida, en lo intelectual, en lo emotivo y sentimental. No hay futuro alguno en esa dirección. En lo intelectual ve uno la completa desesperanza de la vida inútil que hace, una vida que carece de todo sentido; y, en lo sentimental, en lo emotivo, es muy superficial, vacía. No tiene sentido tampoco volverse sentimental, devoto, ni aceptar conceptos religiosos, dioses e imágenes, adoración y ritual. Todo ello carece por completo de significado.

¿Qué va uno, pues, a hacer? La mayoría de las personas reflexivas han dejado de un lado las creencias religiosas, los dogmas, dioses y rituales, toda la farsa que continúa en nombre de la religión. Y cuando uno deja de lado en efecto esas cosas, se siente enormemente vacío, solitario y desesperado; está dispuesto a suicidarse o a afiliarse a alguna sociedad mística, o a crear algo dentro de sí mismo. Si uno lo niega todo

en realidad, literalmente, como tiene que hacerlo (sus propios conceptos, fórmulas, proyecciones, ideas, temores, esperanzas, y todas las demás cosas a que nos aferramos en nuestra vida diaria), y si es posible rechazar todo eso con inteligencia, y no como reacción, sin comprometerse con ningún particular grupo político o religioso, con ninguna idea o acción, ¿dónde estará uno entonces? No sé si tendrán ustedes siquiera una impresión así. Y, si la tienen, si uno la tiene, «sin arrojarse al lago», ¿hay alguna cosa más? Después de todo, eso es lo que tratamos de descubrir, ¿no es así? Sin aceptar ninguna autoridad, ninguna salvación personal, y todo eso, que es demasiado falto de madurez.

Cuando uno llega, en efecto, a esa situación, ¿existe alguna cosa más que no sea auto-proyectada, que no sea una imaginación, una visión, una exaltada sensibilidad? Todas estas cosas son bastante sencillas de explicar, de comprender y de producir. Si uno es siquiera serio, ¿cómo sigue adelante? Eso es lo que quisiera discutir. No sé si desean ustedes discutir esto.

Con las cosas bastantes evidentes, creo yo, puede uno lidiar: las guerras, la terrible inanición de Oriente, la pobreza, la enorme revolución técnica que se está realizando, el cerebro electrónico y la automatización que darán dilatado tiempo libre al hombre; no de inmediato, sino tal vez dentro de cincuenta o de veinte años, el hombre va a tener mucho ocio; se le va a librar del trabajo, del incesante afán. Y ¿qué va a pasar entonces?

Si uno es siquiera serio, ¿qué hace? Con esa palabra me refiero, no a determinada seriedad producida por la voluntad, sino a una seriedad que viene de manera natural. Cuando uno observa todas las superficiales tendencias del hombre, lo que está ocurriendo en el mun-

do y en nosotros mismos, llega de modo inevitable, creo yo, a cierta clase de seriedad. Y si uno es serio en ese sentido (y tiene que serlo, después de todos estos años de discusión, de hablar, escuchar, forcejear con la vida), creo que tiene que haber llegado, de modo natural, a ciertos rechazos, ciertas negaciones de las cosas que han sido impuestas al hombre por su propia ambición, codicia, etc., y por la sociedad que él ha creado. Cuando uno rechaza todo eso, se vuelve en efecto bastante serio. Con la palabra seriedad no me refiero a acudir a varios grupos de meditación y escuelas de yoga, y todas esas cosas.

Si uno es en modo alguno serio, ¿qué es lo que en realidad sucede? Creo que tal vez valdría la pena discutir, penetrar en ello en estas seis reuniones; porque podemos seguir arando perpetuamente, sin sembrar nunca, y me temo que los más de nosotros hacemos eso: seguir arando, sin saber cómo sembrar, sin tener la capacidad de proceder de modo inteligente después de arar.

Interlocutor: Krishnamurti, habla usted de preparar y sembrar. La cosa es que no sabemos qué sembrar. Llegamos al punto en que no sabemos qué hacer.

KRISHNAMURTI: La dama dice que no sabemos qué hacer. Creemos haber arado, mas después no sabemos cómo sembrar, ni qué hacer.

Interlocutor: Es muy fácil HACER cosas, mas no es tan fácil limitarse a poder SER.

KRISHNAMURTI: La dama dice que es cuestión de ser, no de arar o de sembrar; mas nosotros no sabemos cómo ser.

Interlocutor: ¿Qué entiende usted por "sembrar", Krishnaji?

KRISHNAMURTI: Eso es sólo un símil, señor. No abuse del símil hasta destruirlo. Para mí, sembrar, arar, es en realidad como entrar dentro de sí mismo. Y el mismo acto de arar, si uno entra dentro de sí a gran profundidad, es el sembrar. No es que sean dos cosas distintas. No podemos, pues, seguir adelante con ese símil.

Después de todos estos años de lucha, pena, de buscar, de sumarse a este grupo o a aquel, de ir en busca de los Maestros, de algo misterioso, tratando de hallar alguna cosa permanente, alguna esperanza, algo llamado lo eterno, lo que está fuera del tiempo, y así sucesivamente, tenemos que descubrir si podemos tirar esas cosas a un lado. Hemos jugado con todas ellas, las hemos buscado, hemos luchado e ido tras ellas, nos hemos incorporado al partido comunista, al socialista, o hemos hecho una vida sencillísima, como la hacen en la India, con un taparrabo y una sola comida al día, creyendo que ésa es la vida religiosa, y sentándonos a orillas de un río, en meditación incesante. Hemos jugado con todo eso. Puede ser que no haya hecho usted directamente estas cosas, pero las ha observado; y, si uno las ha observado de modo inteligente, sin reacción, uno las rechaza. Existen las diversas escuelas en que le enseñan a usted a darse cuenta, a practicar; y ve usted también a través de eso. Ve a dónde ha llevado el comunismo. Y si uno se da cuenta en modo alguno de todo esto, quiere paz, desea cierta cualidad de mente, sin engañarse de manera incesante. Estoy seguro de que ha hecho usted todo esto. En caso contrario, tiene uno que empezar de nuevo desde el principio, con el descondi-

cionamiento de la mente, cómo hacerlo, si es posible hacerlo, o si es factible de algún modo librarse del miedo, de la desesperanza, la ansiedad, la codicia, la envidia, la busca del poder, de la posición, del prestigio: de todas esas cosas.

Interlocutor:Hay muchos jóvenes hoy que han viajado por todo el mundo, y que creen haber alcanzado algo. No se han establecido en ninguna sociedad. ¿Qué dice usted de ellos?

KRISHNAMURTI: Deje en paz a los demás. Si uno mismo ha hecho todo esto: entrar en el partido comunista y salir de él; volverse persona religiosa y dejarlo; estar un mes o dos en un monasterio y verlo todo, para dejarlo después; leer todos los libros ingeniosos, etc., etc., etc.; si uno ha hecho algo de eso, o al menos se ha dado cuenta de su trayecto a través de todo ello, sin a ello afiliarse necesariamente, entonces, ¿qué? ¿Acudiremos a otra persona para que nos diga lo que hay que hacer? Es evidente que no. Está claro que, si ha pasado usted por todo esto, desecha toda autoridad, autoridad en el sentido de ley. ¿Qué tiene que hacer entonces? No puede estar pendiente de otro; no puede confiar en él; no tiene usted fe en otro. Entonces se tiene a usted mismo, usted en relación con la sociedad. O, más bien, *es* usted la sociedad, porque es un ser humano, un ser humano que ha vivido dos millones de años, creando este mundo espantoso. Usted *es* eso, la sociedad, la cual usted ha creado. Comprendiendo esto, ¿qué va uno a hacer? Ya no hay autoridad fuera de uno mismo que le diga lo que hay que hacer. Toda esperanza, toda desesperación, forma parte de uno mismo, y crea uno, en pos de su esperanza, grandes cosas, grandes imágenes,

utopías y dioses, y todo lo demás; o estando desesperado, se incorpora a alguna trivial pequeña sociedad, o «se tira al lago». Y si uno no hace *ninguna* de esas cosas, lo cual es *muy* difícil, tal vez no haya llegado aún al punto en que rechaza por completo todas las cosas, sin cinismo, sin amargura, sin desesperación. Ese puede ser el punto decisivo, real para todos nosotros, la cuestión fundamental. Tal vez no sea posible alcanzar tal punto, sin *ninguna* desviación, sin reacción alguna. Ello requiere enorme disciplina propia, extraordinaria atención, estado de alerta, y puede ser que uno no quiera todo esto.

De modo que, *si* uno ha llegado a ese punto en que no hay falseamiento, de ser ello posible, en que la mente puede funcionar con mucha claridad, no en secciones sino como un todo; si uno puede llegar a eso con energía, con vitalidad, con libertad, ¿hay alguna cosa más? Y ¿es posible llegar a ese punto? Sabiendo lo que es la sociedad, su influencia, el propio trasfondo, la tradición, las influencias y el condicionamiento, y cuán astuta y sutil es la mente para evadirse, nos preguntamos: ¿Es ello humanamente posible?

Interlocutor: Los más de nosotros tenemos que funcionar dentro de la sociedad, simplemente para ganarnos el pan diario.

KRISHNAMURTI: Eso es lo que quiero indicar. Al vivir en sociedad, y estando fuera de ella en otro sentido, ¿puede uno llegar a ese punto? Porque el vivir es acción. El vivir es relación, es un movimiento: no es ganarse el sustento *y* vivir. Tomando la cosa en conjunto, ¿es posible vivir en este mundo y llegar a ese punto, sin escapar a los monasterios, y todas esas cosas

sin sentido, ni identificarse con una determinada nación o grupo, trabajando a favor del comunismo o de alguna otra causa? Viviendo en este mundo, ¿puede uno llegar a ese punto? Si no puede, entonces tiene que sacar el mejor partido de este mundo, y por lo tanto, carece de sentido este espantoso fastidio y esta monotonía de la vida, ir a una oficina durante cuarenta años para ganarse la vida, y ahí termina la cosa. Al ver eso, uno se rebela; se convierte en un «beatnik» y todo lo demás; o bien se vuelve extraordinariamente superficial, y quiere que se le divierta de manera incesante.

También usted habrá visto y leído, u oído, o bien se lo habrán dicho, como a mí, que la automatización y la máquina calculadora van a dar al hombre un ocio grandísimo. ¿Qué va a hacer el hombre con ese ocio? Ya se está hablando de una semana de veinte horas.

Interlocutor: Tiene usted que llegar a ese punto y luego permanecer en él.

KRISHNAMURTI: Eso es lo que quiero decir.

Interlocutor: Y descubrir uno mismo lo que es.

KRISHNAMURTI: Sí. Mas, ¿cómo llegar a ese punto? ¿Me sigue usted, señor? Los más de nosotros andamos a tientas en la oscuridad. ¡Leemos tanto! ¡Han dicho tantas cosas las muchas personas religiosas, todos los ingeniosos escritores, los existencialistas y todos los demás!

Interlocutor: Por lo que dice usted, no hay entonces respuesta en palabras ...

KRISHNAMURTI: Pensemos sobre ello; no lleguemos aún a ningún criterio final, a ninguna decisión.

Creo que es muy importante la forma de llegar a ese punto.

Interlocutor: ¿Llegamos a él, o es que en realidad nunca estamos fuera de él?

KRISHNAMURTI: Siempre estamos en él.

Interlocutor: Pero no lo percibimos.

KRISHNAMURTI: ¡Ah! Así es, señor. Siempre estamos en él, pero no nos *damos cuenta*. Sin embargo, nos damos cuenta de nuestra desdicha, de nuestra desesperación, de nuestro incesante conflicto con nosotros mismos, y cuando estamos libres de estas cosas, tal vez seamos *eso*, sea lo que fuere.

Interlocutor: Creo que nos esforzamos en llegar a esa situación, pero siempre vemos que es una reacción; no llegamos a ella de manera espontánea o libre. Siempre es un intento mediante la reacción frente a alguna otra cosa.

KRISHNAMURTI: Sí, señor. Aquí tenemos un ejemplo: ha vivido uno treinta años, cuarenta, u ochenta. ¿Dónde está uno? ¿Todavía en la misma jaula? O bien, como reacción, se ha salido de ella y ha creado otra jaula; o, al no encontrar una respuesta a la vida, se limita a ir a la deriva. ¿Sería, pues, acertado el preguntarse dónde está uno, pero no como reacción, sino simplemente como un reto? Sería muy interesante hallar la respuesta de uno a ese reto.

Interlocutor: No se refiere usted al lugar en que uno está, se refiere al estado mental.

KRISHNAMURTI: Sí, señor; ¡no en Wimbledon! *(Risas.)*

Interlocutor: Señor, todo el problema está en que uno llega a un punto en que de súbito siente: "Estoy aquí, fuera de todas las cosas", y de repente le da miedo de ese vacío. El vacío, naturalmente, sigue siendo un concepto que no ofrece oportunidad de analizarlo. Y aun antes de que en efecto sobrevenga, usted cree que le va a devorar, e inicia de nuevo otra reacción que también crea temor, y otra vez vuelve usted a repetirlo todo.

KRISHNAMURTI: De modo que, si usted se hiciera la pregunta, esa sería su respuesta.

Interlocutor: Es probable que no pueda uno mantenerse continuamente en ese estado.

KRISHNAMURTI: No, señor, no. No se trata de permanecer de manera continua en cierto estado.

Interlocutor: Vea usted, uno LLEGA a ello; pero no le da una oportunidad. Viene uno a una cosa desconocida, y en el momento mismo de acercarse a ellas piensa: "Voy a mirar atrás".

KRISHNAMURTI: Comprendo. Muy bien.

Interlocutor: Por un lado cree uno que quiere una cosa; por el otro está luchando contra ella.

KRISHNAMURTI: Todo eso implica conflicto, ¿no?

Interlocutor: Exactamente.

KRISHNAMURTI: Y el conflicto es contradicción. Contradicción, conflicto y esfuerzo: ese es nuestro círculo.

Interlocutor: Es importante tener este concepto sobre un ideal.

KRISHNAMURTI: No, no, nada de concepto. Señor, mire: vivimos con el amor y el odio, con la ira y el placer, ¿no? El conflicto continúa en nosotros, siempre, de modo incesante. Y eso es contradicción que engendra esfuerzo; y éste es una reacción. Todo esto lo sabe usted.

Interlocutor: Hizo usted la pregunta sobre si ello es posible.

KRISHNAMURTI: Dejemos a un lado esa pregunta. Vamos a formularla de distinto modo. Digamos que he vivido durante cuarenta años. ¿Dónde estoy? Estoy casado, con un hijo, con sexo, ira, celos, ambición, una casa, una familia, las disputas, los errores, los fracasos. Soy todo *eso;* queriendo más, luchando por más. Y digo: "¿Dónde estoy ahora al cabo de cuarenta años, o de ochenta? ¿Dónde estoy? ¿En la misma vieja molienda?

Interlocutor: No la misma del todo, pero casi la misma.

KRISHNAMURTI: Modificada.

Interlocutor: Señor, ¿no consiste el problema en que nuestra mente es como un magnetófono? Lo registra todo durante tantos años, pero siempre la misma cosa.

KRISHNAMURTI: ¡Sí, señor, sí!

Interlocutor: Se vuelve uno sobre sí mismo y se dice: "Todo esto es basura." La respuesta es desecharlo. ¿Qué va uno, pues, a hacer? En el momento de desecharlo, la mente graba un poco más, tal vez con algo más de variedad, de modo que uno continúa descargando sobre la cosa, indeciso entre desecharla o no desecharla.

KRISHNAMURTI: Se dice uno, pues: "Soy una máquina que sin cesar está repitiendo, repitiendo con modificaciones, no es siempre el mismo gramófono, el mismo sonido. Se modifica, cambia, pero dentro del mismo modelo. ¿Qué va uno, pues, a hacer? Si uno comprende eso, ¿qué va a hacer? ¿Romperlo? Y ¿cómo romperlo sin crear otro modelo?

Interlocutor: No tiene uno que romperlo si comprende y se dice: "Soy una máquina que repite esto, aquello o lo otro." En el minuto en que uno comprenda esto, por estar mirándolo, sencillamente deja uno de seguir siéndolo.

KRISHNAMURTI: ¿Cómo lo mira usted, pues? ¿Cómo percibe que es usted una máquina, y no deja que el magnetófono cree otro modelo de máquina, otro registrador, y así sucesivamente, la incesante repetición modificada? ¿Cómo va uno a captar los propios modos mecánicos de pensar, de tal modo que uno quede libre por completo, sin poner en marcha otro mecanismo? No sé si me estoy expresando con claridad.

Interlocutor: Lo que uno tiene que hacer, me parece, es captar mejor cualquier medio ambiente en que esté

viviendo, en cualquier momento dado, porque, haciendo eso, está uno más en lo presente.

KRISHNAMURTI: Muy bien. Entonces, ¿qué entiende usted por "percibir", por darse cuenta? Yo me doy cuenta del ambiente en que vivo: de la sociedad, la familia, de los amigos, de la ocupación.

Interlocutor: No, no me refería simplemente al ambiente inmediato, sino a la totalidad.

KRISHNAMURTI: Empecemos despacio, ¿no le parece? Cuando hablamos de darnos cuenta, ¿qué entendemos por esa expresión?

Interlocutor: Mirar.

KRISHNAMURTI: Mirar. ¿Cómo mira?

Interlocutor: Para mirar, es preciso que no haya uno que mire.

KRISHNAMURTI: Así es, señor. ¿Estamos intercambiando palabras, o hechos reales? ¿Comprende usted, señor, lo que quiero decir?

Interlocutor: Creo que el darse cuenta implica el establecimiento de una relación.

KRISHNAMURTI: No, señor; sólo un momento, señor. Lo que pregunto, ante todo, es el significado de esas palabras, darse cuenta. Me doy cuenta de que estoy sentado frente a este micrófono. Y digo, ¿qué entiendo por darme cuenta de esto? Lo veo, y sé que es un mi-

crófono; y eso es muy sencillo. No hay nada de particular en ello. Pero me doy cuenta de que está usted sentado ahí y de que yo estoy sentado aquí. ¿Hay alguna relación entre usted y yo? Eso forma parte del darse cuenta, ¿no? ¿Lo miro con mis particularidades, idiosincrasias, tendencias, prejuicios? ¿O es que lo miro a usted sin nada de eso? Si lo miro con todo el contenido de mi mente, entonces no lo estoy mirando; no me doy cuenta de usted. Veo; ¿es ello verbal o efectivo? Tengo un concepto intelectual de que no lo percibo a usted cuando mi mente está llena. ¿Es eso simplemente un concepto? ¿O es un hecho, la comprensión de que no lo percibo cuando me llenan mis propios temores, esperanzas, problemas y todo lo demás? Sólo puede haber un contacto, una captación, una comunión entre usted y yo cuando tanto usted como yo, al mismo tiempo y nivel, con la misma intensidad, estamos libres, usted de su trasfondo y yo del mío. Entonces podemos comunicarnos. Y, bien mirado, eso es el amor. Todo eso es darse cuenta, seguramente. No sólo percibo los colores de las paredes, y la gente, el color de las ropas, etc., etc., sino también mi interna reacción a todo eso, mi reacción basada en mi condicionamiento, y si es posible, o no, estar libre de ese condicionamiento. Verbalmente puede usted seguir sin cesar hablando sobre esto; pero el darse cuenta de manera real de su condicionamiento, el salir de él, como si dijéramos, si ello es posible, y ver cuál es entonces la relación, ese es el movimiento de la vida, no mis prejuicios al encuentro de los de usted, cosa que lo detiene todo.

Así, pues, ¿puedo examinarme a mí mismo sin ningún "latigazo", sin placer ni dolor? Simplemente examinarme como soy, primero en lo superficial, o sea, de modo consciente, en el nivel consciente, y luego al

nivel profundo. Y, al examinarme, ¿soy yo el observador que examina? Porque mientras haya un observador que examina, éste se convierte en el censor. Y ¿es posible examinar sin el censor? No sé si están ustedes siguiendo esto. Todo ello reclama enorme vitalidad, energía y atención. Y si uno no puede hacerlo, no es serio. Puede uno entonces seguir divirtiéndose por ahí. Por eso sugerí que descubramos dónde estamos. ¿Estoy aún cautivo de mis propios problemas: el sexual, el financiero..., ¡Oh!, una docena de problemas, conscientes o inconscientes? Si tengo problemas conscientes, tal vez no tenga la capacidad para enfrentarme con ellos. Y si tengo la capacidad y no me he encarado con ellos, y los he relegado a un lado, ahí están también los problemas inconscientes, hondamente arraigados, problemas que están tan metidos en los rincones de la propia mente, tan secretos, que uno nunca los ha mirado o los ha revelado, o bien se asusta de mirarlos. ¿Puede uno sacarlos todos a la luz, reconocerlos como son, y no como uno desearía que fueran? Y ¿puede uno encararse a ellos, no poquito a poco, sino de manera total?

Me parece que ése es el gran problema en la mayoría de nosotros: no parece que seamos capaces de hacer frente a la vida, o a nosotros mismos como totalidad. Nosotros *somos* la vida, *somos* la sociedad, *somos* el ser humano que ha vivido durante más de un millón, tal vez dos millones de años. Tenemos que tomar toda esta entidad, no la intelectual, la emotiva, la física, sino la totalidad. Cada una de esas entidades reacciona sobre la otra, cada una está relacionada con las otras de manera muy intrincada. Debemos tomar la cosa global, y ser un todo con ella.

Interlocutor: ¿Estoy en lo cierto al decir que, en lo

fundamental, sólo existe una cosa? Puede existir en mil formas, pero la única cosa en el mundo es el temor primitivo. Todo lo demás, aun el amor, no es más que algún aspecto de aquel.

KRISHNAMURTI: Sí, en parte, sí. Así es, el temor.

Interlocutor: Temores negativos.

KRISHNAMURTI: El animal tiene miedo, y somos parte de ese animal, porque nacemos con todos esos miedos y ansiedades. Considere el temor como una totalidad —no simplemente el hecho de que me dé miedo de mi esposa o de mi marido, o de mi jefe—, trátelo como un todo y líbrese de él internamente tan por *completo* que nunca le afecte. ¿Es eso posible?

Interlocutor: Existe el miedo de cometer errores.

KRISHNAMURTI: No me importa cometer errores; esa es una cuestión muy pequeña. Eso forma parte de nuestro temor: cometer errores, no estar siempre acertados.

Interlocutor: Entonces tenemos que librarnos del miedo, interior y exteriormente.

KRISHNAMURTI: Sí, eso es lo que dijimos; tenemos que mirar fuera, y luego, desde ese lugar exterior, acercarnos a lo interno. No es simplemente seguir mirando fuera, es un movimiento, desde luego. Es una marea que sale y entra, no dos cosas distintas. Es un proceso incesante; empezar con lo exterior, entrar, y desde lo interno, salir.

Interlocutor: Quiere usted decir, señor, que no hay en realidad distinción entre lo interno, que es la mente, y lo externo.

KRISHNAMURTI: Sí, señor; sí, señor. Dentro de la piel y fuera de ella.

Interlocutor: Hay muy escasa distinción.

KRISHNAMURTI: Señor, a eso voy. Mire, podemos tomar la vida como una totalidad, que es lo interno tanto como lo externo, no el concepto intelectual, y otro concepto; no dividiendo la conciencia en intelecto, emociones, etc., sino tomar la *totalidad,* lo consciente tanto como lo inconsciente. Porque, si no la tomamos como un todo, sino que la fragmentamos, y luego tratamos de resolver los problemas creados por cada trozo o fragmento, la cosa no acaba nunca. Vivimos en fragmentos. Soy una cosa en la oficina, soy otra en la familia, y soy enteramente distinto cuando estoy solo, o en el autobús, o paseando por los bosques.

Interlocutor: ¿No está en eso todo el problema?

KRISHNAMURTI: Eso es lo que estoy diciendo. Ese es todo el problema. En lo consciente soy una cosa; en lo inconsciente, otra. Pero, ¿es posible considerar esta totalidad como tal, no como fragmentos, tratando con cada uno separadamente?

Interlocutor: ¿No es muy difícil, señor, considerarla como una totalidad?

KRISHNAMURTI: Yo no lo llamaría difícil. ¡Esta-

mos tan condicionados, tan acostumbrados a tratar la vida fragmentariamente! A lo que quiero llegar es a saber si es posible que un ser humano tome la vida como una totalidad y así la considere.

Interlocutor: No debemos tener la idea de que es difícil. Eso es lo que nos impide hacerlo.

KRISHNAMURTI: No lo sé todavía. No sé si es difícil o fácil. Lo único que sé es que hemos tratado con la vida en fragmentos. No sabemos lo que significa mirar la vida como una totalidad. No podemos llamarlo difícil o fácil. Lo único que sabemos es que nuestra vida es fragmentaria.

Interlocutor: Si procediéramos a eliminar la idea de dificultad, acaso podríamos verla así.

KRISNAMURTI: Sí, señor. Pero, mirad, no nos interesa el que nuestra vida sea fragmentaria. Durante las horas de trabajo, soy un hombre de ciencia, un profesor, un biólogo, hombre de negocios, técnico, y el resto del tiempo soy alguna otra cosa. Vivimos así, en compartimentos. Tengo primero que comprender esto. Primero tengo que darme cuenta de la forma en que vivo, y no de si es difícil o no considerar la vida como un todo. Mas, ¿cómo me doy cuenta de ello? ¿Lo consigo por el hecho de que me diga usted que vivo fragmentariamente? Y, por habérmelo dicho, ¿es que entonces me doy cuenta de ello? ¿O me doy cuenta sin que me lo diga? No tiene usted necesidad de decirme que yo tengo hambre. Cuando la tengo, lo sé. ¿Cómo, pues, lo percibe uno? ¿Se lo dice alguien, o es por su experien-

cia directa, la suya propia, no la de alguna otra persona?

Interlocutor: No, es un hecho, ¿no es verdad?, para usted.

KRISHNAMURTI: ¡Ah! Espere, señor. Es terriblemente difícil. No vaya tan rápido en esto. Es terriblemente difícil el que yo me dé cuenta de que soy un mentiroso. Puedo descubrir que lo soy gracias a las circunstancias, las presiones, los temores, y todo lo demás. Pero eso sigue siendo una reacción, no una realización. Ante todo, tengo que descubrirlo o aprenderlo como cosa mía, una cosa original, y comprender mi manera fragmentaria de vivir.

Interlocutor: ¿Por qué dice usted que es el problema central, el más importante, el nucleo?

KRISHNAMURTI: Porque estoy tratando de resolver problemas de modo fragmentario, y, por ello, estoy acrecentando los míos. Cuando considero la vida como un todo y así la trato, entonces es enteramente distinta toda mi manera de vivir, pensar, sentir. Entonces soy terriblemente honrado. ¿Me sigue usted?

Interlocutor: Es una barrera principal que nos impide darnos cuenta.

KRISHNAMURTI: Y todo lo demás. Esa es una de las grandes cuestiones. Así que, ¿cómo se da uno cuenta de alguna cosa? ¿Cómo llego a comprender que estoy haciendo una vida fragmentaria que suscita innumerables problemas y por ello contradicciones, y por lo

tanto conflicto y esfuerzo? El ciclo sigue adelante, indefinidamente.

Interlocutor: Como el pensamiento ordinario es limitado, necesariamente ha de traer una vida fragmentaria. Sólo podemos pensar en pequeñas partes.

KRISHNAMURTI: Actualmente, sí; pero tal vez exista una manera distinta de pensar, o de no pensar, que resuelva este problema fragmentario.

Interlocutor: Dijo usted que, para considerar la vida de manera total, tiene uno que darse cuenta totalmente de uno mismo, y para mí, ésa es la cuestión.

KRISHNAMURTI: No, no, señor. Me doy cuenta de que vivo una vida fragmentaria. Pero ¿cómo me doy cuenta de ello? Es muy importante que yo lo descubra.

Interlocutor: Si me observo, veo que estoy despierta, y luego duermo, y entonces voy a mayor profundidad y no duermo, no sueño, y entonces me encuentro a mí misma.

KRISHNAMURTI: No, señora, prestemos atención a esta sola cosa durante un minuto, si usted lo permite. Comprendo, veo mi manera de vivir. Mi modo de vivir es fragmentario: oficina, casa, familia. Pero, ¿cómo me doy cuenta de ello? ¿Cómo lo sé? ¿Es un concepto intelectual, o una realidad?

Interlocutor: Ello crea conflictos, los fragmentos entran en conflicto unos con otros. Eso crea una perturbación, y yo reconozco que existen tales fragmentos.

Interlocutor: Los fragmentos son una situación crónica de la que siempre nos damos cuenta.

KRISHNAMURTI : Señor, estamos tratando de establecer, si ello es posible, qué es lo que entendemos por darse cuenta.

Interlocutor: Mira uno para verlos como desea verlos, en vez de como son. Y es ese DESEO de ver lo que constituye en realidad el FACTOR de condicionamiento. Tiene uno que desembarazarse de tal condicionamiento.

KRISHNAMURTI: No "desembarazarse".

Interlocutor: Creo que uno tiene que DARSE CUENTA del condicionamiento.

KRISHNAMURTI: Vea usted, hay diferencia entre cuando alguien me dice que estoy en conflicto por causa de un modo fragmentario de vivir, y cuando, sin que me lo digan, yo mismo me doy cuenta de ello. Entonces no es una cosa intelectual; *sé* que mi vida es fragmentaria.

Interlocutor: ¿Cómo sé si estoy percibiendo eso de modo directo?

KRISHNAMURTI: Por favor, mantengamos esto sencillo al principio; se complica un poco después. Empecemos despacio. Somos seres humanos de segunda mano. Nuestra experiencia, excepto acaso en el hambre y el sexo, es de segunda mano. Y la percepción de que soy fragmentario, ¿es de segunda mano, o es original?

Si es original, entonces tiene una vitalidad muy distinta. Trae enorme energía.

Interlocutor: Es sólo ese punto, que para DARSE CUENTA, hay algo más que tiene que participar, y mi pensamiento no es tal pensamiento.

KRISHNAMURTI: ¿Qué es, pues? No, señor, un momento. ¿Qué es el "más" que participa?

Interlocutor: Mi sentimiento.

KRISHNAMURTI: ¿Su sentimiento, sus nervios?

Interlocutor: Todo mi cuerpo.

KRISHNAMURTI: Todo su cuerpo. ¿Qué quiere decir eso?

Interlocutor: Su totalidad.

KRISHNAMURTI: Prosiga, señor, siga un poco más. Siga adelante. ¿Miramos algo con todo nuestro ser, con nuestra mente, nuestro corazón, el cuerpo, los nervios, los ojos, el olfato, con *todo*? ¿Ocurre ello alguna vez?

Interlocutor: Es una paradoja, porque en realidad estamos contentos con lo que existe. Nos damos cuenta de ser fragmentarios, porque mientras estamos haciendo una cosa, parte del pensamiento está haciendo alguna otra, lo mismo que está usted mirando, pero puede estar pensando en otra dirección. Con las manos hace un trabajo, mientras piensa en otra cosa. Usted comprende esto debido a la intrusión de algo que no forma

parte del problema. Cuando es usted todo, no hay percepción de la parte. Usted es el todo; no hay parte que percibir.

KRISHNAMURTI: Sí, señor. Mas, ¿cómo *llego* a eso? ¿Cómo llega la mente a ese estado en que no hay intrusión? Todas las cosas forman parte de la totalidad. No sé si estoy transmitiendo algo.

Interlocutor: Cuando está usted haciendo algo, si está totalmente interesado en hacerlo...

KRISHNAMURTI: No, uno no lo está. Eso, el interés total, es simplemente una concentración. Mire usted, temo que tengamos que ir muy, muy despacio, paso a paso; de lo contrario no podemos comprender, vamos a saltos.

Interlocutor: En un momento de crisis.

KRISHNAMURTI: Pero si la vida *es* una crisis. No hay un momento de crisis. Todo en la vida es terrible.

Interlocutor: Todo el tiempo se está realizando una valoración, y eso tiene que terminar.

KRISHNAMURTI: Señor, ¿quiere darme dos minutos, dejarme hablar un poco, un poquito? Uno sabe que vive una vida fragmentaria, y sabe también, en cierto sentido, de manera intelectual, verbal, que estos fragmentos crean los opuestos, y, por ello, la contradicción, el conflicto y el esfuerzo. Se sabe esto de modo verbal, intelectual. Seguramente que para saberlo *por completo*, no por el intelecto, no por las meras palabras,

hace falta una actitud muy distinta. ¿Qué significa conocer a alguien? Lo conozco porque somos amigos, nos hemos encontrado antes varias veces. Tengo ciertos recuerdo, reacciones; y con arreglo a esos recuerdos, esas reacciones, prejuicios y experiencias, digo que lo conozco. *En realidad* no lo conozco. Sólo conozco el pasado del que me doy cuenta. Sólo lo conozco a usted cuando el pasado no interviene. Así, del mismo modo, vivo una vida fragmentaria; y cualquier esfuerzo por mi parte para integrar los fragmentos crea otro fragmento. No existe la integración de los fragmentos. De modo que tengo que mirar esto, tengo que abordar el problema de una manera enteramente distinta. Mas, ¿cómo voy a hacerlo? Ninguna acción de la voluntad, a ningún nivel, va a terminar con los fragmentos; pero toda mi vida he ejercitado la voluntad. El negar ahora, de repente, esa voluntad es casi imposible. Es esta voluntad la que ha creado los fragmentos: quiero, y no quiero. Tengo que mirarla de un modo muy distinto. Tengo que comprender la naturaleza de la voluntad, para que ésta no interfiera.

Pero ¿qué es la voluntad? No la defina usted para descubrir lo que es, porque estamos llegando a algo, que es vivir una vida sin voluntad. ¿Cuándo dice usted "quiero" o "debo", con determinación, impulso, resistencia? ¿Cuándo entra en acción esta voluntad, cuándo desea usted algo muy intensamente o cuándo *no* desea? Seguramente que la voluntad entra en acción cuando desea usted fuertemente, lo cual se basa en el placer o el desagrado; cuando quiere usted algo, empieza a actuar esa voluntad. Cuando existe la urgencia del deseo, cuando ese deseo tropieza con resistencia y no hay salida fácil, entonces surge esa voluntad. Esto es bastante sencillo y claro.

Mas, ¿qué *es* el deseo? Sin comprender éste, que engendra la voluntad, que separa la vida en fragmentos, no podré resolver toda esta cuestión de lo fragmentario. Tengo, pues, que aprender sobre el deseo y familiarizarme por completo con él, no destruirlo, no resistirlo ni decirme: "tengo que estar sin deseo", lo cual es demasiado tonto. Tengo que estar por completo *"au fait"* (al corriente) de ello, debo conocer todos sus movimientos: los deseos físicos, las reacciones emotivas que llamamos deseos, y los conceptos intelectuales, las metas, los objetivos, que crean deseo. Tengo que conocer la *totalidad* de ello, no simplemente un solo fragmento del deseo.

Interlocutor: Sólo cuando existe OPOSICIÓN es cuando somos conscientes del deseo.

KRISHNAMURTI: ¡Ah!, no, señor; no sólo cuando hay oposición. Veo un bello automóvil, lo quiero. No hay oposición. Veo una persona bella y me da gozo. Si usted es muy sensual, dice: "Quiero esa persona."

Interlocutor: Si el miedo es fundamental para toda vida, entonces el vivir es sólo una procesión de esfuerzos más o menos fútiles para eludir al miedo. Cada esfuerzo para escapar trae una especie de reacción, de modo que la vida es una serie de conflictos.

KRISHNAMURTI: Llegaremos a la comprensión del temor mediante la comprensión del deseo. Verá usted la conexión. Tengo que descubrir lo que *es* el deseo, cómo viene a la existencia, y qué es lo que le da continuidad. Por favor, yo no estoy *contra* el deseo. No estoy diciendo que uno deba llevar una vida sin deseo. Todo eso

carece de sentido. Tengo que conocer por mí mismo el origen, el principio del deseo, cómo viene a la existencia, cómo arraiga, y qué es lo que le da un proceso que, al avanzar, acumula potencia. Después tengo que comprender la batalla para resistirlo. Tengo que aprender sobre la totalidad del fenómeno.

¿Qué *es*, pues, el deseo? Creo que ello es bastante sencillo, ¿no? Visión, contacto, sensación, y el sentimiento de esa sensación, ya sea que "me gusta tener", o "no me gusta tener".

Interlocutor: No hay problema si usted tiene el dinero. (Risas.)

KRISHNAMURTI: No, yo quiero saber cómo surge el deseo. Desde luego, con dinero, o sin dinero, vivo con el deseo. Mas quiero saber cómo viene a mi existencia, cómo existe, cómo florece, qué es lo que lo alimenta. Esto es bastante sencillo. Veo una cosa bella, una casa, una mujer, un automóvil, cualquier cosa, una flor, un atractivo jardín. Es evidente que hay sensación: ver, sensación, contacto y deseo. Este es un hecho que conoce usted mismo. Es muy evidente. Lo que *no* es evidente es esto: ¿qué es lo que le hace florecer? ¿Qué es lo que le da fuerza, resistencia, nutrición y vitalidad, el tremendo impulso tras de sí? ¿Qué es lo que produce el florecimiento del deseo?

Interlocutor: El pensar sobre él.

KRISHNAMURTI: Así es: el pensar, el pensamiento. Puedo mirar un auto, ver surgir el deseo, y si no "pienso", entonces no lo alimento, no hay vitalidad en él. Pero espere un momento. Un auto es algo muy obje-

tivo; pero en lo subjetivo, en lo interior, es mucho más. Veo, observo, percibo, comprendo el hecho de que el deseo está sostenido y alimentado por el pensamiento.

Interlocutor: No es simplemente el pensamiento. Es éste en combinación con el sentimiento de mí mismo.

KRISHNAMURTI: Limítese a empezar por poco, señor. Empiece por pequeñas cosas, y luego penetre en otras más grandes. Sé que el pensamiento es el que da alimento al deseo. Sé que el deseo puede ser agradable o doloroso. Sé también que me gustaría retener los deseos placenteros y desechar los que causan pena. Si digo: "Retendré éstos y desecharé aquellos", estaré tratando con los fragmentos. Tengo, pues, que descubrir ahora por qué se inmiscuye el pensamiento.

Interlocutor: Porque no es verdadero necesariamente; no se relaciona de manera necesaria con el objeto.

Interlocutor: ¿No es porque nos sentimos inseguros?

KRISHNAMURTI: Mire, señor. Le estoy haciendo una pregunta.

Interlocutor: Y yo estoy tratando de contestarla. ¿Por qué NO SE HA DE inmiscuir el pensamiento?

KRISHNAMURTI: Bueno, señor, mire. Le estoy haciendo una pregunta. O más bien me la está haciendo usted. Sé que puedo contestarla. Saldrán diez palabras distintas, pero ¿puedo yo escucharle sin responder, y tratar de descubrir cuál es el hecho real? Si respondo

inmediatamente, lo haré a la manera antigua. Lo sacaré de mis hábitos, de mi repertorio de palabras. Mas si me ha preguntado usted y no conozco la respuesta, escucharé y estaré en silencio. No sé en realidad por qué interviene el pensamiento, o por qué no debería intervenir. Sé que lo hace, y me digo: "¿Por qué?" ¿No espero hasta poder descubrir? ¿No palpo en torno mío, no aquieto mi mente, sin emitir siempre palabras? ¿No me limito a descubrir por mí mismo por qué interviene el pensamiento? En realidad, nunca he pensado sobre ello. Ésta es la primera vez que me he preguntado por qué se inmiscuye el pensamiento. Estoy esperando.

Interlocutor: ¿Es ello cuestión de tiempo?

KRISHNAMURTI : No. No estoy esperando a encontrar la respuesta. En realidad, no sé.

Interlocutor: ¿Se interfiere el pensamiento?

KRISHNAMURTI: Sí, señor, se interfiere, *en efecto.* ¿Cómo descubro, pues, cuál es la verdad del asunto: la infalible verdad, no una opinión; no según Jung, Freud, los Mahatmas, los "gurus"? Sencillamente quiero saber por qué el pensamiento, en efecto, se inmiscuye. Y como no sé, me quedo silencioso. Están callados mi cuerpo, mis nervios, mi mente, mi corazón, todo, porque en realidad no conozco la respuesta.

22 de abril de 1965.

II

Decíamos el otro día cuán importante es ser serios, tener interés en todo lo que hacemos, sobre todo en cuestiones que se refieren a comprensiones y percepciones mucho más profundas. Creo que no sólo tiene uno que comprender las palabras y su significación, sino también trascender las meras palabras, las explicaciones y los conceptos intelectuales. Vivimos de acuerdo con fórmulas y es muy difícil librarse de una ideación, un concepto. Si uno quiere comprender la totalidad de la existencia, no sólo ha de comprender el sentido de las palabras, sino que también ha de darse cuenta de que la palabra no es la cosa. La palabra no es nunca la cosa; mas, para la mayoría de nosotros, la palabra *es* la cosa, de modo que la comunicación se vuelve un poco difícil.

Decíamos también que vivir significa tratar la vida como una totalidad, y no de modo fragmentario. En efecto, tratamos la vida por fragmentos: de modo intelectual, emotivo, sensual o meramente sensorial. No nos acercamos a la vida de manera total. Entendemos por vida, no sólo ganar dinero, satisfacer algunos apetitos sexuales y algunos deseos sensorios superficiales, sino algo mucho más hondo, más vital y significativo. Para vivir así, tiene uno que abordar la vida como cosa total. Eso no es posible cuando vivimos en departamentos, tratando de resolver los problemas fragmentariamente o mientras abordamos la vida mediante la acción de la voluntad.

La voluntad es el resultado de intenso deseo. El deseo surge de modo natural e inevitable cuando hay contacto, sensación y percepción. Hemos preguntado qué es lo que da continuidad e intensidad al deseo. Alguien ha sugerido que el pensamiento. El deseo tiene continuidad cuando el pensamiento se inmiscuye en él o se identifica con él. ¿Por qué se identifica, por qué interfiere, y por qué no ha de interferir? Eso es lo que vamos a discutir hoy.

Viviendo en este mundo, no en un monasterio, no en una torre de marfil ni en alguna región aislada, sino viviendo en este mundo, continuando nuestras cotidianas actividades, ¿es posible vivir sin esfuerzo? Esfuerzo implica voluntad. Ésta es el producto de la contradicción. Si no comprendemos toda esta cuestión del deseo, sin reprimirlo, negarlo o trascenderlo, sin tratar de dominarlo y de impulsarlo en determinada dirección, no será posible resolver nuestros problemas de manera total.

Interlocutor: Cuando usted usa la palabra "deseo", supongo que se refiere al sentimiento de "querer". Dice que al ver algo, hay contacto y después, sensación.

KRISHNAMURTI: No se trata de lo que yo digo, señor. Esto es lo que ocurre, ¿no es así?

Interlocutor: Bueno, no, yo no lo creo así.

KRISHNAMURTI: ¿Cómo surge el deseo? ¿Cómo viene a la existencia?

Interlocutor: De la memoria de la sensación.

KRISHNAMURTI: Siga, señor. Continúe; ahonde más.

Interlocutor: No sé en realidad cuál es la fuente del deseo originario. Todos mis deseos ya lo son al parecer; han surgido antes.

KRISHNAMURTI: Casi todo lo que hacemos es resultado del esfuerzo. Probamos, nos esforzamos, nos ajustamos, nos comprometemos; y en eso siempre hay esfuerzo. ¿Es posible vivir sin esfuerzo, de modo espontáneo, y sin embargo ser intensamente activos, tener acrecentadas todas nuestras facultades y vivir por completo, no vegetar? El esfuerzo implica disipación de energía. Cuando toda la energía se concentra sin esfuerzo, y no hay movimiento en ninguna dirección, entonces esa energía estalla, y esa explosión es creación.

Interlocutor: Cuando uno está interesado en algo, ello no implica esfuerzo.

KRISHNAMURTI: Entonces, ¿cómo va uno a estar interesado de modo total? No tengo interés. ¿Cómo voy a suscitarlo? Eso plantea un problema, ¿no? La vida es rutina, un fastidio, está llena de constante pugna y forcejeo. Todas nuestras relaciones crean tensión. Caemos en hábitos mecánicos y superficiales, y simplemente seguimos tirando en lo consciente lo mismo que en lo inconsciente. ¿Cómo va un ser humano a romper con esta existencia mecánica y convertir la vida en una cosa creadora? Para descubrir esto, ciertamente tiene uno que inquirir sobre la forma en que disipa la energía. Porque uno necesita enorme energía, energía sin movimiento, para que se produzca algo nuevo, una ex-

plosión. Tengo, pues, que descubrir cómo disipa la mente la energía.

Los antiguos han dicho que uno disipa la energía por ser mundano, sensual. Por lo tanto, deja uno el mundo, lo considera como ilusorio y entra en un monasterio donde se le adiestra, se le somete a control, se le subyuga y reprime. O bien uno acepta el mundo como es y hace una vida muy superficial, sin interés por ninguna de las cosas más amplias y profundas. La huída de la vida a un monasterio, o a un concepto religioso, la consagración religiosa a un ideal, sigue siendo un derroche de energía, porque engendra conflicto. El conflicto a cualquier nivel, ya sea físico, emotivo o intelectual, es la esencia de la energía disipada.

¿Es posible terminar con *todo esfuerzo?* La voluntad no puede hacerlo. Si ejerzo la voluntad para detenerlo, también hay un combate. Ese ejercicio mismo engendra conflicto. Una vida sin esfuerzo es la única vida creadora. Para vivir esa clase de vida, tiene uno que comprender la estructura del deseo, porque éste causa el conflicto de los opuestos, la dualidad, el querer y el no querer, el placer y el no-placer. Tiene uno que descubrir cómo surge el deseo desde el principio mismo. Tiene uno que comprender la base y toda la estructura del deseo sin reprimirlo, transmutarlo sin tratar de regularlo o de moldearlo.

Vemos que el pensamiento da forma, continuidad y vitalidad al deseo. ¿Por qué se interfiere de este modo el pensamiento en el deseo? Veo algo bello: una mujer, un auto, una casa. El deseo empieza y el pensamiento le da duración. Si no interviniera el pensamiento en ello, terminaría el deseo. Si ustedes han experimentado con esto, lo saben. Lo que tememos es la terminación de algo, ¿no es así? Si el deseo terminase y no tuviera

continuidad, ¿qué pasaría? El tiempo está implicado. Como tememos que termine todo, utilizamos el tiempo, no el tiempo cronológico, sino el psicológico, que no es un hecho, sino que ha sido inventado por la mente. Para nosotros, el tiempo se ha vuelto extraordinariamente importante. Si en realidad nos encarásemos con el hecho de que, psicológicamente, no existe el mañana, quedaríamos horrorizados.

Interlocutor: ¿No es también que utilizamos nuestro pensamiento para situarnos? Estamos tan inseguros sobre dónde nos hallamos que, colocando nuestro pensamiento en el pasado, podemos situarnos allí y sentirnos más seguros.

KRISHNAMURTI: Esto es lo mismo, desde luego. Nos aferramos al tiempo. El pensamiento, al dar duración al deseo, es la prolongación de uno mismo, de nuestro deseo, de nuestro futuro.

Interlocutor: La impresión de que ES USTED la misma persona que era hace un momento está tan grabada y es tan automática, que no veo cómo pueda uno irrumpir a través de ella.

KRISHNAMURTI: Vamos a formular la cuestión de modo distinto. Ve uno que su propia vida diaria es mecánica, repetitiva, con falsos deseos, actividades y hábitos. ¿Es posible que un ser humano rompa con eso y quede nuevo cada momento, cada minuto del día? Ésa es la verdadera cuestión, ¿no? ¿Cómo se va a lograr eso?

Interlocutor: Tenemos que ver que en realidad vivimos, efectivamente, de manera mecánica.

KRISHNAMURTI: Si vemos que nuestra vida *es* mecánica, que nuestros placeres, penas y ansiedades son una repetición, ¿cómo puede terminar todo ello?

Interlocutor: A veces termina, pero vuelve a comenzar.

KRISHNAMURTI: No creo que a veces termine y vuelva a empezar.

Interlocutor: Si seguimos viendo todos los días, ¿no cree usted que empezamos a distanciarnos de la mente condicionada?

KRISHNAMURTI: Eso significa que considera usted el tiempo como un medio de destruir el proceso mecánico.

Interlocutor: Sí.

KRISHNAMURTI: Si uno llega a ello eventualmente, por lentos grados, a través de darse cuenta, y liberarse del condicionamiento, eso implica tiempo. Considera uno el tiempo como medio de terminar con esta manera mecánica de vivir.

Interlocutor: Excepto que, a mi juicio, ello nos pone en otra dimensión del tiempo, no la de la mente condicionada. Pero reconozco que sigue siendo tiempo.

KRISHNAMURTI: No sé qué es esta otra dimensión de tiempo. Puedo inventarla, puedo especular sobre ella, puedo esperarla; pero el hecho real es que no la conozco. No estoy con ella; no forma parte de mí. Ten-

go que descubrirla, tengo que llegar a ella. No debo utilizar el tiempo, porque éste implica esfuerzo y continuidad. El proceso mecánico sigue adelante. Mas, ¿es posible vivir de tal modo que no exista el mañana? Internamente, en lo psicológico, lo que en realidad queremos es la continuidad del placer, placer que tiene un mañana.

Interlocutor: La convicción subconsciente de que es usted el que sufrirá o disfrutará placer dentro de un momento es tan fuerte que no sé si es posible lograr lo que usted dice.

KRISHNAMURTI: No es "Haga lo que digo", sino "Vea lo que pasa", señor.

Interlocutor: Señor, ¿es posible librarse psicológicamente del mañana cuando vive uno bajo la ley natural? Es decir, es de día y después es de noche; hay luz y luego oscuridad. Esto penetra muy hondo en uno, ciertamente, aun más hondo que la mente condicionada.

KRISHNAMURTI: No comprendo bien, señor.

Interlocutor: ¿Cómo es posible librarse del querer, de la esperanza del mañana y la continuidad del tiempo, cuando vive uno bajo las leyes naturales del día y la noche, la oscuridad y la luz? Todo eso le hace a uno DARSE CUENTA del tiempo.

KRISHNAMURTI: ¿Es que la sucesión de la noche y el día le hace a uno darse cuenta del tiempo?

Interlocutor: Eso sólo le hace a uno darse cuenta del CAMBIO, no del tiempo.

Interlocutor: Veo que no es forzoso que nos haga conscientes del tiempo.

KRISHNAMURTI: Espero del mañana, porque mañana voy a disfrutar. El pensar sobre el mañana me da placer. Voy a encontrarme con alguien..., toda la serie del placer.

Interlocutor: Pero puede ser que mañana yo no disfrute. Podría pensar en algo que me diera miedo.

KRISHNAMURTI: Si me da miedo del mañana, es la misma cosa.

Interlocutor: ¿Cómo es posible temer al mañana, si no sé lo que el mañana es?

KRISHNAMURTI: Seguro que tiene usted algún miedo al mañana, miedo a la muerte, al no ser, a perder un empleo, o a que su esposa se escape. Conocemos asimismo muy bien el placer creado por los pensamientos sobre el mañana.

Interlocutor: Siguiendo lo que dijo ese señor sobre la ley natural, pienso que somos como el pez de colores en una pecera. Estamos tan rodeados de cosas que continuamente nos recuerdan el tiempo, que tenemos que considerarlo sin cesar. Aun nuestra postura y la forma en que guardamos el equilibrio son hábitos. Parece bastante difícil separar el tiempo psicológico del tiempo real, el del reloj, del proceso viviente natural de nuestro propio cuerpo.

KRISHNAMURTI: Muy bien, señor; vamos a mirar-

lo otra vez, de modo distinto. ¿Qué es el acto, el momento de aprender? ¿Qué es el acto de ver y de escuchar? Cuando está usted escuchando, ¿escucha en el tiempo? ¿Está escuchando con conceptos, con fórmulas, con ideas, o simplemente escucha? Existe ese ruido del tráfico que pasa fuera de la sala. ¿Cómo lo escucha usted? ¿Escucha con irritación, con recuerdos, con disgusto, o bien se limita a escuchar? ¿Cuándo usted ve con el tiempo, o fuera del tiempo? ¿Ve sólo con los ojos cuando ve a su esposa o a su marido, o cuando se ve en el espejo? ¿O bien ve también en el tiempo, con disgusto, desesperanza, depresión, o alguna otra reacción basada en la memoria?

Interlocutor: Preguntaba usted sobre el acto de aprender, mas yo no creo que EN REALIDAD aprendemos. Tratamos de introducir el tiempo en ello. Nos miramos en el espejo y vemos más cabellos grises. Los comparamos con la cantidad que había ayer, y hallamos que envejecemos. Así es cómo aprendemos, mas no creo que eso sea aprender de veras.

KRISHNAMURTI: Entonces, ¿qué es aprender?

Interlocutor: Creo que es ver sin el tiempo.

KRISHNAMURTI: ¡No especule sobre ello! ¿Qué es aprender? ¿Cuándo aprende usted?

Interlocutor: Cuando uno se da cuenta de su condicionamiento.

KRISHNAMURTI: ¿Cuándo aprende usted? No responda en seguida, por favor. Simplemente mírelo. ¿Qué

es el acto de aprender? ¿Cuál es el estado de la mente cuando ella está aprendiendo?

Interlocutor: ¿Se refiere usted a aprender aparte del ver?

KRISHNAMURTI: Para mí, ver y aprender son lo mismo.

Interlocutor: Es experimentar.

Interlocutor: Estar abierto.

Interlocutor: Mediante la concentración. Tener el anhelo de descubrir.

KRISHNAMURTI: ¿Cuándo aprende usted? Aprender es distinto de conocer, ¿no? Acumular conocimiento es distinto de aprender. En el momento en que he aprendido, ello se convierte en conocimiento. Después de haber aprendido, añado más a ello. A este proceso de añadir lo llamamos aprender, pero eso no es más que la acumulación de conocimiento. No estoy en contra de la acumulación de conocimiento, pero nosotros estamos tratando de descubrir lo que es el acto de aprender. En realidad, la mente sólo aprende cuando se halla en un estado de no conocer. Cuando no sé, estoy aprendiendo. Desde el momento en que he aprendido, lo aprendido se sitúa en el tiempo; se convierte en conocimiento, y con ese conocimiento actúo. ¿Puedo actuar también aprendiendo?

Interlocutor: Creo que a veces se limita uno a decir en palabras que no sabe, pero ello no es lo real. Yo

puedo decir que no sé, pero es otra cosa percibir que ello es en realidad un hecho.

KRISHNAMURTI: Sólo puede uno aprender cuando hay una terminación real.

Interlocutor: ¿Por qué no ha de ser la cosa real?

KRISHNAMURTI: Señor, ¿qué tratamos de descubrir? ¿No estamos tratando de descubrir, no verbal o teóricamente, sino en realidad y de modo efectivo, si es posible vivir en este mundo en una dimensión diferente que no implique esfuerzo alguno? Esto significa vivir a un nivel en el que no haya problema; o bien, si surge un problema, se le hace frente de modo tan completo que habrá terminado en el minuto siguiente. Podemos seguir hilando muchas teorías, mas eso es demasiado torpe e infantil. Para descubrir cualquier cosa, tiene que terminar lo que he conocido, o no debe permitirse que lo que he conocido interfiera. Tengo que aprender lo que es terminar, y el terminar debe ser en completa energía.

Interlocutor: ¿Se refiere usted a algo más que olvidar?

KRISHNAMURTI: Desde luego que sí. Olvidar es muy sencillo.

Interlocutor: ¿Quiere dejar un poco más claro lo que entiende por terminar?

KRISHNAMURTI: Mire, señor, es muy sencillo. ¿Ha experimentado alguna vez con la terminación de un placer?

Interlocutor: Sí.

KRISHNAMURTI: ¿Sin esfuerzo?

Interlocutor: Sí.

KRISHNAMURTI: ¿Sin ninguna forma de restricción, sin saber lo que ocurrirá después?

Interlocutor: Sí. He llegado a fastidiarme.

KRISHNAMURTI: ¡Oh, no, no fastidiarse! Tome por ejemplo su propio hábito placentero, sea el sexo, el fumar, el beber, la ambición o alguna otra cosa. Termine con él sin lucha, sin saber lo que va a pasar después. Tome como ejemplo el hábito del tabaco. Termine con él inmediatamente, sin racionalizar, sin temer el daño de fumar, sin temer la clase de cáncer que tendría si siguiera fumando. Termine con el hábito.

Interlocutor: ¿Mientras disfruta aún con él?

KRISHNAMURTI: Claro que sí, mientras todavía disfruta con él. *(Risas.)* ¿Cómo llega uno al punto en que, en pleno disfrute de algo, termina uno con ello?

Interlocutor: Si uno sigue inactivo cuando normalmente emprendería alguna acción para satisfacer el deseo, y en vez de emprender esa acción, se limita a observar el deseo.

KRISHNAMURTI: ¿Cómo observa? Mire, no teorice. Desde el momento en que teorice, no podrá seguir adelante. Considere un placer determinado que esté disfru-

tando. Usted se siente feliz con él. ¿Por qué ha de interrumpirlo?

Con el tiempo, este placer repetitivo se vuelve mecánico. Le llega a disgustar, y adopta usted otro placer, el cual disfruta hasta que ése también le fastidia.

Interlocutor: No lo abandonaría si no viera que le ata.

KRISHNAMURTI: No quiero abandonar nada. Veo que la vida es tan terriblemente mecánica; placer y dolor, y fastidio con el dolor y el placer. Al estar fastidiado, trato de utilizar como evasión el templo, la iglesia, la meditación, los Maestros, o la busca de conocimiento. Todo ello es un intento de escapar de este proceso mecánico del vivir.

No quiero teorizar. Deseo descubrir si uno puede vivir en realidad de un modo distinto, que no sea mecánico. ¿Cómo va uno a hacerlo? El único modo, tal como puedo verlo ahora —puedo cambiar a medida que penetro más en ello— es que tiene que cesar todo desperdicio de energía; porque, para terminar con cualquier cosa, necesita uno enorme energía; la necesita para escuchar. El ver sin la interferencia del pensamiento, sin la interferencia de mi condicionamiento, sin prejuicio, el ver mismo, es energía total. Para escuchar ese auto que pasa, necesita uno atención en que no haya interferencia alguna; y para atender por completo, hace falta gran energía. La atención total requiere energía no sólo neurológicamente, sino también en lo mental.

Ahora estoy disipando energía. ¿Cómo voy a detener esta disipación sin esfuerzo? En el momento en que haga un esfuerzo para detenerla, eso engendrará otras

formas de contradicción, otro desperdicio. La mente comprende que tiene que detener el derroche de energía. ¿Cómo puede hacerse?

Interlocutor: Veo que la mente por sí misma no puede. Si yo, como una totalidad, no estoy convencido, no sé, no veo y no comprendo qué tiene que hacerse, no terminaré con ese derroche.

KRISHNAMURTI: La mente misma, que es resultado del tiempo, no puede acabar con él, porque está formada por prejuicios, idiosincrasias, temperamentos y experiencia. La mente misma, utilizando el tiempo, se está desperdiciando; así que no puede funcionar, no puede terminar con el desperdicio de energía. Cuando usted está escuchando o cuando ve, o aprende, ¿está utilizando sólo la mente, o bien todo su ser: la mente, el intelecto y las emociones?

Interlocutor: Percepción total.

KRISHNAMURTI: ¿Está en funcionamiento una total percepción, atención, intensidad, cuando uno escucha? Nunca escucha uno así todo el tiempo, evidentemente. Hay momentos en que uno está por completo atento, consciente, y hay lagunas, largos períodos de tiempo en los cuales uno no está atento, en los que no se da uno cuenta tan por completo. ¿Qué va uno a hacer? En general, dice: "¿Cómo va uno a darse cuenta de manera continua?" Creo que esa es una pregunta, una demanda errónea. Lo que tiene uno que hacer es estar atento a la inatención. Porque es la inatención la que está engendrando problemas y conflictos, *no* la atención.

Interlocutor: Cuando no hay atención, ¿quién hay que esté atento?

KRISHNAMURTI: Cuando no hay atención, ¿quién hay que esté atento a esa inatención? Ese es el asunto. Cuando está usted atento, cuando escucha, cuando aprende, cuando ve, ¿existe una entidad que esté observando? Mientras escucha al que habla, descúbralo. Cuando presta usted su atención completa, con su cuerpo, mente, nervios, ojos, ¿existe un observador, un censor?

Interlocutor: No.

KRISHNAMURTI: Sólo cuando está usted inatento es cuando eso interviene. Esta inatención crea problemas, y aun así se busca, en medio de la inatención, la solución de los problemas. Si uno tiene un problema y lo escucha por completo, de modo total, sin tratar de hallar respuesta, sin racionalizar, sin tratar de escapar de él, sino viviendo totalmente con él, entonces verá uno que no existe problema en absoluto. El problema sólo surge cuando no hay atención.

Interlocutor: Creo que es muy probable que esta clase de atención necesite enorme energía.

KRISHNAMURTI: Sí.

Interlocutor: Es cierto. No puedo estar en esta clase de atención más que un momento. La pierdo. No puedo renovarla.

KRISHNAMURTI: La atención no puede renovarse.

Interlocutor: Durante esos momentos de atención, ve uno que existe allí algo todo el tiempo.

Interlocutor: El problema, como dice usted, consiste en que debemos prestar intensa atención para conservar nuestras fuerzas, mas parece que hay algo en torno a mi mente de manera continua. La razón de que yo no preste atención total no es que no pueda, sino que no QUIERO. ESE es mi problema.

KRISHNAMURTI: Entonces, *manténgalo* como su problema. *(Risas.)* En la forma en que vivimos, la vida está llena de problemas, ¿no es así? Y, si a usted le gusta, viva con ello, continúe con ello. Sufra pena y desesperación, todo el temor que es nuestra vida.

Interlocutor: No, no es eso exactamente. Lo que yo quería decir es que temo a lo que haría esa atención total. Hay ese estallido de energía...

KRISHNAMURTI: Pero, señor, usted no puede tener miedo de algo que no conoce.

Interlocutor: Muy bien, es un hecho que no puede uno, pero ES POSIBLE elegir.

KRISHNAMURTI: Dice usted, pues: "No puedo estar atento de manera total porque tengo miedo."

Interlocutor: Exactamente.

KRISHNAMURTI: Tenemos, pues, que examinar el temor, no la manera de librarnos de él, no todos los conceptos y evasiones intelectuales. ¿Qué es el temor? Prueben esto conmigo: escúchenlo *por completo*, dando a ello su plena atención. No pueden prestar plena atención si no tienen el cuerpo por completo relajado; la mente en completa calma. En lo físico, en lo emotivo y mental, tiene que haber completo descanso. Psicológicamente tiene que haber también quietud, calma para escuchar, Escuchen en ese estado. ¿Qué estan escuchando, una explicación, una serie de palabras o la cosa que temen? ¿Hay temor si escuchan así? Pueden ustedes escuchar las insinuaciones inconscientes del temor, ¿no es así? Y, entonces, *¿existe* el temor?

Tomemos por ejemplo, el miedo a la soledad, a esa sensación de aislamiento. Existe una sensación de completa soledad aunque uno esté relacionado con mucha gente y tenga muchísimos amigos. Uno lo sabe, y ésa es probablemente la principal causa de temor. Para escuchar ese sentimiento de soledad, para verlo, sentirlo y aprender sobre él, debe uno tener enorme energía, una nergía que no esté disciplinada. No hay racionalización, no hay explicación. En ese estado de escuchar, la mente está por completao callada con respecto a esa soledad. Si uno está de esa manera atento y aprendiendo sobre ello, no hay entidad que esté acumulando conocimiento al respecto. No existen el observador ni lo observado. Esta es la cosa más difícil. La contradicción, la división entre el observador y la cosa observada, crea el problema del conflicto. ¿Es posible mirar algo de modo tan completo que el observador no exista?

¿Qué es la comunicación? ¿Cómo se comunican ustedes? Palabras o gestos son necesarios para que se nos entienda. Pero si ha de haber comunicación, tanto el

que habla como la persona con quien se comunica, han de estar a cierto nivel de intensidad. En ese estado de intensidad no hay uno que escucha y el otro que habla; hay sólo el acto de escuchar. En ese estado, la mente se halla en comunión. La comunión implica espacio.

Una mente que tenga problemas se embota; y una mente embotada no puede en manera alguna estar atenta. Cuando surge cualquier problema, sólo una mente que esté atenta, intensa, aprendiendo y escuchando, puede hacerle frente, disolver el problema y seguir adelante. ¿Cómo va a encararse con nuevos problemas una mente que tiene tantos? Hay el problema de la muerte, del tiempo, del espacio, de la relación, el problema de vivir, de ganarse la vida, los problemas de la enfermedad, la salud y la vejez. ¿Cómo va la mente a encarar todos estos problemas de una vez, no uno por uno, sino la totalidad de ellos de una vez, sin esfuerzo?

Nuestros problemas son todos fragmentarios, en la forma en que ahora les hacemos frente. Existe el problema del miedo, del fastidio, del disfrute: una multitud de problemas, uno tras de otro. ¿Hay un medio de hacerles frente a *todos*, no de manera separada, sino total? Si trato cada problema separadamente, cada uno de ellos va a requerir tiempo; tengo, pues, que comprender el tiempo.

Interlocutor: Si puede usted tratar todos los problemas de una vez, entonces eso implica que tienen una raiz común.

KRISHNAMURTI: Eso es verdad en parte.

Interlocutor: Si está usted viviendo en el presente,

sólo tiene un problema cada vez; en realidad, todos los problemas se funden en uno solo.

KRISHNAMURTI: Los existencialistas dicen: "Viva usted en el presente." ¿Qué significa vivir en el presente, el presente activo?

Interlocutor: Significa que el pasado no le aparta a usted de él.

KRISHNAMURTI: Por favor, penetre en ello un poco más, señor. ¿Cómo puedo vivir en el presente cuando soy resultado del pasado y cuando estoy utilizando el presente como medio de llegar al futuro? Ello significa que tengo que traer todo el tiempo: el pasado, el presente y el futuro, al inmediato presente. Para vivir en el presente, el tiempo tiene que desaparecer.

Interlocutor: Yo diría, señor, que es a través de la percepción directa, sin tratar de hacer nada sobre ello.

KRISHNAMURTI: Sí, señora, pero fíjese, por favor, en la inmensa dificultad. ¿Cómo va a desaparecer el tiempo? ¿Cómo va a desaparecer el espacio? ¿O la distancia entre aquí y la luna? No diga: "Bueno, si estoy atenta, desaparecerá"; esa no es la respuesta. Cuando decimos "Viva en el presente", ello tiene que ser algo extraordinario. Porque yo soy el resultado de los millones de años, mi mente, mi cerebro y mis hábitos son todos del tiempo. Me dice usted que viva en el presente. Le pregunto qué es lo que *quiere usted decir* con ello. ¿Cómo puedo vivir en el presente cuando tengo tras de mí una inmensa historia que me va empujando a través del presente hacia el futuro? ¿Cómo voy a vivir en el

presente con el pasado? No puedo. Por ello tiene que haber una desaparición del tiempo. El tiempo tiene que terminar; tiene que detenerse.

Interlocutor: Creo que vivo en el presente cuando no tengo recuerdos, cuando simplemente estoy ahí; en esos momentos en que tengo experiencia.

KRISHNAMURTI: Sí, pero esos momentos vienen y se van. Ello no es suficiente. Todos hemos tenido esos momentos en que el tiempo no significa absolutamente nada.

Interlocutor: Uno ve la interrelación entre todos los problemas, y entonces de ahí surge una acción.

KRISHNAMURTI: ¿Qué entiende usted por acción? Es hacer, ser, moverse, pensar, actuar? ¿Es que acción significa levantarse, ir al trabajo y todo lo demás? Esa acción se basa en el pasado, en la idea, en la memoria. Para nosotros, la acción se relaciona con el tiempo. Ahora estamos tratando de que todo se ajuste al tiempo. Descubrir, vivir y actuar en el presente: todas esas cosas requieren la comprensión y la terminación del tiempo.

Interlocutor: Para que termine el tiempo, ello tiene que significar la terminación de la entidad.

KRISHNAMURTI: Sí, señor, el fin de la entidad.

Interlocutor: ¿Quiere usted explicar por qué ocurre que siempre parece que el pasado y el futuro son mucho más interesantes que el presente?

KRISHNAMURTI: La dama quiere saber por qué el pasado y el futuro son mucho más interesantes que el presente. Eso está bastante claro. *(Risas.)*

Interlocutor: Bueno, ¿puedo hacer esta pregunta?: ¿Por qué es tan difícil encararse con el presente?

KRISHNAMURTI: Eso es lo que estamos tratando de descubrir.

Interlocutor: Quiero decir que uno puede estar en un medio ambiente seguro, pero sigue siendo difícil encarar el presente.

KRISHNAMURTI: Si realmente comprendemos algo, si de veras vemos algún hecho, entonces ese hecho mismo, esa misma observación, trae su propia acción. No tengo que descubrir cómo tengo que actuar. Lo que tratamos de hallar, lo que intentamos descubrir por nosotros mismos, es si es posible, de algún modo, vivir en el presente.

Interlocutor: ¿No es imposible el NO vivir en el presente? Es el único sitio en que PODEMOS vivir.

KRISHNAMURTI: Eso es una *idea,* señor. Todos mis actos se basan en ideas, en una fórmula, en una experiencia, en el conocimiento, todo lo cual pertenece al pasado. No conozco acción que no esté relacionada con el tiempo. Entonces llega alguien y me dice que viva en el presente. Y yo digo: "¿Qué quiere usted decir con ello? ¿Cómo puedo vivir en el presente?" Si es una teoría, carece de valor; no tiene sentido alguno. Para descubrir lo que significa, tengo que descubrir, com-

prender y darme cuenta por completo del tiempo: tiempo como espacio, como distancia, como logro gradual; el usar el tiempo como medio de librarse de algo o de ganar algo. Para vivir en el presente, tiene que terminar esa manera de pensar, de mirar, de vivir. Pero todo mi ser, consciente lo mismo que inconsciente, *es* del tiempo. ¿Cómo va a salir de él la mente?

Interlocutor: Tienen que terminar todas las imágenes de uno mismo.

KRISHNAMURTI: Eso es una idea, señor. No es un hecho.

Interlocutor: El hecho es que no sé bastante.

KRISHNAMURTI: No tiene usted *tiempo* para saber bastante.

Interlocutor: Pero yo me veo creando tiempo, siempre que pienso. A cada momento en que no estoy con plena atención, que es prácticamente todo el tiempo, el reloj sigue avanzando.

KRISHNAMURTI: Sí, señor.

Interlocutor: De modo que, durante toda mi vida, estoy creando tiempo.

KRISHNAMURTI: ¿Cómo va usted a terminar con él?

Interlocutor: Yo podría simplemente y de modo arbitrario, dejar de pensar.

KRISHNAMURTI: Desde luego que no. La cuestión es ésta: ¿puede terminar el tiempo? Vivir en el presente significa que no existe el mañana, y eso representa que termina el placer, la pena, el dolor; no mañana, sino ahora. No puede uno vivir en el presente con el dolor, con la desesperación, con la esperanza, con la ambición. Tiene uno que llegar a esta terminación del tiempo, a esta detención o derrumbamiento del tiempo, no de modo directo, sino de una manera distinta. Tiene uno que llegar a ello en forma negativa. Uno no sabe qué es lo que significa terminar con el tiempo; de modo que tiene uno que llegar a ello dándose cuenta de cómo piensa la mente, y de cómo utiliza ella el tiempo, en forma negativa o positiva, como medio de conseguir algo.

Existe la cuestión de la paz. ¿Cómo va uno a ser pacífico, no en teoría, no como algún ideal que haya de lograrse, sino en realidad? ¿Cómo va uno a ser pacífico cuando hay guerras, disputas, contiendas? Todo en este mundo está basado en la violencia. Para que la paz exista, no puede haber un mañana.

Los hombres de ciencia están investigando esta cuestión de la terminación del espacio, que lo es también del tiempo, porque los cohetes tardarán tantos meses, o años, en llegar a Marte. Puede haber un medio de llegar a Marte con mucha mayor rapidez. En esto están implicadas cosas enormes. ¿Puede una mente como la nuestra, que ha estado acostumbrada al tiempo, que ha vivido así durante dos millones de años, terminar de repente? ¿Podemos eliminar incesantes disputas, realizaciones, temores y esperanzas?

La próxima vez me gustaría discutir sobre si es posible detener el tiempo. Tal vez eso sea la creación.

26 de abril de 1965.

III

La última vez que estuvimos reunidos aquí, hablamos sobre el tiempo; mas, antes de entrar en ello, quisiera ante todo hablar sobre la libertad y el orden. Parece que creemos que la libertad es cuestión de tiempo, crecimiento y evolución; que la libertad es una reacción. Como tenemos que vivir en una sociedad, el problema es, pues, si puede haber libertad y, a pesar de ello, orden. Cuando esperamos que el tiempo traiga orden, nos encontramos con que el tiempo engendra invariablemente desorden. Nuestra sociedad no es ordenada; existen dentro de ella todos los elementos de la destrucción y la violencia. La estructura social se basa en el afán adquisitivo, en la competencia y la ambición, con todos los signos de desorden. Creo que uno acepta esto más o menos como inevitable, y que vive con arreglo a ese patrón. La libertad no puede existir dentro de tal sociedad, ni es posible fuera de ella. Si la libertad no es más que una reacción, entonces engendra desorden, lo mismo que lo hace el tiempo. Mas, si comprendemos la libertad, no como algo que usted cultiva, no como un proceso o una cosa que hay que alcanzar, entonces la libertad tiene un sentido por completo distinto. Para comprender esto de la libertad tiene uno que comprender también la naturaleza del tiempo, tanto del tiempo físico como del psicológico.

Tiene uno que aceptar el tiempo físico, no puede menos de hacerlo. Mas, cuando considera uno el tiempo

psicológico como medio de alcanzar la libertad o la paz, ve que este tiempo no sirve más que para crear desorden, porque no se basa en una estructura de la realidad.

Lo que estamos discutiendo no es una teoría, un concepto, algo con lo cual pueda uno jugar intelectualmente. Estamos tratando con hechos. En una sociedad como la nuestra, libertad significa desorden, porque se la concibe como una reacción. Mas si uno comprende la naturaleza y la estructura del tiempo, tal vez pueda ver que existe una clase de libertad que no es reacción, no es liberación *de* algo.

Hay dos tiempos evidentes: el físico o cronológico y el tiempo que es creado por el pensamiento, por la psiquis, que es el tiempo psicológico. No nos estamos ocupando del tiempo físico, sino que tratamos de determinar si puede uno, por medio del tiempo psicológico, tener libertad y por lo tanto, orden. Es muy importante librarse del miedo, tiene uno que comprender el temor y quedar por entero libre de él; de lo contrario, no puede haber orden estructuralmente, ni en lo exterior ni en lo interior. Tiene uno que comprender no sólo la naturaleza del temor, sino también saber si es posible quedar libre de él de manera inmediata y no mediante el proceso del tiempo. Si podemos liberar la mente, ella se librará del temor. Hemos utilizado el tiempo como medio por el cual puede la mente liberarse. Esperamos quedar libres del miedo mediante un proceso ya sea el del análisis, la disciplina o la comprensión. Usamos el tiempo como medio para tratar de desembarazarnos del miedo, del hábito, o del veneno del nacionalismo. ¿Es ello posible? ¿Puede uno librarse del temor por medio del tiempo, diciéndose: "Quedaré libre mañana." ¿Es posible librarse del miedo mañana,

tanto si restringimos ese mañana a un día, a un segundo o a muchos años?

¿Existe una actitud por completo distinta, ante el problema? El miedo, en cualquier forma que sea, falsea, crea ilusión, produce confusión. Es muy destructivo el que la mente tenga miedo y viva en estado de temor. Ello engendra toda forma de ilusión y conflicto. ¿Es posible librarse del temor por entero, por completo, no mañana, sino en el ahora que no es del tiempo? ¿Puede uno comprender toda la estructura, la naturaleza y la significación del temor de modo inmediato, y librarse de él instantáneamente? Si no puede, entonces tiene uno que depender del tiempo para librar la mente del miedo. Esta dependencia del tiempo y la utilización del mismo sólo sirve para engendrar desorden. Tanto si uno tiene miedo a su prójimo como si lo tiene a las ideas o a cualquier forma de trastorno social o psicológico, esa dependencia y utilización del tiempo crea, en efecto, temor, y eso produce, desde luego, desorden.

¿Es posible librarse del temor, no sólo conscientemente sino también en niveles más profundos de la conciencia? Sin librarse del miedo, no hay paz, entre las naciones, las razas ni los continentes. No es posible la paz cuando el mundo está dividido, no sólo en lo político, sino también en lo económico. Si uno ha de comprender lo que es la paz de modo real, no teórico —no como una idea, como algo que hay que perseguir, cuyo nivel hay que vivir como objetivo o directriz—, tiene uno que estar interiormente en plena paz psicológica, sin tener forma alguna de conflicto.

Todas las religiones han sostenido que es necesario el tiempo, el tiempo psicológico de que estamos hablando: el cielo está muy lejos, y sólo puede uno llegar

a él por el proceso gradual de evolución, por la represión, el crecimiento o la identificación con un objeto, con algo superior. Nuestra cuestión es si es posible librarse del temor *inmediatamente*. De lo contrario, el temor engendra desorden; el tiempo psicológico invariablemente crea un desorden extraordinario en nuestro interior.

Yo estoy poniendo en duda toda la idea de la evolución, no del ser físico, sino del pensamiento que se ha identificado con una forma determinada de existencia en el tiempo. Es evidente que el cerebro ha evolucionado hasta llegar a su etapa actual, y puede desarrollarse ulteriormente, expandirse aún más. Pero como ser humano, he vivido durante cuarenta o cincuenta años en un mundo formado por toda clase de teorías, conflictos y conceptos; en una sociedad en la cual la codicia, la envidia y la competencia han originado guerras; formo parte de todo ello. Para un hombre que está en la pena, carece de sentido esperar del tiempo la solución, evolucionando lentamente como ser humano durante los próximos dos millones de años. ¿Es posible librarse del temor y del tiempo psicológico, estando constituidos como estamos? El tiempo físico tiene que existir, no puede uno eludirlo. La cuestión está en si el tiempo psicológico puede traer, no sólo orden dentro del individuo, sino también orden social. Formamos parte de la sociedad; no estamos separados. Donde haya orden en el ser humano, habrá inevitablemente orden social exterior.

Interlocutor: ¿No está en la base del temor la demanda inconsciente de librarse del conflicto?

KRISHNAMURTI: Señor, uno puede descubrir con

bastante facilidad la causa de los temores conscientes u ocultos mediante el análisis, la observación, la introspección, el examen o penetrando en sí mismo a mucha profundidad. ¿Contribuirá eso a librarnos del temor? ¿Librará a la mente del miedo el descubrir su causa porque nos la digan o descubriéndola uno mismo? Si uno la descubre por sí mismo es mucho mejor que si nos la dicen. Descubrir la causa por el análisis implica tiempo, ¿no es así? Y si uno utiliza el tiempo como medio para descubrir la causa del temor, ¿qué ha hecho en realidad? Cuando uno encuentra la causa, ¿qué ha ocurrido?

Interlocutor: Nada.

KRISHNAMURTI: ¿Simplemente nada?

Interlocutor: Ciertas clases de descubrimiento sobre uno mismo pueden llegar como una revelación. Ello puede ser muy dramático, no algo que uno aprende.

KRISHNAMURTI: Sí, puede ser muy dramático, y todo lo demás, pero el miedo aún continúa. Mire, señor: muere alguien al cual tengo afecto, me siento terriblemente trastornado por ello, y a esto lo llamo dolor. Sé por qué estoy apenado; es porque he perdido un amigo, he perdido alguien a quien quería muchísimo, y me siento solo. De repente quedo privado de un compañero con el cual solía discutir las cosas. ¿Me libera el hecho de saber todo eso? ¿Libra a mi mente de la pena? Observe, por favor, un poco más de cerca.

Interlocutor: Seguramente, lo que hace a uno sentir pena es un sentimiento de culpabilidad por haber sido tan inadecuado en nuestra relación.

KRISHNAMURTI: Sí, inadecuado, arrepentido y todo lo demás.

Interlocutor: Sigo pensando sobre ello.

KRISHNAMURTI: Eso es análisis: pensar sobre ello, investigarlo con lamentación y arrepentimiento, con una sensación de "Quisiera que ello no hubiera sido así". Mas al término de este largo viaje de descubrimiento, ¿está uno libre del miedo o de la pena? Tenemos explicaciones: religiosas, psicológicas y objetivas. ¿Nos liberan ellas del temor?

Interlocutor: Uno puede mirar el hecho real y darse cuenta de él.

KRISHNAMURTI: Creo que puede acometerse este problema de un modo distinto por completo. Tiene que ser posible. En la forma en que hemos vivido, no hemos resuelto *ningún* problema. Aún tenemos los problemas del miedo, de la pena y de la ansiedad. Seguimos viviendo en esa desordenada confusión. Yo creo que hay una salida real, si podemos abordar toda la cuestión de modo distinto.

Veo por mí mismo que el mero descubrimiento de la causa del dolor no acaba con éste. Las explicaciones, el pesar, el pensamiento de "Desearía haber tratado mejor a este amigo", ninguna de estas cosas resuelve mi dolor y termina con él. Pero, ¿qué he hecho? Al examinar, al buscar la causa, he desperdiciado tiempo y energía. Y necesito energía para hacer frente a algo que no comprendo. Veo que el tiempo, como proceso de análisis e investigación de la causa, sólo sirve para engendrar desorden y derrochar energía. No disiparé,

pues, mi energía buscando la causa. Sé muy bien que la causa es la lástima de mí mismo. Todo eso lo rechazo por completo: la explicación, la causa, el pesar, y la lastima de mí mismo. Lo niego y lo rechazo por completo porque veo su torpeza. Ello carece de sentido.

Interlocutor: Al tratar de comprender cualquier problema o sentimiento o pena, veo ese estado mental.

KRISHNAMURTI: Miren, señores: desearía transmitir algo, quisiera decirles algo. Para comprender lo que dice el que habla, tienen que escuchar. No sólo deben escuchar las palabras, sino también captar el sentimiento, la estructura, la naturaleza y el significado de lo que está más allá de las palabras. Para escuchar han de estar enormemente atentos. Claro que tienen sus propias ideas, sus opiniones, su propia experiencia; déjenlos de lado por el momento, no permitan que intervengan e impidan escuchar. Esto no quiere decir que ustedes hayan de aceptar lo que se está diciendo, sino muy al contrario. No se les está hipnotizando ni se les hace aceptar algo que difiera por completo de sus propias ideas. Simplemente están escuchando para descubrir. Decimos que tal vez haya una actitud del todo distinta ante el problema del dolor o del temor. Para comprender y descubrir por sí mismos, no sólo están escuchando al que habla, sino que lo están utilizando, si se me permite la palabra "utilizar", para ver la verdad o la falsedad de lo que está diciendo. Él dice algo muy sencillo: que mientras buscaba una explicación, uno ha usado el tiempo para descubrir la causa del dolor, esperando con ello librarse de dicho dolor. Eso es lo que uno ha hecho. Yo digo que no es ése el modo de librarse de la pena.

Tienen que descubrir lo que quiere significar el que habla, lo que quiere decir. Por lo tanto, tienen que escuchar. Él dice que cuando ustedes están analizando, siendo introspectivos y ahondando en las causas, ello es un desperdicio de tiempo y energía. Para hacer frente al reto del temor y del dolor, es necesario que tengan toda su energía y, por tanto, no pueden permitirse el desperdiciarla en tratar de descubrir cuál es la causa.

No derrocharé un segundo de tiempo ni un átomo de energía en el análisis ni en la lástima de mí mismo. Quiero estar libre del temor. Veo lo que pasa si uno tiene miedo. Veo cómo el miedo distorsiona, cómo impide, cómo corrompe y cómo crea ilusiones. Tenemos una red de escapes, y todo eso es un desperdicio de energía porque implica tiempo, y el tiempo es desorden.

He dicho eso. ¿Es ello un hecho real para ustedes, o lo comprenden sólo de manera verbal? ¿Es un hecho en el sentido de que el micrófono que tengo ante mí es un hecho? Si yo no veo el micrófono y alguien me describe lo que es, qué función tiene y qué estructura es la suya, en mí se tratará de una simple afirmación verbal; mas, cuando lo veo directamente, será un hecho real. Cuando está usted hambriento, eso es un hecho. Nadie tiene que decirle que tiene hambre, ni describir lo que es el hambre. El hecho revela la estructura del desorden, del tiempo. No puede uno seguir adelante si no llega al punto en que esto se convierte para uno en un hecho. Cuando la mente se da cuenta de que el tiempo engendra desorden y que eso es un hecho real, no una teoría, una afirmación verbal ni un concepto intelectual, esta misma convicción produce una revolución enorme; porque uno ha negado el tiempo psicológico.

Interlocutor: ¿Cómo puede usted mantener esta comprensión?

KRISHNAMURTI: No se trata de mantenerla. Si usted la comprende, es así.

Interlocutor: ¿Le ayuda a uno el ambiente a comprender?

KRISHNAMURTI: No; esto no tiene nada que ver con el ambiente, no tiene nada que ver con lo que uno sea o no sea. Sencillamente, ¿ve uno el hecho real? Señor, en su cuarto de baño tiene usted una botella marcada "veneno" y sabe que es veneno; usted tiene mucho cuidado con esa botella, aun en la oscuridad, siempre está alerta respeto de ella. No dice: "¿Cómo voy a mantenerme apartado de esta botella? ¿Cómo voy a tener cuidado con ella?" Sabe que eso es veneno, de modo que le presta enorme atención. El tiempo es un veneno, crea desorden. Si esto es un hecho para usted, entonces puede proceder a comprender la manera de librarse del miedo *inmediatamente*. Mas si aún considera el tiempo como medio de liberarse a sí mismo, no habrá comunicación entre usted y yo.

Vean ustedes, hay algo que es mucho más; puede haber una clase de tiempo por completo distinta. Sólo conocemos dos tiempos: el físico y el psicológico, y estamos cautivos del tiempo. El tiempo físico desempeña un papel importante en la psiquis, y ésta tiene una influencia importante sobre lo físico. Estamos enredados en esta batalla, en esta influencia. Tiene uno que aceptar el tiempo físico para alcanzar el autobús o el tren; mas, si uno rechaza *por completo* el tiempo psicológico, entonces puede uno llegar a un tiempo que es una cosa

del todo distinta, que no tiene relación con el primero ni con el otro. ¡Desearía que penetraran ustedes conmigo en ese tiempo! Entonces el tiempo no es desorden; es enorme orden.

Interlocutor: Señor, en el tiempo psicológico veo que mi mente ha proyectado hacia delante un futuro que no existe. Eso crea desorden, porque yo respondo a algo que no existe.

KRISHNAMURTI: Desde luego.

Interlocutor: Sin embargo, esto ocurre en dos niveles, el consciente y el inconsciente, y es muy difícil penetrar en este último.

KRISHNAMURTI: Señor, damos enorme importancia, me parece, a lo inconsciente. Freud y compañía nos han dado una cosa extraordinaria y nos han aplastado con esa cosa terrible; mas yo no creo que sea nada importante. Es una cosa muy trivial, y la mente consciente lo es también. ¿Por qué damos tal importancia a la mente inconsciente y por qué no se la damos a la consciente? ¿Es acaso porque no vemos que el pensamiento mismo carece de importancia?

Interlocutor: ¿No hay una mejor utilización del tiempo que disuelva el miedo?

KRISHNAMURTI: Mire, señor: usted está apenado. Yo no deseo que lo esté. Le ayudará el mañana a librarse de la pena?

Interlocutor: Mañana puede haber desaparecido, y así pasa con frecuencia.

KRISHNAMURTI: Puede o no haber desaparecido. En general no ocurre así. La idea de que puede haber desaparecido no es más que una idea, no es un hecho. El hombre ha vivido con la pena o la ha deificado. Los cristianos han rendido culto al dolor. En la India y en Oriente lo despachan con explicaciones, porque tienen la doctrina del karma. El despachar la pena con explicaciones o el deificarla es una forma de evasión. Puede uno también evadirse por medio de la bebida o de las drogas. Pregunta usted si hay una acertada utilización del tiempo. Es evidente que la hay.

Interlocutor: Creo que mi utilización del tiempo en el pasado ha sido defectuosa, porque lo he utilizado de manera estúpida.

KRISHNAMURTI: ¿Cuál es el acertado uso del tiempo? Fuera del tiempo físico, del tiempo medido por el reloj, ¿qué significa el tiempo?

Interlocutor: Significa cambio.

KRISHNAMURTI: En efecto, el tiempo significa cambio. Estoy apenado; para cambiar todo esto, necesito tiempo, mañana o el momento inmediato. ¿Es que sucede eso? Cuando uno tiene hambre, cuando hay una demanda real, ¿dice uno: "Bueno, aguardaré hasta mañana"?

Interlocutor: Sí, pero hay otras muchas ilustraciones que indican que ello funcionará. Por ejemplo, siento un deseo. Si no hago nada sobre ello, se disipa, y no me molesto en tener que combatirlo.

KRISHNAMURTI: Desde luego. Discútalo, señor; siga.

Interlocutor: Como ilustración, el paso del tiempo tiene por resultado la eliminación de deseos, porque ellos llegan a ser penosos.

KRISHNAMURTI: Mire usted lo que está diciendo. Dice que el tiempo, que forma parte del placer, puede ser utilizado para librarse del no-placer. De modo que el tiempo le da placer. Eso es lo único que queremos.

Interlocutor: ¿No es el soñar un estado de la mente en el que no hay tiempo psicológico ni físico?

KRISHNAMURTI: Los sueños son algo enteramente distinto. Yo creo que los sueños son un desperdicio de tiempo, de energía. ¿Por qué sueña uno? Es bastante claro, ¿no? Está uno terriblemente ocupado durante todo el día, con la mente consciente enredada en sus disputas y en todas las demás actividades de las horas de vigilia. Cuando se va uno a dormir, la mente consciente queda algo menos activa, y la llamada inconsciente proyecta todas sus intimaciones en forma de sueños. No tenemos que glorificar los sueños, porque entonces tendremos los intérpretes de los sueños y todo lo demás. *(Risas.)*

Si uno está despierto todo el día, observándolo todo, observando la forma en que uno camina, habla, se viste y piensa, vigilando nuestra relación con las personas y con la naturaleza, prestando atención a todo lo que está oculto en lo interior, entonces surgirá lo llamado inconsciente, y no tendrá uno que soñar nada.

Interlocutor: ¿Puede usted indicar por qué el tiempo, PER SE, nunca puede resolver la pena?

KRISHNAMURTI: He estado demostrándolo. Mire, señor: pierdo a mi hijo. Investigo qué es lo que está pasando en mi mente. Me veo privado de algo en lo que yo confiaba; he perdido un compañero, he perdido un hijo en el que había invertido no sólo dinero, sino también esperanzas, temores y anhelos. No puedo inmortalizarme en él. Me revuelco en la autolástima y las lamentaciones. Pues bien, esto ha llevado tiempo: un día o un año; sea lo que fuere, ha invertido tiempo. Mientras tanto, otras influencias, otras tensiones, han venido a la existencia. No es sólo un descubrimiento continuo. Hay otras cosas que interfieren. Pero la causa nunca produce el efecto acertado. Cuando hay una causa y un efecto, hay también un intervalo de tiempo. En ese intervalo existen toda clase de tensiones; por lo tanto, el efecto se cambia, y lo que fue efecto llega a ser la causa de una nueva serie de cambios. Nunca hay una causa precisa y un preciso efecto. Es, pues, un desperdicio de tiempo la mera investigación de la causa que ha producido mi pena. Si eso está claro, ¿es una claridad verbal o una claridad efectiva?

Interlocutor: En las particulares ilustraciones que usted da, es evidente una claridad efectiva.

KRISHNAMURTI: Ya no depende usted, pues, más del tiempo.

Interlocutor: Me digo que, si yo me diera cuenta de ello durante cierto tiempo, entonces...

KRISHNAMURTI: Usted no puede darse cuenta durante un período de tiempo. Entonces ello se volvería mecánico. Señor, mire usted: entro en la sala y veo los colores de los diversos ropajes, la puerta, las ventanas, la forma desproporcionada de la sala, la luz, y todo lo demás. Lo veo inmediatamente y percibo mis reacciones ante todo ello. Me doy cuenta de cómo surgen esas reacciones, y de mí condicionamiento, ya sea clásico, victoriano o alguna otra cosa.

Interlocutor: Usted se da cuenta, pero yo no.

KRISHNAMURTI: Si usted procede de ese modo, descubrirá, ¿no? Mas, si entra en la sala, mira en torno y trata de descubrir sus reacciones, su condicionamiento, ello invierte tiempo. Y, cuando usted ha invertido tiempo, se mezclan en él otros factores, no simplemente una cosa, y eso es un derroche de tiempo. Pero *¿es* un hecho real que ya usted no está utilizando el tiempo como medio de darse cuenta, de librarse del miedo o de la pena?

Interlocutor: ¿No interviene el tiempo sólo cuando empieza uno a pensar en sí mismo?

KRISHNAMURTI: No, por favor, no se trata de eso. Está usted introduciendo otra cosa. Muy bien, diré que sí, desde luego. Y, entonces, ¿qué va usted a hacer sobre ello? ¿Investigar de nuevo cómo librarse de ese pensamiento que piensa sobre sí mismo?

Si ello es un hecho, no una idea ni una palabra ni un concepto o teoría intelectual, sino algo que es real como tiene que ser para algunos de los que están aquí, entonces podemos seguir adelante. No hay tiempo al-

guno a través del cual yo vaya a librarme de algo, y sé que hay miedo. Temo la opinión pública, la muerte, la oscuridad, o temo a mi abuela. También me doy cuenta de que estoy apenado. Tengo que hacer frente a la pena, sin tiempo. Esto significa que tengo que hacerle frente con toda la energía de que disponga. Tengo la energía ahora, compréndalo usted. No la tenía antes porque utilizaba el tiempo como medio de evasión. Y ello trajo desorden, porque el *hecho* es la pena, y yo introduje otros factores que no tenían valor alguno. Los otros factores eran meros escapes del hecho único. Cuando en realidad rechazo el tiempo como idea, concepto o como algo que uso para librarme del miedo, entonces tengo la energía para encararme con esta cosa, y todo ello requiere enorme energía.

Tengo miedo, pero ya no acudo al tiempo como medio para disolver ese temor; tengo que hacerle frente. Pero, ¿*cómo* le hago frente? Han desaparecido todos los escapes, las explicaciones, las causas, todos los medios de superarlo: contención, represión, control, *todas* esas cosas. Todas ellas implican tiempo y un desperdicio de energía. Entonces, cómo me encaro con aquello?

Interlocutor: Si ha cesado toda evasión, seguramente que el temor mismo ha desaparecido.

KRISHNAMURTI: No pase usted a eso. Porque si penetra en ello, verá que ocurre alguna otra cosa.

Interlocutor: Mas, si no sé cómo hacerlo, entonces...

KRISHNAMURTI: Entonces ello significa que usted no se ha librado en absoluto del concepto del tiempo. El concepto del tiempo como pensamiento es placer;

usted quiere placer, y continúa ese placer en diversas formas; y por lo tanto, no se ha desembarazado del tiempo.

Interlocutor: Tiene uno que hacerle frente directamente.

KRISHNAMURTI: Para hacerle frente directamente, tiene uno que saber, que comprender la estructura y la naturaleza del placer. Porque placer es lo que *queremos.*

Interlocutor: Se le da importancia al placer.

KRISHNAMURTI: Eso es lo que estamos buscando; eso es lo que *queremos.* Queremos placer; queremos la continuación del placer, no la comprensión del dolor, ni la del miedo o del tiempo. Usamos el tiempo como medio de prolongar el placer y eludir el dolor; eso es lo único que nos interesa.

Tiene uno una experiencia de placer: una encantadora puesta de sol, un bello árbol, una escena, una bella faz; logra uno enorme placer, y quiere que eso se repita. La repetición *es* tiempo, no así el instante del placer.

Interlocutor: Es un punto muy difícil, porque si uno siente miedo o pena, entonces la mente es desviada por todas estas influencias; y si usted las rechaza, entonces...

KRISHNAMURTI: ¡No, no! Cuando usted rechaza el tiempo, lo rechaza porque es un *hecho.* Nunca se siente usted atraído hacia su efecto, porque usted lo

conoce. Sólo se sentirá atraído hacia él cuando su placer siga al mirar ese precipicio.

Interlocutor: ¿Es una vuelta al placer el rechazar este concepto del tiempo?

KRISHNAMURTI: No, muy al contrario; el tiempo es la invención del pensamiento en forma de placer.

Interlocutor: No, no me refiero al pensamiento. Quiero decir como experiencia.

KRISHNAMURTI: Usted tiené que comprender el placer. Penetremos en ello. ¿Qué queremos? En realidad, ¿qué es lo que queremos todos nosotros?

Interlocutor: Queremos ser felices.

KRISHNAMURTI: La felicidad es placer, una continuación del placer, repetición de algo que es placentero: sexo, una imagen, una experiencia, una idea, cualquier cosa que dé placer.

Interlocutor: Uno quiere libertad.

KRISHNAMURTI: ¡No, señor! (*Risas.*)

Interlocutor: Quiero decir librarse de la infelicidad. Si piensa uno en la felicidad, automáticamente piensa en la infelicidad.

KRISHNAMURTI: Libertad, no libertad *de,* sino simplemente libertad.

Interlocutor: Simplemente libertad.

KRISHNAMURTI: Si usted es libre *de* algo, ¿es libre?

Interlocutor: No.

KRISHNAMURTI: Por favor. Nos queda muy poco tiempo. No es que me impaciente, ni nada por el estilo, pero es mucho lo que ustedes están perdiendo sólo por retroceder y volver a retroceder.

Interlocutor: Continúe sin las interrupciones, señor.

KRISHNAMURTI: Señor, no es bueno que sea yo el que continúe, porque al fin y al cabo, queremos comunicarnos unos con otros. Pero la comunicación verbal no tiene nada de comunicación. Ésta existe cuando tratamos con hechos, lo cual es comunicación *real.* Cuando usted me *odia,* usted está en comunión; cuando yo la amo, estamos en comunión; mas, si es usted indiferente, y yo soy alguna otra cosa, no tendremos comunión. Así pues, miren esto señores. Como dijimos al principio, el tiempo crea desorden. Ustedes pueden ver lo que está pasando en el mundo. Hay inanición en la India y en otras partes de Asia, paro forzoso en muchos sitios, y otras cosas terribles, entre ellas la guerra, que está en curso en Asia. La ciencia podría alimentar al hombre, vestirlo y albergarlo, mas no puede hacerlo, debido al veneno del nacionalismo, a los políticos y sus ideas, sus conceptos. Ellos dicen: "Afilíense a este partido, a aquel", y todo el Oriente se muere de hambre. Dicen: "Bueno, tenemos que pasar por el nacionalismo, por nuestro particular partido", y entretanto, la gente

se muere de inanición. Podemos ver, pues, que el tiempo engendra desorden, no sólo en lo político, sino interiormente. Lo veo. Veo por mí mismo, como un hecho real, que el tiempo crea desorden y que el hombre tiene que vivir en el orden. De lo contrario, creamos ilusiones, vivimos desesperados. Veo eso como un hecho, y el tiempo ya no existe para un hombre que lo ve. No soy nacionalista ni pertenezco a ningún partido. No soy católico, ni protestante, ni hindú. Tengo la energía para hacer frente al hecho que es el temor, porque he comprendido el placer. Pero los más de nosotros sólo queremos una cosa: el placer. Si no es el placer sexual, será alguna otra forma. Se harta uno de las diversas formas de placer a medida que avanza en edad, y luego acaba por buscar a Dios (*risas*) o alguna otra cosa.

Tiene uno que comprender este extraordinario impulso hacia el placer; y cuando lo comprende, también comprende la naturaleza del tiempo que le da duración en forma de pensamiento. ¡Todo ello es tan sencillo, señores! Sencillo, si realmente ven la verdad de la naturaleza del tiempo. Si en efecto la ven, entonces ¿qué ocurre? Ya no serán moldeados por el tiempo o el placer, como principio. Pueden mirar el hecho, no en términos de placer y pena, ni por lo tanto, de tiempo. ¿Qué pasa entonces? Cuando ustedes se encaran con un hecho por completo, como un todo, se enfrentan a él con paz, lo cual no es placer. La paz es afecto, ¿no es así? No asientan, por favor; limítense a examinar la afirmación. La paz nunca contiene placer. Eso es lo más bello de la paz. Y cuando se ha rechazado el tiempo, entonces tienen ustedes energía para enfrentarse con el hecho. Esto significa que la mente ha experimentado una revolución y que, por lo tanto, se enfrenta con algo en una dimensión por entero dis-

tinta. Si uno ha conocido sólo el placer y la continuación de éste en forma de tiempo, de pensamiento, sólo habrá conocido el conflicto, que es desorden. Trata uno de escapar de ello, de hipnotizarse con toda clase de actividades, pero eso es lo único que conoce. Ve uno eso y lo rechaza por completo. Entonces la mente no es arrastrada por el placer. Ella tiene una enorme energía, que es pacífica; carece de conflicto, y puede encararse con el temor.

¿Cómo nos enfrentamos con el miedo? Eso es lo que quiero saber. Generalmente nos encaramos con él tratando de rehuirlo; por eso nunca nos enfrentamos de veras con él. Lo rehuímos por la verbalización, mediante innumerables redes que el hombre ha hecho. Todo esto lo conocemos: Dios, la bebida, el sexo, las diversiones, la literatura, la pintura, el arte; todo menos el hecho real. Cuando *ponemos término* a todo eso, la mente se vuelve extraordinariamente alerta y muy callada. No puede estar en calma cuando está buscando siempre, perpetuamente, diversas clases de placer. Les ruego que no me entiendan mal. No hay nada malo en el placer. Mirar algo bello es una cosa encantadora. Pero, para derivar de ello el verdadero placer, no ha de insistir en que continúe: en eso es que se inicia el desorden.

Cuando ustedes han rechazado el tiempo no como una reacción, sino porque comprenden que crea desorden basado en el principio del placer, entonces tienen energía para hacer frente al hecho. Entonces no hay falseamiento. El placer que crea ilusión y falseamiento ha llegado a su término; por eso puede hacerse frente al hecho real.

Una de las cosas más difíciles de comprender es todo el principio o la estructura del placer. Cuando es usted

altamente sensible, lo es también todo su ser: cuerpo, nervios, ojos, oídos. Todo en usted es sensible. El mero hecho de ver algo muy bello, o muy feo, es un momento de placer, pero no debe tener continuidad alguna. Desde el momento en que tenga continuidad, uno se vuelve insensible; y siendo insensible, hay desorden.

Lo que ocurre cuando uno rechaza el tiempo, el placer y su continuidad es que la mente queda en completa calma, el cerebro está totalmente quieto; y esta calma, esta quietud, esta intensidad, es el resultado del hecho que uno ha visto; y por esto, no hay esfuerzo alguno en ello. Hay esfuerzo cuando hay placer. Si uno ha captado en realidad todo esto, la mente se ha salido del sendero trillado del principio tiempo-placer, y por consiguiente ya no depende del tiempo como medio de evolución, de librarse o de alcanzar algo. Cuando surge la muerte de alguien, la mente se encara con ese reto, con ese incidente, sin *ningún* movimiento. Esto no significa falta de compasión; no quiere decir crueldad. La muerte es una cosa inmensa, demasiado vasta para que la comprenda una pequeña mente mezquina. Sólo puede uno hacer frente a algo inmenso cuando la mente está en calma.

29 de abril de 1965.

IV

¿Continuamos con lo que estábamos diciendo el otro día, es decir, con el tiempo? Decíamos que el tiempo, prescindiendo del tiempo físico del reloj, crea desorden; y para ser cuerdo, objetivo, no emotivo ni sentimental, tiene uno que comprender toda la estructura del tiempo. Hemos penetrado un tanto en eso; y creo que acaso podamos acometerlo esta tarde desde un punto de vista distinto.

El conflicto en cualquier forma que sea es la ilusión del tiempo; y todos estamos en conflicto, de diversas clases en distintos niveles de nuestro ser. Aceptamos el conflicto de la vida como inevitable, y nos ajustamos a él. Puede uno ver que éste, en cualquier forma que sea, falsea y pervierte el pensamiento; y por eso el pensamiento llega a ser el creador de ilusiones, que es el tiempo.

No estamos hablando *sobre* algo. No hablamos sobre una idea. No es como mirar un cuadro que algún otro ha pintado, y decir: "Me gusta", o "No me gusta", preguntándonos quién lo habrá pintado, si tiene algún valor monetario, etc. No estamos haciendo eso. No estamos contemplando un cuadro verbal. Estamos viviendo en realidad la cosa que se está diciendo; y ésta no es ajena, no es algo extraño. Por eso es muy importante, creo, escuchar con atención, no sólo al que habla, sino a todo en la vida, escuchar sin ningún falseamiento, sin tiempo. Entonces acaso descubramos por nosotros mis-

mos si es posible de alguna manera vivir en este mundo (ganarse el sustento, tener familia, hacer una vida de continuo movimiento en la relación) sin esfuerzo, y por consiguiente, sin tiempo.

El tiempo implica también espacio. Sólo conocemos el espacio desde un centro que es el observador; y por eso nuestro espacio siempre tiene un límite, un confín, una frontera. En realidad, no en teoría, sólo conocemos el espacio dentro de una casa debido a las cuatro paredes que tiene. Dentro de nosotros mismos, cuando nos miramos y consideramos lo que es el espacio, siempre hay un centro desde el cual estamos mirando; y por eso el espacio es limitado, y su limitación es creada por el observador. En el mundo moderno, donde va disminuyendo cada vez más la cantidad de espacio físico disponible, si uno ha de tenerlo, ha de ir a la luna o a los planetas. Espacio sin centro, sin el límite, es libertad; y esa libertad no es posible cuando existe el tiempo que crea la ilusión del observador, que a su vez limita el espacio con su pensamiento. Aquél se separa de la cosa que ha observado, y por ello hay un espacio entre la cosa observada y el observador, lo cual es aún del tiempo.

Es muy interesante, si penetra usted mismo en ello, descubrir lo que es el espacio, saber si puede usted tener espacio, no sólo en lo exterior, sino en lo interior, sin volverse loco. Sólo en el espacio no hay influencia, presión, entidad civilizada en forma de observador, de centro que discrimina, que ejerce la voluntad para lograr o no lograr. De modo que para comprender el tiempo, no el tiempo físico, tenemos que comprender también esta cuestión del espacio: si existe espacio sin el observador y la cosa observada. Como estos dos están separados, hay conflictos; y, para comprender el

conflicto y así librarse de él, no han de existir ni el observador ni lo observado.

Conocemos el espacio debido a las cuatro paredes de la casa que lo circundan, y debido a la silla que lo crea en torno a sí misma. También conocemos el espacio como distancia en el tiempo. Lo conocemos porque existimos como seres humanos, con toda nuestra barahunda de conflictos, desdichas y pena; y también por la pugna, el conflicto, el impulso de alcanzar desde el centro aquello que el pensamiento proyecta como meta. Ese centro llega a ser el experimentador, el observador, y desde ese centro uno conoce el espacio, pero uno no conoce el espacio sin el centro. Por eso, si no se descubre ese espacio sin el centro, siempre es un esclavo del tiempo, y por ello viene la constante tensión, el conflicto de la dualidad del observador y lo observado.

El observador, que es el "yo", el pensamiento, el centro, crea un espacio en torno de sí mismo para contener, rechazar, resistir; o bien, por medio de la identificación, para establecer otro centro. No pueden existir el experimentador y el observador sin crear *otro* centro. Puede rechazar *su* centro, porque éste es el resultado del tiempo, de la experiencia y del conocimiento. Si no lo comprende y lo rechaza por completo, no queda libre de ese centro, y crea invariablemente otro fuera de sí mismo como ideal, como utopía, como símbolo, como Dios, como lo que quiera usted, y pasa a identificarse con eso. Sigue creando espacio en forma de tiempo, y necesita éste para realizar.

Tiene uno que comprender el asunto del tiempo y el espacio si ha de comprender esta cuestión de una vida sin esfuerzo, que es en realidad extraordinaria en sumo grado, que reclama gran sensibilidad y atención. No

basta con decir: "¿Cómo puedo vivir sin esfuerzo en el mundo moderno?", no basta con rechazarlo ni con tratar de convertir la vida sin esfuerzo en un ideal y ajustarse a él, porque ello se convierte entonces en un esfuerzo. Una acción que sea realmente espontánea, y no instintiva o impetuosa, no está limitada por el tiempo.

Si la mente está atiborrada y carece de espacio, no puede uno mirar, no puede en realidad observar. Para observar de modo total hace falta un mirar, un ver, un oír en que no exista la distancia, ni por lo tanto, el espacio: espacio creado por el centro. Si yo quiero verlo a usted y si quiere usted verme, no puede usted tener la mente repleta de problemas de toda clase de cuestiones y dudas y desdichas, porque entonces no hay espacio en que mirar. La mayoría de nosotros no queremos espacio, porque éste significa miedo.

¿Es posible vivir en este mundo sin escapar de él, pero sin experimentar? Porque, desde el momento en que haya experiment*ación,* habrá el experiment*ador,* que impide la existencia del espacio.

Esto no es tan disparatado como parece. Sólo en el espacio puede ocurrir algo nuevo. Mientras uno esté experimentándolo todo, y por lo tanto traduciendo lo nuevo en términos de lo viejo, que es experiencia, el espacio creado por el experimentador es siempre limitado, porque está en el campo del tiempo. He acumulado mucha información, conocimiento y experiencia. Esa experiencia ha creado un espacio en torno de sí misma, y por eso tiene un espacio limitado. En éste, vivo con mi identificación con todas las cosas que he experimentado, con todos mis recuerdos, con el pasado. ¿Cómo puedo librarme de ello? ¿Cómo puedo rechazarlo tan por completo que el rechazamiento mismo

sea una explosión? Cuando preguntamos "¿Cómo?", el "cómo" *es* desorden, porque es del tiempo.

El hecho es que cada ser humano, que no tiene en realidad nada de individuo, está sujeto al tiempo, como experimentador que proyecta su propio espacio en torno de sí mismo. Ese centro es el observador, y cualquier cosa que él mire sigue siendo lo observado, y por ello no hay relación entre el observador y lo observado, es decir, no hay comunión real. Tan sólo existe la comunión cuando no existe el centro; y eso sucede cuando, si se me permite usar la palabra sin falsearla, hay amor. Y el amor no es del tiempo, no es un recuerdo, no es del pasado. Como ser humano que ha vivido una vida de experiencia, acumulando conocimiento, cuyo centro crea el espacio del tiempo y su cautiverio, ¿cómo es posible que yo cese y que, por lo tanto, exista el espacio?

Vean ustedes, la muerte tiene que ser algo extraordinario; y, sin embargo, nadie quiere saber lo que es. Nadie quiere descubrir el enorme significado de algo que no conoce. Sé que existe la muerte, y veo pasar a otros camino de sus tumbas; me veo envejeciendo, perdiendo mi capacidad, no sólo la física, sino también la emotiva y la mental, con disminución de la sensibilidad y aceleración del deterioro. Todo lo que experimento como lo desconocido, que es la muerte, sigue estando en el campo del tiempo si yo lo experimento. Mas, para descubrir lo que es la muerte, no sólo tiene que terminar el temor, cosa bastante evidente, sino que también tiene uno que comprender en realidad esta cosa compleja llamada tiempo, y el espacio que uno no puede experimentar como observador, como experimentador.

Al fin y al cabo, nada sabemos sobre la paz; no sabemos lo que es la paz. Hablamos de ella y los políticos

juegan perpetuamente con la palabra. Pero en realidad, no sabemos lo que significa. No me refiero al significado verbal de la palabra "paz", sino a aquel estado de paz en que hay enorme actividad sin conflicto, sin tiempo. Para descubrir cómo lograrlo, ¿qué hace uno? Les ruego no se hagan la pregunta de "¿Cómo voy yo a hacerlo?", o "¿Cómo voy a alcanzarlo?" En el momento en que hacen la pregunta "¿Cómo?" ya están trayendo el desorden, porque están introduciendo el tiempo como medio de lograr la paz, y lo que se alcanza por medio del tiempo ya no es paz; es sólo desorden, confusión. No sabemos lo que significa ser en realidad pacíficos, o sea nada de violencia en absoluto. La violencia no sólo incluye la matanza de animales para comerlos, el matarnos unos a otros, las guerras y el conflicto de las nacionalidades, sino también la ambición, la codicia, la envidia, la disciplina de la sociedad que se vuelve inmoral, y la disciplina de uno mismo al tratar de ajustarse a una idea, de imitar un modelo o de ir tras un símbolo, cosas todas que están en la estructura de la violencia. No sabemos, pues, qué es esta cosa extraordinaria llamada paz. Creemos que tendremos paz si podemos prohibir la bomba. ¡Ciertamente que no! O tratamos de dominar la cólera, o de librarnos de esto o aquello. Eso no produce paz. No sabemos lo que es, lo mismo que no sabemos lo que es el amor, o la muerte. Conocemos el amor como celos y como placer, el conflicto de los celos y las relaciones sexuales de placer, cosas todas que son del tiempo. Mas no sabemos en realidad (no como experimentador, porque eso es demasiado inmaturo, si se me permite esa palabra, y demasiado limitado) lo que es darse cuenta de esta cosa extraordinaria llamada amor, o darse cuenta de la paz o de la muerte.

Existe esta cosa llamada la muerte. ¡No hablo de ella porque me vaya haciendo viejo! Uno la elude porque no puede comprenderla, o tiene uno teorías sobre la reencarnación o la resurrección. Trata de apartarla de sí y de encerrarla. Es algo desconocido, como el amor y la paz, y la vida sin esfuerzo. No la conoce uno. No puede acercarse a ella por medio del tiempo como experiencia, ni tampoco a través del desorden. Debemos tener orden para estar libres de la experiencia. Es sólo la mente desordenada la que busca esta última o quiere más de ella. No sé si han llegado ustedes a penetrar en esta cuestión de la experiencia. ¿Querrían hacer preguntas? Existe el peligro de que se limiten a escuchar y yo siga adelante solo.

Interlocutor: Cuando usted dice "experiencia", ¿quiere significar "condicionamiento"?

KRISHNAMURTI: No, por favor, no. Preguntamos si uno ha penetrado en esta cuestión de la experiencia y si la ha explorado. La experiencia es una reacción a un reto, adecuada o no. Experiencia es pasar por algo: cólera, celos, sexo, lo que se quiera, y pasar por ello como experimen*tador*. Decimos: "Ayer he tenido una maravillosa experiencia, cuando paseaba; la belleza de las nubes, su luminosidad, eran algo extraordinario." Lo he experimentado, se ha convertido en recuerdo. Existió aquella bella puesta de sol, y he respondido a ella. Tiene uno que responder, de lo contrario estará muerto. Si me clavan una aguja, tengo que reaccionar, a no ser que esté paralizado. Mas, cuando el experimentador saca de ese pinchazo, o de esa puesta de sol, un recuerdo de placer o de pena, entonces uno ha puesto

en marcha el patrón de la experiencia. Y este placer y esta pena son los que traducen toda reacción en forma de experiencia. Si uno está harto de la experiencia, quiere otra más grande, más amplia, significativa, con más sentido, porque esta vida es terriblemente fastidiosa, viendo la misma esposa o el mismo marido, trabajando en la misma oficina año tras año, viviendo en una pequeña isla apiñada y apretada, muy burguesa. Se cansa uno mucho de todo eso y se vuelve un "beatnik", un "beatle", o se aficiona a las drogas; porque lo que uno quiere es más experiencia. Y la "más experiencia" es siempre demandada de lo mismo en términos de algo nuevo. Si no tuviéramos experiencia alguna, los más de nosotros nos echaríamos a dormir. Si no nos desafiara el estado, el prójimo, la máquina calculadora, la automatización, todos nos iríamos a dormir. Dependemos de la experiencia para mantenernos despiertos en ese sentido.

Si ha trascendido usted eso un poquito, no en el tiempo, sino que lo comprende, entonces crea su propio reto; y éste es mucho más agudo, mucho más vital que el recibido del exterior. Sin embargo, ese reto que usted mismo ha planteado sigue estando dentro del campo del tiempo, porque usted, como experimentador, ha reaccionado ante él.

Hay un reto exterior o uno interior para aquella respuesta exterior. Puede uno dejar de lado el exterior, porque éste tiene muy escaso sentido para el hombre realmente serio. Pero uno tiene su propio reto, que llega a ser mucho más agudo, más vital; y cuando uno comprende eso también, ¿hay entonces reto alguno? Porque toda experiencia sigue siendo el experimentador y la cosa experimentada en el tiempo; por eso crea ilusión y crea también un espacio que está ligado al

tiempo. Ver, observar sin el experimentador, es crear orden, lo cual es en realidad virtud.

La mente, que es el resultado del tiempo, el cerebro, los nervios, todo lo que conozco, experimento, pienso, siento y por lo cual pugno, todo ello viene de un centro de experiencia. Con eso, trato de descubrir lo desconocido, como la muerte, el amor, la paz; el intento mismo de descubrir *es* desorden. Es enormemente importante el comprender esto. Orden es paz, mas no el orden social. Éste, desde luego, debe usted tenerlo. No es el orden de la relación entre marido y mujer, que también es necesario. Pero el orden que queremos establecer en el mundo se basa en el tiempo, y por ello está produciendo desorden perpetuamente.

Miren ustedes todos los políticos, los abogados, los hombres de negocios. ¡Mírenlos! Ellos quieren orden bajo sus propias condiciones; lo que quieren es desorden. Para tener orden, que es en realidad una extraordinaria estructura de comprensión, tiene que haber comprensión fuera del tiempo; y no pueden ustedes captar esta comprensión como una experiencia.

Hay, pues, como la muerte, algo que es nuevo: lo desconocido, lo cual no me es posible abordar con lo conocido, como lo conocido. Vean, pues, el problema: ¿cómo voy yo, que soy un haz de lo conocido, a acabar con ello sin introducir el tiempo, sin experimentar la muerte de lo conocido? No me es posible concebir ni formular lo desconocido. Ningún símbolo, ninguna palabra puede ser eso. La palabra no es eso.

¿Es, pues, posible morir para lo conocido: lo conocido en forma del recuerdo de mi esposa y de mis hijos, los placeres que hemos disfrutado juntos, los problemas? ¿Es posible morir sin experimentar la muerte, sin esfuerzo y por lo tanto, sin tiempo?

Mirémoslo de otro modo. La vida es un movimiento: acción en relación. Es un movimiento sin principio ni fin. Mas todas nuestras acciones arrancan de lo conocido como idea, y de la realización de esa idea en acción. ¿Se está volviendo esto muy complicado? Cuando uno se dice: "Esto lo haré mañana", ya ha proyectado el mañana y la idea, así como la acción que va a seguir a tal idea, no sólo la acción física (esa tiene que proyectarse, desde luego, por lo cual no la traeremos aquí, porque se confundirían más las cosas), sino la acción psicológica, que implica tiempo. Eso es lo que hacemos.

Tengo una idea sobre mí mismo; creo que soy eso. O bien he simbolizado mi concepto de mí mismo en palabras o en una imagen; y quiero modificar esa idea, quiero cambiarla; y el cambio de la misma es una idea más, siendo la idea pensamiento organizado. Y el pensamiento *es* del tiempo. De modo que el tiempo, el pensamiento en el tiempo, como tiempo, crea desorden. Veo todas mis actividades: tratar de ser grande, de llegar a ser santo, de tener éxito, de ser famoso, de ser, de cambiar, de hacer esto o aquello. Hay división entre el concepto y el acto; hay división entre el concepto y el experiment*ador* que está actu*ando*. Toda mi vida consiste en: "Voy a ser", "Renunciaré", y " Tengo que ser". Esto mismo se efectúa en lo político, como hacen en el mundo comunista con su utopía. Nuestra acción está siempre dividida, una imagen que se ajusta al modelo de una idea. Por ello hay conflicto y hay desorden total. Existe desorden desde el momento en que la voluntad actúa como placer en el tiempo.

Veo todo esto. No es que alguien me lo haya dicho, ni que yo haya leído un libro sobre ello. Veo todo esto, lo observo todo en torno mío, en mí mismo; donde-

quiera que voy, ésta es la naturaleza del conflicto. Su esencia misma *es* este observador y la cosa observada; y de aquí proviene el desorden del tiempo, y la atadura del espacio al tiempo. Entonces surge el problema de cómo *ve* uno. Veo esto, digo que lo comprendo; por lo menos intelectual y verbalmente lo comprendo en efecto. Entonces surge la cuestión de cómo voy a ponerlo en acción. Lo veo. Parece tan enormemente cuerdo, racional y lógico, en lo estructural lo mismo que en lo verbal. ¿Cómo voy a impartirle acción que no sea mía? Tengo que descubrir lo que significa ver, lo que significa escuchar, y aprender; porque aprender, escuchar y ver son lo mismo. No son tres cosas separadas. Cuando escucho, estoy aprendiendo, y por lo tanto, viendo. Ver es actuar; no veo primero y luego actúo más tarde. Si hay un intervalo de tiempo entre ver y obrar, el ver y obrar dan por resultado el desorden.

No hay "cómo"; no hay mecanismo, no hay fórmula que explique cómo voy a hacerlo. Eso debe borrarse *por completo*. Puede uno ver por qué. Desde el momento en que uno dice: "¿Cómo voy a hacerlo?", ya ha creado una división entre el experimentador y la cosa experimentada, y por consiguiente ya está uno cautivo del tiempo en forma de práctica. Trato de hacer *eso:* existe este hábito y yo voy a romperlo, lo cual es una división. Pero el ver un hábito, sea el que fuere, es su terminación. Es, pues, muy importante descubrir por sí mismo lo que es el ver. El ver no es sólo visual; es también mucho más cosa de la mente.

Cuando conduce usted un coche, su mente ve mucho más que sus ojos. Ya ella se da cuenta del coche que viene a la vuelta de la esquina antes de que el ojo lo vea; y, si la mente no es realmente sensible, y si no es también muy sensible el cerebro, no habrá el ver.

Pero éstos no pueden ser sensibles si no lo son el cuerpo y los nervios. Tiene uno, pues, que tener el cuerpo y los nervios altamente sensibles, no empapados de bebida, comida y demás; por lo tanto, alimento adecuado... ¡No, no estoy dando consejos, por favor! *(Risas.)*

De manera que el cuerpo, los nervios, el cerebro, la mente, la entidad total, que incluye lo inconsciente lo mismo que lo consciente, han de tener gran sensibilidad. Tiene usted que percibir sus gustos y disgustos, cómo camina, habla, escucha, a fin de que se active lo inconsciente.

Ver, escuchar, aprender es atención total, en la que no hay experimentador; por eso no se trata de "¿Cómo voy a darme cuenta?" ni de "¿Cómo voy a estar atento?". El "cómo" es la exigencia más desordenada. Usted ve o *no* ve. Si no ve, déjelo en paz; no se atormente usted para ver.

La estructura de nuestro ser se basa en lo conocido; y éste no puede conocer lo incognoscible, lo desconocido. Sin embargo, eso es lo que estamos tratando de hacer todo el tiempo.

Interlocutor: ¿Qué es el silencio?

KRISHNAMURTI: El señor pregunta lo que es el silencio. Silencio es lo que ha estado ocurriendo mientras se hablaba. *(Risas.)* No estoy diciendo nada absurdo. ¿No saben ustedes lo que es el silencio? No un silencio creado por la mente, por el cerebro; no compuesto por la disciplina ni por la absurda práctica artificial de la meditación, en que entraremos en otro momento. ¿Es que *hay* silencio aparte de la entidad que lo *experimenta*? No veo cómo puede separarse el silencio

de la paz, de la muerte, de la belleza, del amor. Si usted ha tocado uno de ellos, los otros también existen. Algunos astronautas dicen que hay extraordinario silencio en el espacio exterior.

Interlocutor: ¿Podríamos describir el silencio como equilibrio?

KRISHNAMURTI: Me temo que no pueda usted describirlo. ¿Cómo puede describir algo que no conoce; y, si lo conoce, no lo describirá. Para los más de nosotros, la expresión llega a ser extraordinariamente importante. El pintor *insiste* en la expresión, pues dice que, de otro modo, ¿para qué sirve vivir? Mas, para expresar, tiene que haber creación; y la creación es algo que puede no requerir expresión alguna.

Interlocutor: Krishnaji, volviendo sobre lo del tiempos ¿no es posible que sea el tiempo físico el que nos arrastra a toda esta confusión?

KRISHNAMURTI: Ya hemos entrado en eso, señor. Dijimos que el tiempo físico es necesario.

Interlocutor: Pero nos arrastra hacia aquello.

KRISHNAMURTI: Aguarde. El tiempo físico es necesario. ¿Es que nos impulsa hacia atrás? No. El tiempo físico es necesario. ¿Cuál es, pues, el problema?

Interlocutor: El tiempo físico exije que pensemos.

KRISHNAMURTI: Muy bien. El tiempo físico requiere, dice el señor, que ustedes piensen.

Interlocutor: Y cuando pensamos, creamos el tiempo psicológico.

KRISHNAMURTI: Lo hacemos actualmente. Pero no es necesario, ¿verdad? Alguien me clava un alfiler. Y reacciono, cosa que es normal, sano y cuerdo. Mas ¿por qué construyo psicológicamente todo el proceso del tiempo? No me gusta usted, porque me ha hecho daño, de modo verbal o de otras maneras. El tiempo físico es pues un dolor, y tengo que reaccionar ante él. La reacción pasa; cuando me ataca usted, yo me retiro. Eso es normal. Pero el desorden empieza cuando la mente comienza a crear el experimentador. Esto es muy sencillo, ¿no es así? ¿Debo explicarlo?

Muy bien, muy bien. Penetremos en ello. Me golpea usted, o me adula; físicamente me hace daño, me clava un alfiler. Reacciono. Eso es tiempo físico, reacción física. Eso es normal, ¿no? ¿Por qué no me detengo ahí? La próxima vez tendré mucho cuidado de no acercarme a usted *(risas)*, porque puede clavarme un alfiler. Esperen. Yo no tengo, sin embargo, nada contra usted. No digo: "Bueno, la última vez él me pegó, pero en la próxima me voy a dar el gusto de estar seguro de que le voy a pegar." En el momento del dolor yo me detengo, me detengo por completo. No construyo. El construir significa entrar en el tiempo.

Quiero decir algo; lo digo. Pero lo digo porque soy vanidoso; deseo que ustedes me adulen. La petición de que continúe el placer o de eludir el dolor *es* tiempo, y el tiempo es desorden. Puedo vivir en este mundo *sin* crear desorden, el cual es placer y tiempo.

Interlocutor: Es sencillo el ver.

KRISHNAMURTI: ¡Ah, no! Si es sencillo ver, es sencillo actuar.

Interlocutor: Es tan sencillo y natural que el impulso del tiempo físico a medida que pasa mueve la mente a hacer planes y a eludir.

KRISHNAMURTI: No. Yo dije: "Si usted *ve* eso, no es atraído hacia ello." Usted no es atraído hacia un abismo si no está de alguna manera desequilibrado mentalmente. No se siente atraído hacia algún veneno porque lo comprende. Sin embargo, no se trata de ser o no atraído, sino de ver el hecho del placer y el dolor, eso es todo; ver el hecho de que el placer da continuidad al tiempo y a la ilusión. Si eso lo *veo,* puedo mirar un bello árbol o una mujer, un hombre, un niño, y decir: "¿Qué belleza!", y nada más. Pero si no puedo desentenderme de ello y digo: "Hombre, me gustaría tener ese árbol en mi jardín", ya habré empezado todo el asunto. Por lo tanto, esto requiere extraordinaria atención a los hechos solamente, no a nuestras emociones, placeres, y todo lo demás. Hay, sin embargo, un momento en que existe una clase distinta de gozo, que no es placer. No puedo penetrar en ello ahora; no es la ocasión.

Interlocutor: Me parece que el tiempo físico es el villano de la obra.

KRISHNAMURTI: El señor dice que el tiempo físico es el villano de la obra, del drama. ¿Lo es, señor? Mire. Me pongo enfermo; puedo morir. Ese es un hecho físico. Pero no me detengo ahí. Digo: "Me da miedo". Me pregunto si viviré. Me pregunto qué va a pa-

sar con mi familia, mi marido, mi esposa, mis hijos, mis bienes, mi fortuna. Me pregunto si hay vida en el más allá; si hay un Dios que va a ser bondadoso. Me siento solo.

Como ustedes ven, el hecho es que tenemos miedo a los hechos: el hecho de que soy viejo, de que soy torpe. Nos da miedo encararnos con los hechos, porque no podemos mirar nada sino en términos de placer y dolor. Esto es muy evidente. No hacen ustedes la pregunta acertada; por eso siguen dando vueltas en un círculo, si puedo señalarlo con toda consideración.

¿Cuál *es* la cuestión? No es que el tiempo físico tire de ustedes, les envuelva en una red; el tiempo físico no hace eso. Es el tiempo psicológico el creador de la red. Tengo que ir a París en la semana próxima. Iré. Pero no me gusta ir a París por causa de esto, eso y lo otro.

Interlocutor: ¿Es así como se logra dejar de crear karma todo el tiempo?

KRISHNAMURTI: ¡Ah, el karma! (*Risas.*) ¿Conoce usted la palabra? Me han dicho eruditos sobre el sánscrito que la palabra "karma" significa causa-efecto, que es acción. ¿Puede usted detener la acción? Es evidente que uno no puede detenerla. Pero la acción como idea, o imitación de una idea, una fórmula, es del tiempo, y crea desorden durante toda nuestra vida. ¡Oh, todo esto está tan claro!

No sé si ustedes han observado una cosa. La bellota siempre producirá un roble. No puede producir un peral. Hay una causa y un resultado que son definidos, fijos. Pero nosotros no somos así. Yo hice algo ayer. Esa es la causa, mas hoy existe un intervalo de tiempo durante el cual intervienen otros factores; y por ello

el efecto es del todo distinto; y ese efecto se convierte en la causa de la acción siguiente. No hay, pues, nunca una definida causa-efecto, excepto en la naturaleza. Lo que se vuelve muy importante no es la evitación de la causa y el efecto, ni la cesación de un acto que me ha hecho daño a mí o a algún otro, sino la comprensión de toda la estructura de la acción en relación con el tiempo como idea. Si *uno* ve eso muy claramente, entonces actúa sin toda esta estructura interna del pasado, que de lo contrario moldea la acción.

3 de mayo de 1965.

V

Esta tarde desearía, si se me permite, hablar sobre el cambio y sobre la meditación. Estoy seguro de que uno tiene que haberse preguntado si en realidad cambia. Sé que cambian las circunstancias exteriores; nos casamos, nos divorciamos, tenemos hijos; hay la muerte, un mejor empleo, la presión de los nuevos inventos, etcétera. En lo exterior, se está produciendo una enorme revolución en la cibernética y en la automatización. Tiene uno que haberse preguntado si es o no posible cambiar en alguna forma, no en relación con los acontecimientos exteriores, no un cambio que sea una mera repetición o una continuidad modificada, sino una revolución radical, una total mutación de la mente. Cuando uno comprende, como tiene que haberlo notado en sí mismo, que en realidad no cambia, uno se deprime terriblemente, o escapa de sí mismo. Surge, pues, la inevitable pregunta: ¿Puede haber cambio alguno? Retrocedemos a un período en que éramos jóvenes, y eso vuelve a nosotros. ¿Hay cambio en absoluto en los seres humanos? ¿Han cambiado ustedes en forma alguna? Acaso haya habido una modificación en la periferia, pero en lo hondo, de manera radical, ¿han cambiado ustedes? Tal vez no queramos cambiar, porque estamos bastante cómodos. Tenemos un gobierno que nos atiende, un estado-providencia, un empleo seguro, pensiones de vejez y todo lo demás; de modo que acaso no haya motivo para cambiar. Y, cuando hay tal motivo, se trata de cambio dentro del campo de lo conocido.

Quisiera que descubrieran ustedes mismos esta tarde si es posible de alguna manera que ustedes produzcan una verdadera revolución. No estoy hablando sobre un cambio de una casa a otra, o de uno a otro país, o de pasar de una clase de fanatismo religioso a otra; en eso no hay nada de cambio. Estoy hablando sobre una honda mutación psicológica, una transformación, una nueva mente, una existencia del todo distinta, que no está en el campo del tiempo. Tiene uno que escuchar, no de manera sentimental, ni agresiva, sin dudar ni poner en tela de juicio, sino sencillamente escuchar, para descubrir por sí propio el arte de aprender sobre uno mismo. Este acto de escuchar tal vez revele que no hay cambio alguno en nuestra vida. Seguimos como somos, un poquitín descontentos, deprimidos, solitarios, desdichados; envejeciendo, llenos de pena, con problemas no resueltos; y ésa es nuestra vida. Los más de nosotros nos acostumbramos a todo eso; se nos vuelven las mentes obtusas, pesadas, torpes; aceptamos lo inevitable y por ello nos sentimos terriblemente fastidiados de la vida, de su rutina y su falta de sentido aparentemente total. O bien inventamos un propósito, un significado y, con arreglo a ese significado y a ese propósito tratamos de producir un modelo de existencia; mas, como uno lo observa, todavía no hay cambio alguno.

¿Cambiamos, pues, *en realidad?* ¿Es que existe cambio alguno? Y, si en efecto cambiamos, ¿es un movimiento que no está en el tiempo? Un cambio en el espacio, en el tiempo, creado por el pensamiento o construido por él, no tiene nada de cambio. Porque el cambio que esté producido por un acto de voluntad, que es el espacio entre lo que soy y lo que debería ser, sigue estando dentro del campo del tiempo.

Quiero cambiar. Veo que soy terriblemente desdichado, deprimido, feo, violento, con un ocasional destello de alguna otra cosa que el mero resultado de un motivo; y ejercito mi voluntad para hacer algo sobre ello. Digo que tengo que ser distinto, que debo renunciar a este hábito, a aquel; tengo que pensar y actuar de modo diferente; tengo que ser más esto y menos aquello; realiza uno un esfuerzo tremendo y al terminar, aún se siente presumido, deprimido, feo, brutal, sin ningún sentido de calidad. Y entonces se pregunta uno, pues, si es que existe cambio alguno. ¿Puede cambiar un ser humano? Un cambio dentro del campo del tiempo, observamos, no es ningún cambio.

Quiero ser pacífico; quiero estar en calma, interiormente en silencio, darme cuenta, ser inteligente, vital; quiero tener un sentido de la belleza; y pugno por lograr todo eso. Esta pugna se convierte en esfuerzo, y nunca soy en realidad lo que quiero ser. Siempre estoy buscándolo a tientas. De modo que al cabo de unos años o meses, o días, renuncia uno y retrocede al viejo modelo. Está deprimido, se vuelve cínico, irritable, se aficiona a la bebida o a la iglesia, o a lo que sea. Acude a un analista y explora lo inconsciente, invirtiendo meses, o años, si tiene el dinero necesario. Seguimos adelante así, de modo interminable, con una terrible sensación de miedo, ansiedad y terror, hasta que morimos en la desesperanza. Estamos bastante familiarizados con todo eso. Se pregunta uno, pues, "¿Cómo es posible cambiar, sin todo este proceso, y encontrarse de repente en una nueva dimensión?"

Como dijimos el otro día, el "Cómo" es desorden; el desorden surge de hacer la pregunta: "¿Cómo voy a saltar de esto a eso. ¿Cómo voy a producir en mi interior un cambio tan fundamental, tan radical, que

yo tenga una nueva mente, que sea un nuevo ser humano?" Los hombres de ciencia hablan de la venida del hombre nuevo, con una nueva mente. No sé lo que quieren decir, ni me interesa. De interesarme, lo que me importa no es la generación que viene, no lo que vaya a pasar dentro de cien años, o veinte, o mañana, sino lo que *soy* en realidad, y si es posible cambiar y disolver este esfuerzo impotente y sin esperanza, que carece de sentido. De modo que me pregunto: "¿Cómo voy a hacerlo?"

Pues bien, es muy importante comprender el "Cómo". Cuando nos planteamos el "Cómo", ello implica tiempo, práctica, método, sistema, un modelo que hay que seguir y por el cual hay que esforzarse; por lo tanto, ello requiere tiempo, siendo el espacio entre yo tal como soy y lo que debería ser, o algo que no puedo imaginar que seré. Eso implica espacio; y por ello, para cubrir esa distancia, es necesario el tiempo: un segundo, un día o aun un año. Cuando preguntamos "Cómo" y buscamos un método, creemos que siguiendo un sistema, un método, una norma de disciplina, de orden, podemos olvidar todas las demás presiones que existen en torno de nosotros, que están siempre influyendo o modificando. Siempre hay una disputa, una batalla, un conflicto, un interrogante; y por ello el "Cómo" produce esencialmente desorden. Tiene uno que estar libre por completo y comprender todo esto. El "Cómo" implica retroceder a una vieja norma, o bien crear una nueva y seguirla; de aquí, la batalla entre lo que soy y lo que debería ser.

Es, pues, una pregunta torpe la mía al decir "¿Cómo voy a hacerlo; cómo voy a cambiar?" Desde luego que, si uno es un poquitín neurótico, un poco desequilibrado, acude a diversos analistas. Tal vez logre uno un

poco de cambio, y se ajuste a una sociedad que siempre está en decadencia. No nos interesan, por el momento, las personas que están desequilibradas.

Así pues, ¿cómo va uno —estoy utilizando el "cómo" simplemente como una pregunta—, cómo va uno a *encontrarse* en eso? Creo que aquí viene al caso en cuestión de la meditación. No hablo de la meditación como método. No tiene nada que ver con el método; porque éste es el "cómo", y a éste ya lo hemos puesto a un lado como cosa inadecuada, inmadura, infantil. Para plantear la misma cuestión de modo distinto, cualquier cambio en el tiempo no tiene *nada* de cambio. Estamos hablando de un cambio fundamental; mutación básica, radical; de modo que la mente ha de descubrir un nuevo movimiento que esté fuera del tiempo. Todo movimiento de la mente está en el tiempo, como pensamiento, como placer y la duración de éste. Conozco este tiempo; y veo que en él no es posible cambio alguno. Tiene que haber un movimiento que no pertenezca a este tiempo.

Veo que el tiempo que ha sido construído, compuesto por la mente, es un movimiento que engendra dolor, placer, agonía; tiene su propio movimiento, su propia evolución; crece y decae. Eso lo sé muy bien. La mente no puede cabalgar sobre ese movimiento. Tiene que haber otro que no sea de esta naturaleza; y la mente tiene que descubrirlo, un movimiento que no sea de este tiempo, sino de otro por completo distinto; si es que puedo usar la palabra "tiempo" para indicar un movimiento que no esté empañado por el tiempo psicológico que conozco. Tiene que haber otro tiempo que no tiene principio ni fin. Es un movimiento que no pertenece en absoluto a esta dimensión. Pero eso es especulación. Cuando digo "Tiene que haber", eso es con-

jetura. Salto pues sobre eso. Quiero descubrir ese tiempo; lo persigo. Pero ello requiere una acrecentada *sensibilidad,* de modo que juego con las drogas, con toda clase de estímulos, esperando captarlo; y, habiéndolo captado, repetir el modelo.

Veo, pues, que *cualquier* movimiento de la mente ha de estar siempre en el tiempo; y, con todo, mi mente vaga, enormemente activa, proyectando ideas y visiones, luchando, tratando de concentrarse, de reprimir; está interminablemente en movimiento. Se vé a sí misma en movimiento, y, por ello, realiza un enorme esfuerzo para estar en calma. Este empeño, esta disciplina, esta conformidad a un modelo para llegar a la calma, se llama en general meditación, que, desde luego, es algo demasiado pueril, absurdo.

Sin embargo, veo que la mente ha de estar extraordinariamente quieta; porque sé que el movimiento en cualquier dirección, en cualquier nivel —movimiento hacia Dios, hacia la paz— *cualquier* movimiento, está *siempre* dentro del tiempo. ¿Ven ustedes el problema? Aquí estoy, teniendo una mente que está bastante cuerda, bastante racional, sana, y que *quiere* cambiar. *Tiene que* cambiar. La forma en que vivo es demasiado torpe, falta de inteligencia; carece de sentido. De modo que la mente dice: "*Tengo que* cambiar"; y trata de cambiar de modo gradual. Pero rechaza esa manera, si es inteligente; y dice: "Eso es demasiado absurdo. Sólo repito el patrón una y otra vez, modificado." Ve que hay una posibilidad de cambio que es totalmente tranquilo; de modo que pugna por estar en calma, lo cual también está dentro de los límites del tiempo. Tiene, pues, que cambiar de modo inmediato, o no cambiar en absoluto.

No puedo mirar al mañana, no puedo practicar, no

tengo tiempo para la disciplina ni para ajustarme a un modelo que debiera darme esa paz, o ese sentido de silencio. Por comprender todo esto, mi mente se me ha vuelto asombrosamente sensible y alerta, enormemente consciente de sí misma. La dificultad está en que muy pocos llegan a esto con terrible energía, porque cuando ustedes rechazan el tiempo, en el sentido en que estamos usando la palabra, *todo* movimiento consciente o inconsciente, en cualquier dirección, ha terminado.

¿Me permiten que siga con esto?

Interlocutor: Sí, sí.

KRISHNAMURTI: ¡No, no! ¿Lo están ustedes *haciendo,* lo están siguiendo en realidad interiormente, o es que se limitan a seguir las palabras? Pues esto implica una mente formidable que no está experimentando, que está por completa sola, porque ha comprendido la desolación, su propia desolación y aislamiento, sus actividades egocéntricas, que crean murallas en torno de sí misma, sus moralidades que son inmorales, sus virtudes que no tienen nada de virtudes, sino que son mero ajuste a un modelo. Ha terminado con la ambición, la codicia, la envidia y con todas las cosas tras las cuales vamos: el placer, el sentimiento de poder, de dominación; de lo contrario no puede seguir adelante. Es muy importante saber cómo acaba uno con estas cosas. Si dice: "Lo haré de manera gradual", eso, desde luego, carece de todo valor. Tienen que desprenderse de manera inmediata, sin esfuerzo alguno.

Examinamos la costumbre de fumar y el hábito de la envidia. El fumar les da a ustedes ciertas sensaciones de placer, algo que hacer con las manos; todo el mundo

lo hace, está aceptado por la sociedad. Pueden ustedes dejarlo *por completo, de modo inmediato,* sin ejercer la voluntad, sin motivo? Si no pueden, estarán cautivos del tiempo, y por ello no habrá liberación del hábito.

La envidia está profundamente arraigada en la mayoría de las personas. Adopta muchas formas; no sólo la envidia con respecto a un hombre que sea más inteligente, que sea famoso, sino también la envidia que siempre está comparando. Para ella, es importante el "más": más saber, más información, competencia, el tratar de luchar, de comprender, de llegar a ser inteligente, el tratar de encontrar a Dios, de hacer esto y aquello; eternamente más, más; no sólo más y mejores cuartos de baño y neveras, sino más en lo psicológico. ¿Puede uno ver en un instante sus implicaciones y abandonarla sin análisis, sin buscar la causa de la envidia que hemos estudiado; sin dejar que intervenga en ello el tiempo para nada, y por lo tanto dándole fin de manera inmediata?

Para acabar con esto, con este hábito de modo inmediato, es evidente que tiene que haber un sentido de captación. Tiene usted que saber qué es lo que está haciendo con las manos; tiene que darse cuenta de cuán profundamente está arraigada esta envidia: darse cuenta sin juicio, sin elección con una percepción que se limita a ver y a actuar. Sólo puede ver y actuar de modo instántaneo cuando usted percibe todo lo que implica la envidia, con la comprensión de esa envidia. La estructura, la implicación, no es del tiempo. Puede usted ver *en un instante.*

No sé si habrá penetrado en esta cuestión del darse cuenta y de lo que significa. No hay en ello nada misterioso; no tiene que practicarlo. Empieza con cosas exteriores: percibir los árboles, las personas, los co-

lores, los ruidos, la incesante charla, los escapes exteriores, la forma de una habitación y su color; empiece ahí y déjese llevar por esa marea; entre, penetre en lo interior. Sólo puede dejarse llevar por esa marea que entra cuando no hay elección, comparación ni condena. Limítese a dejarse llevar. De esto surge un orden físico que evidentemente es necesario. El orden material es austero. Para los más de nosotros, la austeridad es dura, un resultado disciplinado es negación, sacrificio, conformidad, y por ello, cuando hay disciplina, conformidad, algo forzado, se vuelve violenta; y en general, toda austeridad niega el afecto. Mas, cuando uno se da cuenta muy bien de las palabras, de los pensamientos, de toda la estructura de la mente, entonces hay orden. Es necesario el orden, porque ésa es la esencia de la virtud. No importa la cantidad de ropas que uno tenga, ni cuántas casas, o si uno no tiene ninguna y sólo posee un taparrabo. De esta austeridad surge la sencillez, no en las cosas, ni en las ropas, sino en lo interno. Así, la mente, habiendo producido orden, es muy cuerda y por lo tanto, carece de ilusiones; es sólo el tiempo el que crea ilusión, como pensamiento. Entonces hay un movimiento que es silencio.

Pues bien, todo esto es meditación. No importa dónde esté usted. Puede hacer esto mientras viaja en un ómnibus. No tiene que adoptar una postura especial, ni hacer aspiraciones profundas; todo eso tiene muy poco significado, porque una mente torpe puede sentarse muy tiesa y practicar de manera indefinida la respiración; mas seguirá siendo una mente torpe, como lo seguirán siendo sus dioses.

Estamos hablando de una meditación que es una cosa natural. Si uno ha llegado hasta ahí, conocerá por sí mismo; —no, ¡uno *no* conocerá por sí mismo!— Una

mente que se da cuenta de sí misma como silenciosa no es tal mente silenciosa. Es una mente que está experimentando, y por eso existe el observador, el experimentador, así como la cosa experimentada. Cuando el experimentador experimenta el silencio, ya *no* es tal silencio; por tanto, la pregunta viene a ser: ¿puede dejar de existir el experimentador, de manera *inmediata*? Para comprender eso, tiene uno que comprender el placer, y en esto tratemos de penetrar el otro día. Usted puede ver lo que da continuidad al placer; es el pensamiento, el pensar sobre él. Hallo placer en alguna cosa u otra, y pienso en ello; al hacerlo, doy fuerza, vitalidad y nutrición a lo que ha sido placentero. Si el pensamiento no da continuidad al placer, éste termina inmediatamente. No puede usted negar una reacción: mas el dar continuidad a la reacción en la forma de placer o dolor produce la duración del tiempo.

Han desaparecido la presunción y la vanidad. La mente se vuelve extraordinariamente quieta, lo mismo que el cuerpo, los nervios y hasta las propias células cerebrales. En los más de nosotros, el cerebro sólo actúa a lo largo de ciertas líneas, por ciertos surcos, que usamos de manera continua como recuerdos, rutinas, hábitos, reacciones, los surcos familiares. Así, el cerebro se vuelve cada vez más insignificante, obtuso, cansado: el cerebro mismo y cada una de sus células. No sé si lo habéis observado. Puede ser que yo no esté utilizando lenguaje científico, pero ustedes saben de lo que estoy hablando. Que hay que activar el cerebro, que el cerebro tiene que volverse enormemente activo; y, para provocar esta intensa actividad, tiene uno que darse cuenta de todo lo que uno hace.

Así, la mente, el cerebro, los nervios, el cuerpo, todo está lleno de energía, porque la mente ha producido

orden; y, como tiene orden, es virtuosa, no con esa tontería que se llama virtud. Uno tiene orden, que se ha producido por la percepción sin ningún sentido de conflicto.

Hasta ahora hemos utilizado el tiempo, y eso es lo único que conocemos: el tiempo en forma de placer, dolor, movimiento para producir un cambio, etc. Psicológicamente, he utilizado el tiempo para llegar a ser algo, para cambiar, para establecer una mejor relación con mi esposa, con mi prójimo, con mi marido. Si se comprende todo esto, se rechaza todo ello, no parcialmente; es un rechazamiento total del tiempo; no del tiempo físico, porque uno perdería el tren o el ómnibus si rechazara el tiempo físico.

Por haber rechazado la mente el tiempo psicológico, hay un orden enorme, y la mente llega naturalmente a un punto en que no hay movimiento de ninguna clase, porque ya no está experimentándose como movimiento ni como no-movimiento. Está en silencio porque tiene enorme energía, porque es enormemente activa, no *haciendo* algo, no persiguiendo algo, no tratando de transformar. *Carece* de *todo* movimiento, está en completa calma; y por consiguiente, como es activa, está llena de energía sin moción, sin movimiento. ¿Qué ocurre entonces? En esta calma, que está llena de energía, en una mente que está inmóvil por completo, hay una explosión; y esta explosión es movimiento en una diferente dimensión de tiempo.

¿Qué es, al fin y al cabo, la creación? No estoy hablando sobre la capacidad para pintar, el talento para escribir ni la capacidad para efectuar grandes investigaciones y para inventar. No me refiero en absoluto a esa clase de creación. Esa está bien.

Interlocutor: ¿Se refiere usted a la existencia o al vivir?

KRISHNAMURTI: Pregunté: "¿Qué es creación?" Pues la mayoría de nosotros somos personas de segundo orden. Lo que creamos, lo que producimos, lo que expresamos, sigue siendo de segunda mano. Puede ser usted un pintor maravilloso, muy conocido, y vender sus cuadros por un considerable precio, pero ¿es *eso* creación? ¿Es eso la expresión de una mente creadora? Y sin embargo, todo el mundo quiere expresarse. Si usted tiene talento, pugna por expresarlo. Si es escritor de segunda clase, le dará expresión. Creemos ser personas muy creadoras, pero nada de eso es creación. No sabemos lo que es creación. Creación es algo que tiene que ser explosivo cada vez. Mi mente no es sólo de segunda clase, una cosa que ha vivido durante dos millones de años, sino que no tiene en sí nada nuevo. Si tengo talento de artista, trato de hallar una nueva expresión, sin brazos, con un solo ojo, o lo que sea: pintura no objetiva, etc.; mas no hay nada nuevo en lo interior. Mientras la mente no descubra eso, tiene que vivir en la rutina, en el fastidio y en la repetición.

Es muy importante la creación; y para estallar en esta creación, la mente ha de estar en completa quietud, toda energía, sin acción alguna. Es como una olla en que hierve el agua; si el vapor no tiene escape, la olla estalla. Y es sólo entonces cuando hay algo que es nuevo por completo.

Interlocutor: Si se me permite hacer una indicación, Krishnaji, creo que todos somos dioses en potencia.

KRISHNAMURTI: No hay nada que decir a eso. Mire, señora, podemos ser dioses, puede ser que seamos eternos, podemos ser esto y ser aquello. Los indios, los hindúes, tienen un maravilloso sistema para todo eso; mas ello no es suficiente. Lo que en realidad somos ahora es lo que importa: mi estado como burgués, con una mente de segunda clase; con mis desdichas, ansiedades, disputas, prejuicios y combates; mi agonía, desesperación, esperanzas y todo *eso*. Puedo imaginar lo que *se supone que sea*, pero "lo que se supone que uno sea" no es un hecho. Cada día me veo destrozado por mis propios pensamientos. Estoy deprimido y me intereso en cambiar *por completo*, eso es todo. Ya descubrirá usted lo que sucede, cuando haya ese cambio enorme, radical.

Interlocutor: Si ha habido una vez una explosión, uno quiere que se repita.

KRISHNAMURTI: No hay explosión alguna si existe un experimentador. Punto final. Por eso es por lo que he explicado todo ello con mucho cuidado.

Interlocutor: Señor, si no hay esfuerzo, si no hay método, entonces toda transición hacia un estado de percepción, todo cambio a una nueva dimensión, tiene que ser un accidente por completo casual y, por lo tanto, no afectado por nada que pueda usted decir sobre el asunto.

KRISHNAMURTI: ¡Ah, no, señor! Yo no he dicho eso. (*Risas.*) He dicho que tiene uno que darse cuenta. Al darse cuenta, descubre cómo está condicionado. Dándome cuenta, sé que estoy condicionado: como

hindú, como budista, como cristiano; estoy condicionado como nacionalista: británico, alemán, ruso, indio, norteamericano, chino. Estoy condicionado. Nunca acometemos *eso.* Esa es la basura que somos, y esperamos que de ello surja alguna cosa maravillosa, pero me temo que ello no sea posible. El darse cuenta no significa que suceda una casualidad, algo irresponsable y vago. Si uno comprende las implicaciones del darse cuenta, no sólo se vuelve altamente sensible el propio cuerpo, sino que se activa toda la entidad; se le ha dado una nueva energía. Hágalo y verá. No se siente a la orilla a hacer conjeturas sobre el río; láncese a él y siga la corriente de este darse cuenta, y hallará usted mismo cuán extraordinariamente limitados son nuestros pensamientos, sentimientos e ideas. Nuestras proyecciones de dioses, salvadores y maestros: ¡todo eso llega a ser tan evidente, tan infantil!

Interlocutor: Esto nos trae la clase de mente menos familiar.

KRISHNAMURTI: Así es justamente, señor. Esto produce un estado de mente muy poco familiar.

Interlocutor: No tiene uno certeza en absoluto de si existe lo interior o lo exterior.

KRISHNAMURTI: Desde luego que hay un exterior. No hay incertidumbre sobre lo exterior.

Interlocutor: No está uno seguro de si la conciencia está fuera o dentro.

KRISHNAMURTI: Hay un exterior: la lámpara, los

árboles, las casas; veo estas cosas. Hay un cuerpo. Veo lo exterior. Mas no sabemos qué es lo que hay tras lo exterior, qué hay dentro de la casa. Como lo que queremos es engendrar más seguridad, nos da miedo de la incertidumbre. Sólo queremos seguridad; por eso nos familiarizamos mucho con las cosas que conocemos, y por ello nos aferramos a ellas. Para que se realice cualquier creación, ¿no tiene que haber vacío, que es espacio? No puede usted estar seguro y cierto del espacio. No puede estar seguro y cierto de que en este espacio ocurrirá algo. Eso es precisamente; nos da mucho miedo de estar solos. Puede uno comprender que no podrá vivir en completa inseguridad material. Tiene que disponer de alimentos, ropas y albergue. Eso se acepta; ni siquiera vamos a discutirlo. Mas, para asegurar el alimento, el vestido y el albergue para todos, tiene que terminar la confusión interna. No podemos estar divididos en nacionalidades, todas esas cosas estúpidas. Queremos seguridad exterior sin hacer nada en lo interior; y, cuando hay seguridad exterior, como ocurre en este y en otros países, la mente pronto empieza a decaer. La gente se suicida, hay violencia y delincuencia, de adultos y de jóvenes; toda clase de diversiones y entretenimientos, ya saben ustedes lo que está pasando. Debe uno, pues, tener este extraordinario sentido de estar alerta y consciente, no algo vago e irracional, sino muy efectivo.

Interlocutor: Señor, lo que usted dice sólo puede ser una hipótesis para quien no haya explorado donde usted lo ha hecho.

KRISHNAMURTI: Es evidente, señor, es evidente.

Interlocutor: Y, para alguien que no conoce ese estado de claridad interna no le añade nada. Y entonces, ¿por qué sigue usted hablando, señor? (Risas.)

KRISHNAMURTI: ¿Que por qué sigo hablando? Ante todo, no es porque me excita el hablar. Cuando uno dirige la palabra a un auditorio, pequeño como éste o mayor, como suele pasar en la India, es difícil no excitarse con ello, no sentirse enormemente importante. Yo no me siento así. Dirá usted: ¿Cómo sabe que no? (*Risas.*) Porque he penetrado en ello. He dejado de hablar, me he observado, y nunca me he excitado con esto de hablar a la gente. Nunca. No es pues de gran importancia. Y entonces, ¿es para ayudar a la gente? Le ruego escuche con atención. ¿Es para auxiliar a la gente? No. Eso implicaría una forma de engreimiento: "Yo sé, y usted no sabe, por lo tanto, le voy a enseñar." Luego hay la relación de maestro y discípulo, el que dirige y el que sigue, cosa repugnante, es como Hitler y todo eso, religioso o político. No es eso tampoco. De manera que uno no habla por diversión, entretenimiento, satisfacción o realización, ni para ayua la gente. Si no se ayuda usted, nadie va a ayudarle. Y entonces, ¿es para expresarse, como un poeta o un artista? No. Cuando uno niega todo eso, ¿qué queda?

Interlocutor: ¡Nada! (*Risas.*)

KRISHNAMURTI: Por favor, esto es muy serio; no es una diversión.

Interlocutor: Comunicación.

KRISHNAMURTI: No, no me intereso en eso. Aquel señor preguntaba: "¿Por qué habla usted?"

Interlocutor: Señor, usted habla porque un amigo se lo pide.

KRISHNAMURTI: No, no lo hago por eso.

Interlocutor: Es porque la gente quiere escucharle.

KRISHNAMURTI: Eso es si ellos *quieren*. No, señor. Cuando no está uno utilizando el auditorio para su satisfacción, cuando no está hablando para ayudar a otro, para tener la sensación de que es un auxiliador, haciendo el bien... Quite todo eso, ¿qué le queda?

Interlocutor: El amor.

KRISHNAMURTI: ¡Ah,espere un momento, un momento! El amor; ¿es que lo hace uno por amor? ¿Es eso?

Interlocutor: Sí.

KRISHNAMURTI: ¡Oh, señor! *(Risas.)* No, señor. Están haciendo preguntas que no tienen sentido.

Interlocutor: ¿Es que usted quiere COMPARTIRLO?

KRISHNAMURTI: ¿Qué quiere decir eso? ¿Sugiere que uno debe explotar a la gente, utilizar al auditorio, pareciendo que se le ayuda y cobrando así importancia? Eso es lo único que conoce uno: ayuda, servicio, hacer el bien. Cuando ve uno lo absurdo de todo eso, ¿qué queda? Cuando usted haya *hecho* eso, formule la pregunta. Pregunte entonces. Pero si usted *ha hecho*

todo eso, no hará la pregunta. Entonces nuestra relación es del todo distinta.

6 de mayo de 1965.

VI

Nuestras vidas son muy superficiales; tenemos la mayor parte de las cosas que necesitamos en lo físico, y los más de nosotros nos satisfacemos fácilmente con pequeños placeres o con conceptos, teorías y argumentos intelectuales. Si hemos leído mucho, ello nos da cierta agudeza mental, una mente discutidora, y podemos hacer citas y dar la impresión de que tenemos gran profundidad y vitalidad. ¿Es posible que una mente muy lista, o que tenga muchos conocimientos e información, penetre a mucha profundidad?

Los más de nosotros vivimos para el placer intelectual o sensual y buscamos su prolongación. Cuando se disipa, buscamos otras formas de placer, pero hay muy poca alegría en nuestras vidas, en nuestras relaciones y actividades. No creo que podamos encontrar la alegría mediante el placer; las dos cosas son por completo diferentes. La diferencia no está en las palabras, en las acciones, ni en tener muchos conocimientos. Es cuestión de comprender el placer y trascenderlo. Sólo entonces es posible tener gozo, o gloria, o como quieran llamarlo.

Siendo el mundo lo que es, la mayor parte de nosotros parece que hallamos muy difícil penetrar hondamente en nosotros mismos; y no veo cómo puede uno hallar este gozo, o encontrarse en tal estado de mente, si no penetra profundamente en sí mismo. Como decíamos el otro día, la comprensión del placer pone fin a toda ilusión. Porque, si uno tiene ilusiones de cualquier clase

sobre sí mismo, y se identifica con un gozo, una imagen, un placer, una visión, una idea, una teoría, ello le da cierta satisfacción, cierta cualidad de placer. Mas esta auto-identificación con algo sigue siendo la busca del placer. ¿Cómo va uno a penetrar en sí mismo de manera tan profunda, tan honda, sin esfuerzo, sin la naturaleza del tiempo que nos liga a sí mismo? ¿Es cuestión de tiempo, de constante percepción, constante examen, observación, de hacer un esfuerzo continuo para desechar las cosas que uno sabe son bastante torpes, a fin de penetrar en sí mismo y así tal vez descubrir? ¿Es que el tiempo y el placer vuelven irreligiosa la mente? La religión, para los más de nosotros, es autoridad, ritos, repetición y aceptación. Cuando uno ha rechazado todo eso, como lo han hecho la mayoría de los llamados intelectuales y la gente moderna, ¿encuentra uno algo que sea de mucha mayor significación? Para mí, la cualidad religiosa de la mente es muy importante. Al decir «mente religiosa» me refiero a una mente que ha comprendido la naturaleza del placer, que se ha liberado del temor y que, por tanto, carece de ilusiones, no se las crea ella misma, y por eso puede vivir con los hechos, con *lo que es*, y pasar más allá. Una mente así, me parece, es una mente religiosa, que ha comprendido de manera fundamental la naturaleza del placer, del tiempo y del miedo.

Como decíamos el otro día, el miedo, en cualquier forma, consciente o inconsciente, engendra tinieblas, ilusión. Busca uno un medio de escape de la red que el hombre ha elaborado en su esfuerzo por librarse del temor. Para darse cuenta de la red, y así librarse de ella, hace falta una percepción en la cual no haya esfuerzo, sino simplemente observación. Me temo que los más de nosotros no seamos lo bastante serios para

seguir adelante hasta el fin mismo. Se nos disuade tan fácilmente, tan fácilmente nos satisface una pequeña experiencia, un poco de conocimiento, una poca de comprensión.

¿Qué va a hacer un ser humano que está en la angustia, en el pesar, temeroso, pugnando por tener posición y prestigio, para cortar a través de todo esto, de modo que el temor no vuelva a surgir jamás? ¿Cómo va uno a librarse instantáneamente del miedo, no sólo del miedo físico, que efectivamente influye sobre el temor psicológico, sino de este último, que engendra miedos físicos? Utilizamos la palabra "cómo", no en forma de pregunta, no como un medio o un sistema mediante el cual librarse del temor, porque según decíamos el otro día, el "cómo" es desorden; porque el "cómo" implica tiempo, y el tiempo engendra efectivamente desorden.

Si uno sabe que tiene miedo en muchas cosas, interiormente, ¿cómo puede salir de ello? Me parece que éste es uno de los grandes problemas de nuestra vida. El tiempo no resolverá nunca el temor. El tiempo es utilizado por la mente para crear el mañana, como medio de librarse de algo mediante un proceso gradual de examen y análisis. Esta utilización del tiempo no libra a la mente del miedo. ¿Qué va uno, pues, a hacer? Tiene uno que comprender todo el problema del placer, no el temor; pues el placer es el factor central, el principio que guía nuestra vida.

Por favor, no se limiten a escuchar las palabras, sino dense cuenta de la naturaleza del placer, efectiva y realmente; y perciban cómo se basan todos nuestros pensamientos y actividades en este extraordinario, intrincado deseo de placer. Cuando se comprende esto, el miedo termina. Pues es el placer el que engendra

ilusión; no el final y profundo placer psicológico, sino el placer cotidiano al que da continuidad el pensamiento.

Para comprender el placer, tiene uno que examinar y percibir todo el proceso del pensar. Damos extraordinaria importancia al pensamiento, a las ideas, a los conceptos, a las fórmulas. Hay fórmulas físicas que son necesarias, pero ¿son en absoluto necesarias las fórmulas psicológicas?

No digo que debamos ser estúpidos, carecer de información, ser obtusos; mas, ¿por qué damos una importancia tan extraordinaria a la mente, al pensar, al intelecto? Si uno da importancia al intelecto, se la da a los valores de la sensación o a las emociones. Pero como la mayoría de las personas se avergüenzan de las emociones o de los valores sensorios, rinden culto al intelecto. ¿Por qué? Por favor, cuando yo haga una pregunta, hallemos juntos la respuesta. Los libros, las teorías y todo el campo intelectual son considerados muy importantes en nuestra vida. ¿Por qué? Si ustedes son listos, pueden obtener un mejor trabajo. Si están muy preparados técnicamente, eso puede tener ciertas ventajas, mas ¿por qué damos importancia a las ideas? ¿No es porque no podemos vivir sin acción? Toda relación es un movimiento, y ese movimiento es acción. Las ideas llegan a ser importantes cuando están separadas de la acción. Para la mayoría de nosotros, la acción no es importante, no lo es la relación; las ideas son mucho más importantes que todos estos otros factores.

Nuestras relaciones, que comprenden nuestra vida, se basan en la memoria organizada como idea. La idea domina la acción; y por eso la relación es un concepto, no acción efectiva. Creemos que la relación debería ser ésto o aquéllo, mas no sabemos en realidad lo que es

la relación. No sabiendo lo que la relación es, en realidad, de hecho, las ideas se vuelven importantísimas para nosotros. El intelecto llega a ser sumamente importante, con sus creencias, ideas y teorías sobre lo que debería y no debería ser. La acción es de una naturaleza que liga al tiempo; es decir, la acción implica tiempo, porque la idea *es* del tiempo. La acción nunca es inmediata, nunca espontánea; nunca está relacionada con lo que *es*, sino con lo que debería ser, con una idea, y por ello existe un conflicto entre idea y acción. Convertimos la vida en una cosa extraordinariamente complicada. Existe la idea, seguida por la acción basada en placer, deber o responsabilidad. El placer crea ilusión, que es incapaz de encararse con el hecho, con *lo que es;* y por ello tenemos miedo.

No se trata de que ustedes asientan o disientan de lo que se está diciendo. Si uno observa, ve que es así. El intelecto no es una cosa total; es un fragmento de nuestra vida. Y, sin embargo, ese fragmento asume enorme importancia. Como un fragmento tiene una importancia tan descomunal nuestra vida, que nuestro vivir, es cosa fragmentaria; nunca es completa, total.

Es probable que la mayor parte de nosotros nos demos cuenta de todo esto, y sepamos o sintamos que hay en marcha un conflicto constante entre idea y acción. Somos conscientes del hecho de que la separación entre idea y acción implica tiempo; y que cuando existe la cuestión del tiempo, hay desorden. Todo esto lo sabemos. Tal vez algunos de nosotros lo conozcamos directamente, lo observemos y veamos como un hecho real. Mas, aparentemente, no parece que seamos capaces de trascenderlo. Sabemos muy bien que no es bueno el ser demasiado listo, el poder hacer citas, con toda la actividad cerebral que ello conlleva. Sabemos muy bien

que ello no tiene enorme importancia; y sin embargo jugamos con ello. También nos damos cuenta de la naturaleza del placer en forma de hábitos sexuales y de otras clases. Igualmente, tenemos en lo interior una honda ansiedad. Hay un profundo sentimiente de culpa, y una desesperada soledad. Sabemos que hay miedo, y no obstante no parece que seamos capaces de trascender todo esto.

¿Cómo será posible que un ser humano se salga de este círculo, de este perpetuo y vicioso círculo? Esa es la gran cuestión, y no el investigar y analizar innecesariamente palabras y definiciones de palabras. ¿Existe una manera distinta de abordar este problema? Me parece que siempre estamos abordando la vida desde la periferia, de lo exterior a lo interior, volviendo las cosas complejas, duras, intrincadas. Vamos a abordarla de otro modo.

Placer no es amor; es la continuación del recuerdo, que lo alimenta y lo sostiene. Si existe lo que llamamos amor, está rodeado de celos, ansiedad, del sentimiento de soledad y el miedo de perder. La belleza, para nosotros, es también placer. Para los más de nosotros, la belleza es el resultado del estímulo; un lindo bebé, una bella puesta de sol, una nube en el cielo. Los calificamos de bellos porque actúan como estimulantes. ¿Hay una belleza que no esté relacionada con el placer, que no sea resultado de estimulación? Nuestra vida carece de amor, y la mayor parte del tiempo somos seres humanos de segundo orden. No hay nada original, nada real, y por lo tanto nunca sabemos lo que es ser creadores. Todos queremos expresarnos de distintas maneras: como artístas, como técnicos, y esta expresión es lo que generalmente llamamos cualidad creadora. ¿Cómo puede haber creación cuando hay miedo, placer, y la

implicación del tiempo? Seguramente que la creación significa terminar, no continuar algo que he conocido, por muy placentero, por muy significativo que haya sido. Sólo cuando hay una terminación completa es cuando existe algo que es nuevo. Nos da miedo terminar; tememos morir: morir para todos los placeres, recuerdos, experiencias. De modo que continuamos, sin terminar nunca; por ello nunca somos creadores.

Me parece que la belleza, el amor, la muerte y la creación van todos juntos. Pero es evidente que no pueden existir cuando hay miedo en cualquier forma. Habiendo oído esta afirmación, pueden ustedes aprobarla, asentir o disentir; no importa cuál de estas cosas. Los hechos son evidentes; uno puede observarlos.

¿Es posible que ustedes y yo nos salgamos por completo de este sistema de tiempo y placer? ¿Es posible, partiendo del silencio, mirar el miedo sin pensar ni sentir, y no mirarlo como algo cuya causa tiene uno que hallar, analizar y eliminar? Es bastante sencillo mirar una flor no botánicamente, porque la flor no es de gran importancia en la vida de uno; no interfiere, no causa confusión en nuestra vida. Mas no es tan fácil mirar nuestras actividades, nuestros problemas según van surgiendo, sin pensar ni sentir, y por lo tanto observar sin tiempo.

Miramos las cosas desde un centro que crea espacio en torno de sí. Miro a ustedes desde un centro de memoria; ese centro crea un espacio a su alrededor, y a través de ese espacio miro. Nunca les miro directamente; sólo les observo a través de mi espacio, que ha sido creado por mi centro, que es experiencia, conocimiento, memoria. Les puedo mirar a ustedes realmente, como puedo mirar la flor, sólo cuando no hay centro, mas no observo nunca sin ese centro que es de natu-

raleza que liga al tiempo, y que es resultado del placer. Ese centro está siempre creando ilusión, y nunca me enfrento cara a cara con el hecho real.

Puedo mirar una flor, una nube o un pájaro que vuela, sin un centro, sin una palabra, la palabra que crea pensamiento. ¿Puedo mirar sin la palabra cada problema: el problema del miedo, del placer? Porque la palabra crea, engendra pensamiento; y éste es memoria, experiencia, placer y, por lo tanto, un factor perturbador.

En realidad, esto es asombrosamente sencillo. Por ser sencillo, desconfiamos de ello. Queremos que todo sea muy complicado, muy astuto; y toda astucia está rodeada por un perfume de palabras. Si puedo mirar una flor sin verbalizar —y efectivamente puedo; cualquiera puede hacerlo, si le presta suficiente atención— ¿no puedo mirar con esa misma atención objetiva, no verbal, los problemas que tengo? ¿No puedo mirar desde el silencio, que es no-verbal, sin que funcione la máquina pensante del placer y el tiempo? ¿No puedo limitarme a mirar? Creo que ese es el punto esencial de todo el asunto: no hay que acercarse desde la periferia, cosa que sólo sirve para complicar la vida enormemente, sino mirar la vida, con todos sus complejos problemas de la existencia, sexo, muerte, desdicha, pena, la agonía de sentirse enormemente solo — mirar todo eso sin asociación, partiendo del silencio, lo que significa hacerlo sin un centro, sin la palabra que crea la reacción del pensamiento, que es memoria y por lo tanto, tiempo. Creo que ése es el problema real, la verdadera cuestión: si la mente puede mirar la vida, en la que hay inmediata acción, no una idea y luego acción, y eliminar del todo el conflicto.

Interlocutor: ¿Cree usted que puede mirar algo del mismo modo que mira una flor, sin utilizarlo, sin hacer uso de ello? ¿Era eso lo que quería decir?

KRISHNAMURTI: Señor, mira usted una flor, la mira en realidad. No hay pensamiento tras de ello. La está mirando no botánicamente, sin especulación; no la clasifica, se limita a *mirar*. ¿No ha hecho usted nunca esto?

Interlocutor: ¿No entra en ello la mente?

KRISHNAMURTI: Espere, espere, no, no hable sobre la mente. Eso es algo más complicado. Empiece por la flor. Cuando mira una flor, no deje que intervenga el pensamiento; luego vea si puede mirar a su esposa o marido, al vecino, o al país, del mismo modo. Si no puede uno, dice, "¿Hay un método, un sistema por el cual pueda yo adiestrar mi mente para que mire sin la intromisión del pensamiento?" Y ello se vuelve demasiado absurdo. El hecho es que miramos, en efecto, una flor sin la interferencia del pensamiento en forma de recuerdo o placer. ¿Puede haber observación, en la misma forma, de todo lo que surge en nosotros y fuera de nosotros: las palabras que usamos, los gestos, las ideas, los conceptos, los recuerdos que se identifican con el "yo", las imágenes que tenemos de nosotros mismos y de otros? El darse cuenta tan ampliamente sólo es posible cuando hay una observación de cosas externas, cuando uno puede mirar una nube o un árbol, sin la intromisión de las palabras.

Interlocutor: No es simplemente la interferencia de

las palabras o asociaciones; es la RAPIDEZ de las asociaciones.

KRISHNAMURTI: Sí, señor, la rapidez de la asociación; por tanto, no está usted mirando. Si yo quiero verle a usted, o ver la nube, ver a mi esposa o marido, tengo que mirar sin dejar que intervenga la asociación; pero la palabra, la asociación interviene al instante, porque tras de ello está el placer. Les ruego vean esto, señores; ¡es tan sencillo! En cuanto comprendamos esto con claridad, seremos capaces de mirar.

Interlocutor: Decía usted que deberíamos mirar la flor sin pensar ni sentir, y si uno puede hacer eso, obtiene enorme energía. Esta energía, tal como usamos la palabra, es pensar y sentir. Me pregunto si querría usted aclarar esto.

KRISHNAMURTI: ¡Ah!, como ve usted, señor, dije deliberadamente que el pensamiento es sentimiento. No hay sentimiento sin pensamiento; y tras de este último está el placer; de modo que esas cosas van juntas; el placer, la palabra, el pensar y el sentir; no están separadas. Observación sin pensamiento, sin sentimiento, sin palabra, *es* energía. La energía se disipa por la palabra, la asociación, el pensamiento, el placer y el tiempo; por consiguiente no hay energía para mirar.

Interlocutor: Si ve usted eso, entonces el pensamiento no es una distracción.

KRISHNAMURTI: Entonces el pensamiento no entra en ello, señor. No se trata de distracción. Quiero comprenderlo. ¿Por qué ha de inmiscuirse el pensa-

miento? ¿Por qué han de inmiscuirse todos mis prejuicios en mi mirar, en mi comprensión? Ello interfiere porque yo le temo a usted. Usted podría obtener mi empleo... Diez cosas distintas. Por eso debe uno primero mirar una flor o una nube. Si puedo mirar una nube sin una palabra, sin ninguna de las asociaciones que llegan tan velozmente, entonces puedo mirarme a mí mismo y toda mi vida con todos sus problemas. Usted puede decir: "¿Es eso todo? ¿No lo ha simplificado demasiado?" No lo creo, porque los hechos nunca crean problemas. El hecho de que yo tema no crea problema; pero el pensamiento que dice: "No debo temer", trae el tiempo y crea ilusión. *Eso* es lo que crea un problema, no el hecho.

Mire, señor. Existe un problema, la cuestión de la muerte; todos lo conocemos. Podemos prolongar la vida otros 150 años, pero al final, sin embargo, eso está ahí, aguardando. Pues bien, mírelo como un hecho, no lo racionalice ni escape de ello por la creencia o por los otros diversos escapes que tiene uno, sino simplemente esté en contacto con el hecho. Usted no puede hacerlo si no sabe lo que es la terminación, ese fin de *todos* los placeres, no de ciertos placeres. Entonces la mente puede mirar la cuestión de un modo totalmente distinto.

Considere la cuestión del afecto, el amor. ¿Cómo puede haber amor cuando hay competencia, ambición, miedo, celos? Es evidente que no puede haberlo. Y no obstante, sin él nuestra vida es extraordinariamente superficial y vacía. ¿Puedo mirar mis celos, sin la palabra, sin el pensamiento, sin asociación? ¿Puedo vivir con eso y mirarlo simplemente como un hecho? Esto reclama energía; no debe, pues, entrar en ello la disipación de la energía en forma de pensamiento, de evi-

tación, asociación o palabra. Veo que para observar un hecho hace falta enorme energía. Como lo comprendo, cesa toda disipación de energía; no tengo que luchar contra ella.

Interlocutor: Cuando surge una real y auténtica cualidad en la relación, noto en mí mismo que hay inmediatamente un fuerte tropel de emociones que implica pensamiento y me lleva derecho a la totalidad de la cosa. Lo que está usted diciendo es que este proceso surge porque yo no aporto bastante energía a la observación.

KRISHNAMURTI: No puede usted llevar suficiente energía a la observación porque la está disipando por medio del pensamiento, por las palabras, las emociones, el sentimiento. Señor, mire sencillamente una flor. Parece que resulta dificilísimo el limitarse a observarla. Nunca miramos desde el silencio; sólo lo hacemos partiendo de mucho ruido y perturbación. Si uno puede mirar una flor partiendo del silencio y, por lo tanto, sin pensamiento ni todo lo demás, entonces podrá mirarse a sí mismo y mirar todos los problemas que existen dentro de uno.

Interlocutor: ¿Disipa eso los problemas, señor?

KRISHNAMURTI: Cómo lo mira usted es de la mayor importancia. ¿Lo mira como un experimentador que observa esa cosa? ¿Es el observador distinto de la cosa observada? Soy celoso, envidioso, odio a alguien. Pues bien, en eso existe el que odia y lo odiado, el que experimenta y la cosa experimentada. ¿Están separados los dos? ¿Está separado el observador de la cosa ob-

servada? Observo el micrófono; está separado, porque conozco la naturaleza del micrófono, lo que es. Es algo distinto de mí. Estoy celoso; el sentimiento de los celos es diferente de mí mismo. Eso es verdad para la mayoría de nosotros. Soy celoso, es decir, el observador está separado de la cosa observada, que son los celos. Pero ¿*hay* acaso separación? ¿No es el observador mismo los celos? ¿Es que está de veras separado de los celos?

Interlocutor: Entonces no está usted mirando la cosa que odia, está mirando su propio odio.

KRISHNAMURTI: No, no. Mírelo un poco más. Por favor, considerelo un poquitín más. Volvamos atrás. Mire usted un árbol. Lo observa con su experiencia y ahí está el árbol. Éste es distinto de usted. Pero, ¿puede mirar usted ese árbol, no como un observador? ¿No sabe usted lo que eso significa?

Interlocutor: No.

Otro interlocutor: Sí, puede usted. Sí.

KRISHNAMURTI: Aguarden, aguarden. Vayan, por favor, despacio; no tan de prisa. ¿Qué significa mirar un árbol sin usted como observador? ¿Lo ha hecho alguna vez?

Interlocutor: A veces.

KRISHNAMURTI: ¿A veces?

Interlocutor: Lo hice con una flor esta mañana.

Quedé un poco sorprendido, pero no podría describir ninguna reacción en absoluto.

KRISHNAMURTI: Señor, no estamos hablando sobre la reacción. Por favor, aténganse a una sola cosa. Miren un árbol, no desde un centro, no como un observador. Miren a su esposa, a su amigo, a su marido, no como un observador, no como el marido o el amigo o la esposa, con todos sus recuerdos; limítense a observar. Esta es una de las cosas más difíciles de hacer; no pueden limitarse a usar palabras, tienen ustedes que mirar.

Interlocutor: Bueno, cuando miro un árbol, ello me da un sentimiento de placer, de modo que eso demuestra que estoy mirando como observador.

KRISHNAMURTI: Por tanto, mirar un árbol o una persona sin ser el observador es estar en comunión con esa persona o ese árbol: *estar en comunión*. En general, miro a mi esposa, a mi marido, a una persona, con todos mis prejuicios y recuerdos. Miro a través de esas memorias. Ése es el centro desde el cual miro. Por eso, el observador es distinto de la cosa observada. En ese proceso está interviniendo de manera constante el pensamiento, por asociación, y con la rapidez de la asociación. Ahora bien, cuando comprendo de modo instantáneo todo lo implicado en eso, hay una observación sin observador. Es muy sencillo hacer esto con los árboles, con la naturaleza; mas ¿qué ocurre con los seres humanos? Si puedo mirar, no de manera verbal, no como observador, a mi esposa o a mi marido, ello asusta un poco, ¿no? Porque mi relación con ella o con él es por completa distinta, no es personal en ningún sentido; no es cuestión de placer, y me da miedo de

ello. Puedo mirar un árbol sin miedo, porque es bastante fácil entrar en comunión con la naturaleza, pero con los seres humanos es mucho más peligroso y asustador; mi relación sufre una enorme revolución. Antes, yo poseía a mi esposa y ella me poseía; nos gustaba ser poseídos; vivíamos en nuestro propio espacio aislado, auto-identificador. Al observar, he suprimido ese espacio; ahora estoy directamente en contacto, miro sin observador y por tanto, sin centro. Si uno no comprende todo este problema, se vuelve terrible el limitarse a desarrollar una técnica de mirar. Entonces se vuelve uno cínico y todo lo demás.

Interlocutor: Es más difícil mirar de ese modo al propio jefe.

KRISHNAMURTI: Hágalo.

Interlocutor: Señor, si miro alguna cosa, si miro un árbol y sé que estoy mirando, ¿no soy el observador?

KRISHNAMURTI: No puede usted evitar eso, ¿verdad, señor? No puede evitar la sensación visual, si no es usted ciego. Usted ve ese árbol. Pero, ¿por qué ha de venir a ese mirar todo el pasado? Si escucho, ¿por qué ha de venir todo mi pasado cuando estoy escuchando? Cuando escucho estoy aprendiendo. Aprender es por completo distinto de acumular conocimiento. Al acumular conocimiento se establece el centro; pero si estoy aprendiendo, o sea, escuchando, no existe el escuchador. Pruebe usted, hágalo, esté *por completo* atento; atento al que habla, a lo que está diciendo; atento a cómo escucha; a ese ruido del exterior, al autobús o los automóviles que pasan; atienda a la tos de alguien,

atienda *por entero*. ¿Hay entonces un centro? ¿Hay un observador que atienda? Sólo hay un estado de atención.

Interlocutor: Existe el observador si uno cree que pudiera perder algo.

KRISHNAMURTI: ¡No, no lo está usted haciendo! Señor, haga esto durante dos segundos: esté atento a los colores, a las paredes, al ruido, a sus pensamientos, sentimientos, a la manera de sentarse, de estar en pie, de escuchar; esté totalmente atento, no de modo fragmentario, sino por completo, con todo su ser: sus nervios, su cuerpo, sus ojos, con todo en atención. ¿Hay entonces un centro desde el cual atiende usted? Mas, si usted dice, "*Tengo* que estar atento", y luego, "¿Cómo voy a estarlo?", entonces empieza usted todo el círculo.

Interlocutor: Dentro de este darse cuenta, de esta COMPLETA percepción, está la comunión, hasta donde yo puedo comprender.

KRISHNAMURTI: Sí, señor.

Interlocutor: Pero esta completa percepción incluye también el completo darse cuenta de todo, no sólo del exterior, sino también del interior.

KRISHNAMURTI: ¡Ah, no!, señor. Cuando está usted atento, no hay exterior ni interior. Escuchen ustedes ese automóvil que pasa, esa tos; están atentos al color, a lo que están pensando, sintiendo; atiendan sin decir "me gusta" o "me disgusta», simplemente estén atentos.

Interlocutor: Así es siempre, ¿no es así, señor?

KRISHNAMURTI: No *siempre*, señor. Señor, *¡hágalo!*

Interlocutor: Y también estará usted atento a la aparente imposibilidad de estar atento de modo total. ¿Cierto?

KRISHNAMURTI: Sí, señor. Esté usted atento a la inatención; no trate de estar atento.

9 de mayo de 1965.

DISCUSIONES EN SAANEN

I

Antes de que empecemos a hacer preguntas, creo que deberíamos averiguar para qué se celebran estas reuniones. Puede uno examinar de manera razonadora o dialéctica, es decir, descubrir la verdad de la opinión; o podemos hablar sobre las cosas, no para ser instruídos, ni para ser enseñados, sino para aprender. Yo me pregunto cuál es el estado de mente que aprende. Si pudiéramos entrar en eso un poco y luego hablar sobre estas cosas, entonces tal vez podríamos descubrir por nosotros mismos, sobre el acto de aprender. Durante estas siete discusiones matinales vamos a investigar —no teóricamente, ni en ningún sentido abstracto, sino en realidad— la mente que se halla en estado de constante aprender. El presente activo del verbo aprender es "aprendiendo"; "aprendido" es el pasado; y "aprenderé" es el futuro. Tratamos de descubrir cuál es el estado efectivo de la mente que está aprendiendo. Lo que he aprendido de las experiencias de ayer, de las opiniones que he acumulado, seleccionado, todo eso se convierte en el pasado, en el depósito de conocimientos. ¿Me ayudará eso a producir una mente que esté en realidad aprendiendo? Creo que deberíamos observar con bastante cuidado esto, porque la mayoría de nosotros nos movemos, pensamos o actuamos partiendo de una

mente que ha aprendido, acumulado; y eso puede ser un obstáculo para el presente activo del aprender.

Cuando uno está aprendiendo una técnica o un idioma, mientras aprende tiene que acumular Si no conozco cierta tarea y la inicio, al hacerlo empiezo a aprender. Tengo que estar muy vivo para realizar una tarea que no conozco; y al hacer, *aprendo*. Hacer es, pues, *aprender*. Eso es lo que vamos a hacer. Vamos a estar haciendo y en el hacer, aprendiendo. Lo cual se vuelve extraordinariamente interesante y vitalizador. Mas, antes de hacer eso, lo de hacer y aprender, ¿no deberíamos descubrir cuál es el estado de la mente que está haciendo y al hacer, aprendiendo?

Por favor no aguarden a que yo se lo diga. Vamos a descubrirlo juntos.

Han venido ustedes esta mañana de prisa y se han reunido en la tienda hablando y dándose los buenos días unos a otros. Pueden sentarse y escuchar calladamente, pero tienen las mentes aún agitadas y cuando la mente está agitada, cuando el cerebro está reaccionando con mucha rapidez y viveza, en forma crítica ¿se halla la mente en estado de hacer y aprender? ¿O es necesario para esto un estado del todo distinto?

Interlocutor: Señor, de sus pláticas he inferido que aconseja el darnos cuenta de todas las condiciones, todas las cosas, todas las acciones y sentimientos. ¿Puede decirnos algo sobre el hecho aparente de que una vez que hemos oído lo que dice usted y nos hemos dado cuenta de ello, pasa todo al reino del conocimiento? Desde ahí actuamos y tratamos de darnos cuenta de todo lo que está pasando. ¿Hay algún conflicto entre lo que he aprendido, que se ha convertido en conocimiento, y mi actuación en el presente?

KRISHNAMURTI: Muy bien, señor; vamos a descubrir eso. Hemos estado hablando sobre el darse cuenta; la acumulación de lo que he aprendido, que llega a ser conocimiento y se almacena; y el hecho de que, partiendo de ese conocimiento, o con ese conocimiento, obro. ¿Hay conflicto entre el *actuar*, que es el presente, y la acumulada percepción, el conocimiento acumulado? Antes de entrar en eso, tenemos que descubrir lo que es aprender.

Para mí, este acto de aprender es una de las cosas más importantes de la vida. Uno se despierta en una mañana como ésta y ve el cielo, la belleza de las colinas y de los árboles, del río y de las flores. Mas lo mira todo, no con frescura, no con fervor, con vehemencia o pasión, sino que lo compara con algo que sucedió ayer, lo juzga y lo valora. Cuando uno hace eso, todo aprender ha terminado. Se pregunta uno pues: ¿Cuál es el hecho efectivo del aprender y el estado efectivo de la mente que aprende, que no acumula?

Como dije, vienen ustedes un poco agitados; se sientan y tratan de escuchar al que habla. Antes de escuchar, ¿no tienen ustedes mismos que descubrir lo que en realidad ocurre en la mente que está escuchando o que va a escuchar? Si van a escuchar con la mente agitada, llena de charla, entonces no tienen espacio en que aprender. Digan todos sus buenos días fuera de la tienda; dejen fuera el "¿Cómo está usted?", el "Tiene usted muy buen aspecto esta mañana", "¡Qué vestido tan lindo!", "¡Qué bonito sombrero!", "¡Ah, cómo me gusta ese traje!", y todas esas cosas. Luego entren y siéntense muy calladamente, no con una quietud forzada, no diciendo: "Tengo que..." Si lo hacen con naturalidad, su mente se volverá callada y quieta en extremo.

Descubren ustedes el estado de la mente que aprende; hallan que tiene que haber un gran silencio, una gran quietud que no sea forzada, no premeditada, sino un silencio de verdad. Entonces, cuando escuchan, ese escuchar mismo es aprender y hacer. Si todas las mañanas podemos venir y sentarnos con ese silencio alerta, no un silencio en blanco, entonces quizá nuestras discusiones serán un extraordinario acontecimiento. Yo hablaré durante muy largo rato; haremos preguntas y discutiremos las cosas. Si uno escucha con esta completa quietud y calma, entonces empieza a descubrir la naturaleza y la cualidad del silencio. Ese silencio, esa cualidad de una mente callada, es una actividad positiva en un sentido negativo, de no dejar que nada penetre en ella.

Señor, sé que usted tiene una pregunta que hacerme, pero, en el momento en que se levanta para preguntar, no tiene la mente en calma, no está usted haciendo aquello de que estamos hablando.

Al venir aquí esta mañana tienen ustedes que haber visto esos árboles muy callados, iluminados contra el cielo azul, contra el río. ¿Miraron ustedes siquiera, y si *en efecto* miraron, cómo los miraron? Tenemos las mentes tan pesadas, tan obtusas, mezquinas, estrechas y limitadas, que la forma en que la mente mira es mucho más importante que aquello *a lo cual mira*. Durante esta hora, vamos a aprender cómo actúa la mente, más bien que lo que es la pregunta, o la respuesta a ella.

¿Han experimentado alguna vez con unos segundos de silencio, con unos minutos de quietud interior, antes de hacer *cualquier cosa*, sea *lo que fuere:* guisar, lavar platos, hacer las camas o hablar con alguien? Cuando hay ese silencio natural, espóntaneo, enérgico, la eficien-

cia tiene un sentido del todo distinto; no es mecánica, es un movimiento.

Bien, señor, ¿qué iba usted a preguntar?

Interlocutor: ¿Me es posible vivir todo momento en esta otra dimensión, con esta amplitud, esta frescura?

KRISHNAMURTI: Estoy seguro de que muchos van a hacer preguntas. ¿Cómo abordaremos este problema? ¿Responderemos cada pregunta por separado, o tomaremos un asunto, una cuestión, y penetraremos en ella hasta el fin mismo? Tenemos siete mañanas y si pudiéramos reunir varias preguntas y formar con ellas una sola y penetrar hasta su fin, ello podría valer más la pena que preguntar y responder una y otra vez, o discutir pregunta tras pregunta.

Si todos ustedes están conformes, entonces ¿qué cuestión tomaremos para penetrar en ella hasta el fin? Hay una, como la de aquel señor que preguntó: "¿Cómo puedo yo, habiendo experimentado, conocido, gustado, olido, esa dimensión, cómo puedo vivir en ella todo el tiempo, a pesar de mis diarias dificultades?" Que muchos pregunten; luego juntaremos todas las preguntas en una sola y entonces penetraremos en ella.

Interlocutor: Todo el día estamos ocupados en conocer nuestro ambiente, y lo conocemos en formas que implican el pensador, así que tal vez sería útil que pudiéramos descubrir cómo podemos conocer nuestro ambiente en formas que NO impliquen el pensador.

Interlocutor: ¿Hay diferencia entre darse cuenta del objeto de pensamiento y darse cuenta del pensar?

Interlocutor: Cuando no tengo ningún propósito, siento cierto silencio; pero en el momento en que empiezo a actuar, a tener un propósito, viene una tensión al centro de mi cerebro, no puedo aflojarla, y el silencio se disipa.

Interlocutor: ¿Es el buscar sólo un proceso de acumulación o es la vida misma?

KRISHNAMURTI: Bueno, ya es bastante. *(Risas.)* Después de oír estas preguntas, ¿cuál sería la cuestión central que las contendría a todas? Por favor. Estamos trabajando juntos; no se limiten a escuchar. No soy el único que habla. ¿Qué pregunta lograría una respuesta para todas ellas juntas? Queremos hallar una cuestión central que incluya todas esas preguntas. Puedo estar equivocado, pero creo que la cuestión central en todas es la división entre el pensador y el pensamiento: el pensador que trata de darse cuenta y el pensamiento que se desvía o que es configurado por las circunstancias, por la influencia, por el ambiente. Yo me limito a inquirir; aún no afirmo. Si pudiéramos discutir la cuestión de por qué existe esta división entre el pensador y el pensamiento, entonces tal vez tendrán otro sentido la percepción, el esfuerzo para darse cuenta y el tratar de mantener esa percepción.

Interlocutor: Sí.

KRISHNAMURTI: Se han suscitado varias cuestiones, aparte de lo neurótico. Uno quiere vivir, como señaló ese señor, en una dimensión distinta. Uno acaso ha sentido cierta cualidad durante estas pláticas o al caminar solo por los bosques, o cuando está en rela-

ción con alguna persona, y uno dice: "¡Si yo pudiera siquiera mantener eso y no volver hacia atrás!" Hay una contradicción entre la experiencia, ese sentimiento de una dimensión diferente, y la realidad. Si pudiéramos eliminar la contradicción, entonces no tendremos un momento durante el cual haya un sentimiento de una dimensión distinta, ni un intento constante de llegar a ella. Si nos acercamos a estas cuestiones y tratamos de descubrir si es posible eliminar del todo esta contradicción, tanto en el nivel consciente como en el inconsciente, entonces acaso estemos viviendo y no comparando. ¿Vamos a penetrar en esta sola cuestión esta mañana?

¿Cómo es uno consciente de esta contradicción, si es que llega a darse cuenta y ser sensible? ¿Qué es lo que le dice a usted que se halla en un estado de contradicción? ¿Se da cuenta porque alguien se lo dice, o porque trae dolor? ¿Quiere ir tras un placer y, en la persecución misma de ese placer, percibe que hay una contradicción? ¿Quiere ir tras una cosa y sin embargo su actividad, su vida diaria trata de alejarle de aquélla? Tiene uno que descubrir cómo se da cuenta.

Penetremos en esto paso a paso, no vamos a llegar a ninguna conclusión. Vamos a aprender a medida que observamos, examinamos, y por lo tanto no hay conclusión al fin. Porque, si alguien me dice que me hallo en un estado de contradicción, eso tiene un efecto del todo distinto.

Tengo una idea de paz, una imagen de la paz, y soy violento, me encolerizo, me irrito, me enfurezco; estoy en estado de contradicción. Existe el ideal establecido y hago algo que contradice ese ideal. ¿Cómo me doy cuenta de mi contradicción? ¿Veo yo que me hallo en estado de contradicción o me lo señala alguien? Esto

es de muy escasa importancia, pero también tiene su significación.

Tengo un ideal de no violencia, de paz, y soy violento; hay, pues, una contradicción; o dos deseos tiran en sentidos opuestos y hay conflicto. La vida me indica o alguien me dice que me encuentro en estado de contradicción. Puedo darme cuenta de esta contradicción por un esfuerzo, por un dolor, por el hecho de hacer un ajuste entre el hecho y el ideal, *por* algo. Un incidente o una experiencia me dice que estoy en estado de contradicción. Ese es uno de los estados. O puede uno darse cuenta de esta contradicción sin ningún estímulo. Ahora bien, ¿qué es lo que nos ocurre a los más de nosotros? ¿Es que un incidente despierta la mente hacia su cualidad contradictoria, o es que la mente, sin incidente, se da cuenta de su propia contradicción? Vamos a tratar ahora de lo primero y pasemos después a lo segundo.

Conocemos la contradicción por un incidente, agradable o doloroso. Tengo una imagen, un ideal, un establecido patrón de conducta; y sobreviene algún incidente que contradice todo eso. Entonces estoy en la pena. Digo: "Me encuentro en estado de contradicción", y nerviosamente trato de vencer esa contradicción, haciendo que el hecho, que es mi violencia, se ajuste al ideal, o eliminando el ideal y dejando sólo el hecho.

Mediante la fórmula establecida de conducta, o mis propios hábitos, hay una imagen de lo que yo debería hacer, lo que yo debo ser; y entonces se produce un incidente fuera de esa imagen, que la contradice. Y puesto que lo contradictorio crea dolor, quiero librarme de ello. O bien ajusto el hecho, el incidente, a la imagen, o suprimo del todo la imagen, sin dejar centro alguno.

¿Quién es la entidad que dice: "Tengo que ajustar el hecho al ideal"? ¿o dice "Tengo que borrar el ideal"? Tengo implicadas tres cosas: el hecho, el ideal y la entidad que dice: "Tengo que librarme de la contradicción, borrando el ideal o simplemente aceptando el hecho." Ahora tengo que descubrir quien es esa entidad. Mientras ella exista, habrá contradicción.

Interlocutor: La contradicción no está relacionada con nada. La contradicción existe en sí misma.

KRISHNAMURTI: A esto venimos ahora. Primero aclaremos, señor, este punto. Existe la imagen, "lo que yo debería ser", el ideal, y existe el hecho de que soy violento. Borraré ese ideal que he creado y trataré por consiguiente sólo con el hecho. ¿Quién es la entidad que dice "Tengo que borrar, y tratar sólo con el hecho"? Si no comprendo la entidad, el centro que dicta, ese centro estará *siempre* en un estado de contradicción o creará contradicción. Ahora bien, ¿quién es ese centro? ¿Qué es ese centro?

Interlocutor: ¿No es parte de usted mismo?

KRISHNAMURTI: Sí, señora, pero ¿qué es el usted mismo? ¿Qué es eso?

Interlocutor: Algo que obstaculiza, que hay que vencer.

KRISHNAMURTI: Mire, señora: nos estamos preguntando qué es ese centro que dice: "No debo hallarme en un estado de contradicción"; "Borraré el ideal para que no exista". Pero el centro sigue estando ahí,

y estamos preguntando cuál es su estructura, su naturaleza.

Vamos a descubrir, aprender sobre esto de nuevo. Ese es el único modo de aprender. Puede usted haber pensado sobre ello, haber llegado a conclusiones, mas en tal caso ha dejado de aprender. Ahora vamos a aprender sobre el centro que crea contradicción, tanto si borra usted el ideal como si descuida el hecho. El estado de la mente que va a aprender sobre ello tiene que ser aquel que en realidad no sabe lo que es ese centro. Podemos haberlo conocido ayer, pero si venimos con ese conocimiento de ayer no podremos descubrir lo que en efecto es hoy; puede haberse movido, puede haber cambiado, puede haberse transformado, puede no existir en absoluto. Así que, para descubrir, para aprender sobre ese centro hoy, tenemos que estar libres del ayer, libres de las conclusiones del ayer. Por tanto, tenemos que tener las mentes en silencio, en completo silencio, en calma, frente a esa cuestión. Entonces podremos aprender, entonces estamos aprendiendo sobre ella.

¿Qué es ese centro que siempre está creando contradicción, el censor que dice: "Esto está bien", "Esto está mal", "Tengo que hacer esto", "Esto debe ser", "No se me ama", "Tengo que amar", "Soy desgraciado", "Tengo que vivir en una dimensión distinta", "He escuchado pero no he conseguido"? ¿Qué es ese movimiento?

Interlocutor: Es el movimiento del conocer.

KRISHNAMURTI: Es una pregunta muy difícil la que hacemos. Los antiguos han dicho que es el alma, que es el Atman, que es Dios, que es la bondad, que es

el pecado original. Y, ¿quiere usted decirme que va a dejar rápidamente todo eso a un lado y decir qué es esto? Ante todo, debe usted saber lo que otros han dicho sobre ello y descubrir si hay algo de verdad en eso. Si se limita a repetir lo que dicen los teólogos, las personas que creen en Dios, en la verdad, en el Atman, en el átomo permanente, entonces no llegará usted a ninguna parte. No está usted interesado en la repetición de alguna autoridad. Si es simple tradición, la desecha. Investiga y llega a cierto punto; llega a él por completo sin saber nada, en completo silencio. Quiere aprender sobre ello y para aprender, ve que es necesaria una calma completa antes de poder mirar. ¿Puede estar en silencio sin que se le fuerce o impulse a ello, sino en silencio espontáneo, para descubrir lo que es ese movimiento?

Interlocutor: Creo que el conocimiento llega a ser el centro.

Interlocutor: ¿Para qué celebrar discusiones en absoluto? Llega a ser cosa inútil.

Interlocutor: Está ello de acuerdo con el principio de la armonía.

KRISHNAMURTI: Me temo, señores, que no estén penetrando en esta cuestión. Están expresando meramente lo que sienten, lo que piensan.

Interlocutor: La mente es el centro de la contradicción; la mente que ha acumulado conocimiento, que ha creado imágenes, que ha establecido un Salvador

y el mundo, que cree que existe lo permanente y lo impermanente; la mente misma se halla en un estado de contradicción.

KRISHNAMURTI: Bueno, espere un minuto. Usted ha afirmado eso. ¿Qué ha aprendido sobre ello? Lo ha analizado, ha penetrado en ello a tientas y ha dicho que es la mente. Ha verbalizado y ha hecho una declaración. ¿Qué ha aprendido usted? ¿Ha aprendido algo? Dice usted que es la mente la que se halla en estado de contradicción: la mente que ha adquirido conocimiento, la que cree, la que es católica, la que es protestante, comunista, la no creyente, la creyente, la que crea la imagen; la mente, la mente. ¿Es eso un hecho real o una idea?

Interlocutor: ¿Es el deseo inconsciente de libertad?

KRISHNAMURTI: No, señora. Se ha hecho una declaración de que es la mente, incluyendo la mente el conocimiento. ¿Qué es lo que le hace decir que es la mente?

Interlocutor: He investigado.

KRISHNAMURTI: Yo le pregunto. Una mente pregunta a otra. ¿Cómo sabe que es la mente? ¿Qué es lo que le hace decir que es la mente?

Interlocutor: Se nos ha dicho.

KRISHNAMURTI: ¿Se le ha dicho? También a mí se me ha dicho que habrá un mundo maravilloso cuan-

do yo muera; pero tengo que vivir en este mundo. Cuando dice usted "la mente", una de dos: o se ha dado cuenta del hecho, lo ha *percibido* como percibe el hambre, y por lo tanto, la percepción tiene validez, o bien está usted meramente especulando y diciendo que es la mente; en este caso, no está aprendiendo. De modo que antes de que ninguno de nosotros responda diciendo que es la mente, la imagen, el condicionamiento, el patrón que ha sido establecido como católico, protestante, comunista, tenemos que aprender sobre ello, *aprender*, no limitarnos a hacer una afirmación. Antes de comprender esta cuestión determinada, debemos primero descubrir lo que es la mente que va a aprender sobre ello.

Mire, señor: mi hijo, mi hermana, madre, abuela, quien sea, no está bien, es infeliz, no obra propiamente, y yo me siento perturbado; por esa perturbación quiero hacer algo: ayudarle, tomarle de la mano. Pero si estoy perturbado no puedo encararme al hecho como hecho, sin emoción, sin sentimiento, sin estupidez. Importa, pues, mucho, cuando se le hace a usted esta pregunta, cómo está escuchando. Escucha con una conclusión, con una idea que ya tiene sobre lo que es ese centro, o bien dice: "En realidad no sé; vamos a penetrar en ello". Si en realidad no sabe usted, llega a la cuestión con una mente nueva, no con una cansada que ya ha especulado, que ya está condicionada.

De modo que lo que es mucho más interesante que la cuestión, que en este caso es la contradicción, es el estado de la mente que la mira. Si miro un árbol, lo que es mucho más importante que el árbol mismo, es cómo lo miro. ¿Cuál es el estado de la mente cuando se encara con este asunto de la contradicción?

Interlocutor: Ahí es donde está la dificultad, porque está muy claro que la mente ha de estar en silencio.

KRISHNAMURTI: ¡*Esté* usted en silencio! ¡*Esté* silencioso! ¡Esté, esté, no *hable*! Como ven, todos ustedes hablan, no *hacen*. ¡*Estén* en silencio!

Interlocutor: Es la ignorancia.

Interlocutor: Cuando dice usted: "Estén en silencio", trata de inculcarnos la importancia de ser silenciosos.

KRISHNAMURTI: No se lo estoy inculcando. Mire, yo no sé chino. ¿Qué hago? Tengo la mente vacía; no sé. Empiezo a aprender según avanzo. Pero ustedes no lo están haciendo.

Interlocutor: Creo que si usted se observa la mente, en ese mismo momento consigue ponerse en silencio.

KRISHNAMURTI: Señora, *esté* silenciosa, no *consiga* ponerse en silencio. Mire. Se trata de la contradicción, de por qué viven los seres humanos en contradicción. Decimos que está establecida una permanente imagen, una fórmula, y el hecho diario contradice esa fórmula. Si la mente quiere aprender cómo vivir sin contradicción —*aprender*, y efectivamente *vivir* sin contradicción—, entonces tiene que acercarse con cautela, en silencio, con quietud; y, cuando lo hace, como yo lo estoy haciendo ahora, existe el problema y existe la mente que está callada por completo, que no sabe sobre el problema. Yo pregunto qué es esta extraña quietud, esta extraña calma, que está mirando al

problema. ¿Es inducida? ¿Ha inducido la mente ese silencio para librarse del problema y vivir en un estado de armonía, sin contradicción? ¿O es natural ese silencio? Si es natural, no inducido, si no se ha *hecho* que sea natural, ¿*hay* entonces un centro? ¿Existe un centro que se encuentre en estado de contradicción? El centro *es* de modo inherente contradicción, y si sólo es el silencio lo que mira esa contradicción, ese problema, ¿es ese silencio un estado natural o es inducido porque la mente quiere vivir en un estado de armonía? Si no es natural, la contradicción empieza de nuevo.

¿Puede, pues, la mente abordar en completo silencio cualquier problema: la vida, el árbol, la esposa, el marido? Esta es una de las cosas más difíciles de hacer y, no obstante, ve uno que cualquier otro modo de acometer el asunto ha de crear contradicción. Siempre hemos abordado la cuestión positivamente: es el conocimiento, es la imagen, es la mente, es esto, es aquello, etcétera. Pero esta vez hemos ido algo más allá, hemos dicho el silencio. ¿Es el silencio la negación del ruido, la negación del rumor, el rechazar esto o aquello para estar en silencio? Tengo que descubrir lo que es este sentido de negación que no es positivo, directivo, pero que tiene que existir en la vida.

Una mente en realidad buena es tanto positiva como negativa; es tanto la mujer como el hombre, no simplemente el hombre o la mujer. Los griegos tenían una palabra y lo mismo los hindúes; la simbolizaban en sus imágenes y, por lo tanto, la han perdido. En el momento en que lo ponen ustedes en palabras, en imágenes, se ha esfumado. Mas si empiezan a aprender y siguen aprendiendo, aprendiendo, entonces pueden ponerlo en palabras, pero nunca morirá.

Vamos, pues, a comprender un silencio que no es

lo opuesto del ruido, lo opuesto de esta batalla perpetua; y para comprender eso, tiene uno que comprender toda la estructura de la negación.

4 de agosto de 1965

II

Creo que continuaremos, si podemos, donde lo dejamos ayer. Dijimos ayer que hacer es aprender; no que aprenda uno primero y que luego actúe. Si existe la idea primero y luego la acción, en eso hay contradicción, y, por lo tanto, conflicto. Mas si actuar *es* aprender, entonces hay un constante proceso de comprensión, en el cual no hay conflicto alguno, ni contradicción de ninguna clase. Dijimos también que aprender es tener la mente en silencio; tiene que haber un silencio, una calma que no sean inducidos, que no sean compuestos por el pensamiento con el fin de adquirir el silencio. Pero, invariablemente, si hay intensidad y atención en todo lo que hacemos, viene esa cualidad del silencio, de la cual surgen el aprender y el obrar.

Dijimos también que es muy esencial comprender la contradicción; y la contradicción dentro de nosotros siempre existirá mientras haya un centro, el censor, el observador que está juzgando, valorando, creando imágenes, etc. Estuvimos investigando sobre lo que es ese centro; examinamos toda la estructura de la actividad positiva, directiva de un centro que siempre está guiando, que continuamente configura, controla y cambia.

Interlocutor: Como este estado de silencio parece ser una condición previa para todo, ¿querría usted describirlo en términos de lo que NO quiere significar

con la palabra? ¿Qué clase de actividad no quiere usted indicar con el silencio? Abórdelo de ese modo.

KRISHNAMURTI: Yo me pregunto si no podremos abordar todo el asunto de modo distinto. Creo que los más de nosotros percibimos que estamos en un estado de contradicción. No tiene uno que entrar en sus detalles. Como ello causa dolor, diversas formas de actividad destructiva, uno se dice: "¿Es posible librarse de toda contradicción, no sólo de la consciente sino también de la inconsciente?" Esa es la principal cuestión. Quiero aprender sobre ella. No quiero que me diga usted lo que es el silencio o lo que no es, sino que quiero comprender, quiero aprender en el proceso mismo de la observación. Observo que estoy en un estado de contradicción; también sé muy bien que mientras haya un centro, una forma, una imagen, sea la que fuere, siempre creará contradicción. Y entonces, ¿qué va a hacer la mente? ¿Cómo va a aprender sobre la contradicción sin crear otro centro, que a su vez llegue a ser otra fuente de contradicción? Veo que debo tener cierta percepción pasiva, callada, serena, para aprender, para comprender cualquier cosa. Ese darse cuenta pasivo no es cosa que yo pueda cultivar. El comprender esta vasta corriente de vida que soy yo mismo, con mis diversos centros: la ocupación diaria, lo espiritual, la familia, he ahí el acto mismo del silencio.

¿Qué es este silencio? No lo va usted a cultivar escuchándome; logrando una norma de silencio o de lo que éste *no* es, y trabajando luego en ello, captar el silencio. Es evidente que usted nunca puede hacer eso. ¿Qué *es*, pues,este silencio? ¿Puede describirse? Si se describe, positiva o negativamente, todavía hay un observador, aun hay un centro que lo mira como silencio.

Ese centro crea contradicción al decir: "¿Cómo voy a cultivar ese silencio?".

Ante todo, ¿vemos claro que la mente tiene que estar en cierta calma si ha de escuchar ese arroyo, si ha de mirar un árbol, o la cara de otra persona? Para mirar, para escuchar, para aprender, tiene que haber cierta quietud, cierta atención pasiva: no un estado en blanco, no una quietud determinada o cultivada. Si inquirimos sobre lo que es ese silencio, sobre lo que es esa quietud, inventaremos imágenes, símbolos, palabras, que llegan a ser el centro.

¿Qué *es* esta quietud? ¿Cuál es la naturaleza y la estuctura del silencio mismo, no la estructura de las palabras que describen el silencio? Por favor, vamos a aclararlo muy bien de nuevo. No me están ustedes escuchando, tratando de comprenderme *a mí,* al que habla. El que habla no es nada importante; lo importante es comprender la naturaleza y la estructura de la mente que está en silencio y de esa quietud, aprender y obrar. Aprender es actuar.

Hemos utilizado tres expresiones: silencio o calma, atención pasiva y negación. ¿Qué entendemos por una mente pasiva? Para comprender la naturaleza de la mente pasiva, tenemos que comprender lo que consideramos que es ser positivo. Lo positivo no está en contraste con lo pasivo. Si el estado negativo, pasivo, es lo opuesto de lo positivo, hay una contradicción, y por lo tanto *no* es pasivo o negativo. ¿Qué es lo que constituye, o cuál es la estructura, o la naturaleza de una mente que está siempre funcionando en forma positiva?

¿Vamos a describir las cosas que constituyen lo positivo, o llegaremos a su esencia? ¿Describiremos en detalle la mente positiva que sigue, que acepta, que obe-

dece, que crea autoridad y por lo tanto, miedo; que está siempre buscando alguien que le diga lo que debe hacer, que vive y tiene su ser en la experiencia como conocimiento?

Interlocutor: No.

KRISHNAMURTI: Espere, por favor. Son ustedes muy impacientes. ¿Vamos a pasar por toda la descripción detallada —y puede ser necesario, porque en realidad no hemos comprendido—, o llegaremos a la esencia de lo que es una mente positiva? Si dicen ustedes: "Sí, llegué a la esencia lo antes posible", no habrán comprendido la naturaleza y la estructura de una mente positiva.

Mas si ustedes han comprendido, examinado, abordado, aprendido, sobre la mente positiva, entonces se harán ustedes a *sí mismos* la pregunta sobre qué es la *esencia* de ello.

Nuestras mentes, nuestros cerebros, nuestros organismos enteros, son el resultado del tiempo. Durante el curso del tiempo, la mente ha establecido ciertas normas de comportamiento, conducta, pensamiento, actividad; y la norma, la fórmula, es lo positivo. ¿Estoy yo trabajando y descubriéndolo y ustedes están escuchando y aceptando, o estamos laborando juntos y ustedes descubriéndolo también? Si estamos colaborando, hay un aprender juntos sobre lo que llamamos una mente positiva, una mente que es agresiva, que afirma, que es dominante y que, como domina, acepta que se la domine. Se mueve dentro de la norma del conocimiento porque quiere estar segura.

De modo que la esencia de una mente positiva es una exigencia de seguridad a cualquier precio, de se-

guridad completa, no sólo en lo exterior, sino también muy hondo en lo interior; de algo que le dé permanencia. Acabo de aprender, la mente acaba de aprender que mientras esté buscando, y por lo tanto hallando permanencia, seguridad, certeza en la relación, en la actividad, en cualquier cosa, el buscar y el hallar constituyen la esencia de una mente positiva.

Interlocutor: ¿Hay un medio de suprimir la contradicción en la mente positiva?

KRISHNAMURTI: Señor, no está usted siquiera escuchando. Mire, por favor, comprendo lo que está usted diciendo. No trato de desviarme de ello. Tratamos de descubrir y de *aprender;* en el descubrimiento mismo está el aprender; no es que yo encuentre y luego actúe. Tratamos de aprender sobre la naturaleza y la estructura de la mente positiva; y, después de examinar los detalles, veo. Puedo equivocarme. No acepte usted aquello de que hablamos como la palabra final del oráculo que está hablando, o la autoridad; esta mente descubre que mientras se busque, lo cual quiere decir que se halla, ese estado de buscar y hallar es la esencia de la mente positiva, lo cual no significa que la mente negativa no busque, no halle, no haga.

Interlocutor: Perdone, señor, mientras nos encontramos en el estado actual, al nivel presente de conciencia, ¿no es positiva cualquier pregunta que hacemos?

KRISHNAMURTI: ¿Por qué no hemos de pensar y actuar de manera positiva? ¿Qué hay de malo en ello? Si hallamos que ello no vale la pena, si hallamos que no aclara nuestra confusión, buscaremos entonces

alguna otra cosa; mas si aceptamos el modo positivo de vivir, que es "Lo haré" o "No lo haré", según la imagen que ha sido creada por el placer —que significa la evitación del dolor, aunque el cultivo del placer engendra dolor—, por esa imagen decidimos ser o no ser, hacer o no hacer. Esta acción positiva, afirmativa, directiva, este empeño de buscar y hallar, crea en sí mismo, contradicción. Mientras no aprendamos sobre ello, no daremos con ninguna otra manera de actuar.

Interlocutor: Cuando contemplamos la vida desde un punto de vista positivo, con una mente positiva, dividimos aquella entre el "yo" y el "no yo".

KRISHNAMURTI: La actitud positiva ante la vida crea competencia, porque es inherente a esa actitud el buscar y hallar, y por eso tiene que haber competencia, agresividad. ¿Puede saber una mente positiva lo que es el afecto, lo que es el amor? Una mente positiva reclama experiencia. Como está cansada de todas las experiencias que ha tenido, busca otras nuevas. Cuando no son bastante agudas, fuertes, entonces *crea* con la imaginación experiencias, visiones; y si tampoco eso satisface, acude a las drogas, no solo a la marihuana, sino a toda clase de drogas más fuertes: opio, derivados del opio y LSD. Mediante esas drogas logra un estado negativo de mente que tiene ciertas experiencias por el estímulo, pero una mente así sigue siendo positiva, sigue en busca de experiencia.

¿Qué hay de malo en tener más amplias, profundas e intensas experiencias? ¿Qué hay de malo en las experiencias autocreadas, proyecciones de la propia mente condicionada, que anhela, busca, investiga, quiere? Así es como vivimos. Existe dependencia de las drogas, ya

sea una droga particular, la bebida, el sexo, la diversión, el ir a la iglesia, asistir a *misa* con todos sus ritos. Una mente que trata de escapar de un pasado que ha sido cultivado por la experiencia, hacia el futuro, tiene que estar inevitablemente en conflicto. Siempre se halla en un estado de contradicción una mente que esté buscando, experimentando, queriendo más experiencia.

Vemos la naturaleza y la estructura de una mente positiva. Es agresiva, competidora, celosa, vana, supersticiosa, ambiciosa y está desesperada; busca y, por lo tanto, halla, pero no está satisfecha con lo que ha hallado y quiere más, porque quiere llegar a cierto punto de eminencia o excelencia, donde pueda estar sin molestias y segura. Nuestro interés es descubrir si la mente puede estar libre de contradicción, no temporalmente, no durante cierto período, sino libre por completo. Sólo entonces es cuando puede haber claridad; y la claridad no es algo que haya que encontrar.

Mas yo estoy descubriendo que una mente que esté buscando puede hallar una claridad que es meramente auto-creada y por lo tanto, inherentemente contradictoria dentro de sí misma. Tal actividad sólo puede producir más contradicción. Sólo una mente que sea por completo negativa es la que puede hallarse en estado de no contradicción. ¡Lo he aprendido! Nadie me lo ha dicho. No he leído un libro, no he acudido a un filósofo, no tengo *guru,* instructor ni todas esas tonterías. Al hacer he aprendido, la mente ha aprendido.

Así que una mente negativa, el estado negativo, no es una contradicción de lo otro, no es lo opuesto de lo positivo. Es muy importante comprender este punto. Yo puedo negar, sacrificarme y rechazar propiedad, dinero y fama, porque quiero hallar a Dios, la verdad o la gloria. Si rechazo cualquier cosa porque quiero

alguna otra, no es en realidad que rechace, es parte del mismo movimiento.

Interlocutor: Miro algo, una cara, el movimiento de un río, una montaña, un árbol; miro algo y, mediante esa observación misma, hay una experiencia. ¿Sigue siendo eso una mente positiva?

KRISHNAMURTI: Yo digo que sí. Usted va a descubrir algo si lo persigue, pero mientras haya un experimentar, por cualquier causa que sea, ello sigue estando dentro del campo de lo positivo.

Interlocutor: ¿Cómo vamos a CONSEGUIRLO?

KRISHNAMURTI: He explicado muy cuidadosamente que no puede usted *conseguirlo.* (*Risas*).

Interlocutor: Crearlo.

KRISHNAMURTI: No puede usted crearlo. Señor, mire. Cuando comprende usted que un determinado reptil es venenoso, ha comprendido todo el asunto ¿no es así? Se aparta de ello; cuando ve un veneno no lo toma porque ve que es destructor. Así, pues, al comprender lo positivo, que es muy complejo, no se trata simplemente de decir: "Bueno, lo he conseguido"; es una enorme comprensión. Significa tener una mente sin autoridad y por lo tanto, sin experiencia como reconocimiento.

Veo una bella cara y experimento placer. Ese placer ha surgido por el reconocimiento de lo que considero bello. La experiencia es por el estímulo de un placer que he establecido como belleza.

Por comprender toda la naturaleza y la estructura de la mente positiva como comprendo el veneno, mi mente se aparta del todo de él. La mente no tiene que *hacer* nada sobre ello. Si lo hace, hay una contradicción. Mas si la mente comprende la naturaleza venenosa de lo positivo, se aparta de manera automática hacia lo llamado negativo.

Interlocutor: Por tanto, ¿no es eso una experiencia de lo negativo?

KRISHNAMURTI: ¡Oh, no! Jamás. La mente no tiene experiencia de lo negativo. Sólo tiene experiencia dentro del campo de lo positivo. Esto requiere enorme comprensión. No asienta o disienta usted. Se me ha dicho que hay toda una escuela de pensamiento en el budismo que se basa en la negación; y hay personas que han consagrado toda su vida a descubrir lo que es esta negación. Ustedes han consagrado medio día o una hora y están ya tratando de decir que están conformes o disconformes. Tienen ustedes que comprender una cosa muy profunda: si le es posible a la mente hallarse en un estado en que esté clara. Sólo puede estar clara en la negación, cuando no tenga experiencia en absoluto.

Interlocutor: Hacemos preguntas porque hay un reto y una respuesta; y la respuesta siempre es con arreglo al trasfondo, a nuestra experiencia, a nuestro conocimiento. La respuesta está siempre dentro de la pregunta. ¿Es posible quedarse sólo con la pregunta y no buscar respuesta?

KRISHNAMURTI: ¿Por qué hace usted una pregunta?

Interlocutor: Para renovar, reanudar, añadir al depósito de experiencia más conocimiento.

KRISHNAMURTI: Partiendo de ese depósito, de ese conocimiento, de ese pasado, usted experimenta, actúa; y esa acción, esa experiencia, crea contradicción.

Interlocutor: Hacemos preguntas sólo sobre la PARTE.

KRISHNAMURTI: Eso es evidente. Hacemos preguntas de modo fragmentario. Sólo cuando la mente está funcionando en fragmentos es cuando hace preguntas. Cuando está funcionando como un todo, ¿hay alguna necesidad de hacer preguntas? El todo no es lo positivo, sino lo negativo. La pregunta positiva es fragmentaria, está dentro del campo de lo positivo, porque la mente está funcionando de modo fragmentario y, por lo tanto, contradictorio. Cuando comprendemos la naturaleza de esa estructura positiva —la comprensión es el aprender y el hacer—, la mente se ha apartado, como se aparta del veneno; y ese movimiento es negación.

Interlocutor: ¿Viene con las preguntas la auto-aserción?

KRISHNAMURTI: La auto-afirmación, el desear fama, el querer auto-expresión, el querer ser alguien, un gran escritor o pintor: todo eso está aún dentro del campo de lo positivo. Pero ciertamente que yo puedo hacer preguntas sin autoaserción. Puedo preguntaros lo que es el amor, lo que es la muerte, lo que es la vida, y no es porque yo sea autoafirmativo. Llevo una vida

miserable, sórdida, dentro del campo de la fama y el éxito y todo lo demás, y digo: "¡Vive Dios! ¡Tiene que haber algo más!" Eso no es autoaserción. Pero llega a serlo si lo positivo trata de buscarlo y hallarlo. Todas las religiones han dicho: "Buscad y hallaréis", pero nosotros estamos cortando de raíz todo eso. ¡No sé cómo pueden ustedes aceptarlo!

Interlocutor: ¿Podemos ser conscientes del estado negativo de la mente?

KRISHNAMURTI: Es evidente que no. Tenemos que descubrir lo que entendemos por esa palabra, "consciente". ¿Cuándo somos conscientes? Ese avión está haciendo ruido; quiero escucharlo a usted y me siento perturbado. *Entonces* me vuelvo consciente. Sufro; entonces me vuelvo consciente. Quiero ser famoso y me siento frustado; en esa frustación hay dolor, y llego a ser consciente, me hago consciente por desear la continuación del placer, o evitando y rechazando la pena.

Señor, mire; cuando hago algo como periodista, como ingeniero, como artista, que son todo funciones, ¿hay alguna conciencia de ser funcionario? Sólo llega usted a ser consciente como funcionario cuando, partiendo de esa función, busca posición social. Es usted un buen escritor o alguna otra cosa, y mediante esa función busca fama. Entonces empieza todo el mal.

Interlocutor: Conciencia parece ser sinónimo de darse cuenta, o lo contrario de estar profundamente dormido.

KRISHNAMURTI: Conciencia es sinónimo de palabras, símbolos, experiencia, categoría derivada de la

función; de ambición, codicia, pugna y esfuerzo. Esto está claro. De lo que hablamos es de comprender todo lo positivo, aprender sobre ello. El aprender mismo es un nuevo movimiento. No se trata de: "¿Cómo voy a vivir sin experiencia? ¿No moriré?" Desde luego que morirá usted. ¡De todos modos, ya estamos muertos, de manera que en realidad no importa mucho! (*Risas*). Tales preguntas carecen de sentido, mas si vemos lo que es la naturaleza y la estructura de la conciencia, si comprendemos y aprendemos, ese mismo acto de aprender es el hacer, y el hacer es el movimiento que viene, que *no* está relacionado con lo positivo.

Interlocutor: Dice usted que en el buscar no hay comprensión. Y ¿qué pasa sin buscar? ¿Lo comprende usted?

KRISHNAMURTI: Estamos preguntando por qué buscamos, no es que debamos o no hacerlo. ¿Por qué buscamos?

Interlocutor: ¿No hay diferencia entre buscar e inquirir?

KRISHNAMURTI: ¡Oh, sí! Seguramente, pero no lo complique usted; tome las cosas una tras de otra. Estamos discutiendo la cuestión de buscar. ¿Por qué busco? Soy infeliz, desdichado, mi vida es burda, mezquina, pequeña, aunque yo tenga gran reputación y muchos títulos; mi vida es fea, pugno y quiero salir de ello, encontrar algo más; estoy descontento, además, de todo lo que he logrado; insatisfecho de mi familia, de mi esposa, de mí mismo, del mundo, de todo. Partiendo de esa llama de insatisfacción, quiero hallar algo, y en

general lo hallo. Puedo hacerme comunista, socialista, católico-romano, zen, o lo que sea.

¿Puede una mente que ha vivido de la experiencia, añadiendo cada vez más a sí misma, expandiéndose por el conocimiento, por la fama, por la agresión, y hallando que todo ello está vacío, que no da significado a la vida; esa mente que es el resultado del tiempo y por tanto, un enorme proceso positivo con su "Quiero", "Debo", "Esto no está bien", "Esto está mal", "Ésta es la línea que nadie va a cruzar"; esa mente que ha sido educada durante siglos y siglos en el buscar y hallar positivo, competidor y agresivo, ¿puede tal mente comprender todo esto y alejarse de ello, por aprender sobre lo positivo? Si la mente no se aparta de lo positivo, siempre permanecerá en el conflicto. Si deriva usted placer del conflicto, siga con él, no diga: "Quiero lo otro", y sin embargo traga este veneno.

Interlocutor: ¿No es ese descontento con lo que llama usted competencia también el poder que mueve a las personas a buscar lo que llama usted el estado negativo?

KRISHNAMURTI: Sí, señor. El descontento se satisface muy fácilmente. Y como se satisface con facilidad, sencillamente trata de encontrar el estado negativo. Antes yo encontraba placer en lo positivo; ahora voy a hallarlo en lo negativo. Pero la mente sigue siendo la mente corrompida, pequeña y torpe, que ha funcionado dentro de lo positivo y que ahora va a tratar de funcionar dentro de lo negativo. Es la misma mente que quiere fama, que quiere éxito, que desea hallar, experimentar; sólo que dice: "Soy negativa".

Interlocutor: Por eso somos atraídos primero por una y luego por la otra.

KRISHNAMURTI: Señor, tenemos que vivir en este mundo.

Interlocutor: Sí, nos vemos afectados por el pensamiento, por toda clase de cosas.

KRISHNAMURTI: Estamos diciendo exactamente lo mismo que usted dice. Tenemos que vivir en este mundo, somos influídos, tenemos nuestros empleos, familias, creencias, dogmas, temores, ansiedades, disputas, celos, ambiciones. Ese es nuestro mundo y ese es un mundo del estado positivo en que vivimos, dándonos de puntapiés, matándonos, haciéndolo todo en ese estado. Eso es lo que llamamos vida. Si dice usted: "Eso es bastante bueno para mí", siga con sus dioses, sus supersticiones, sus directores, *gurus*, salvadores, sacerdotes o lo que sea. ¡Siga! Mas si dice: "Vea, ¿hay un medio de poner fin a la contradicción y vivir en forma del todo distinta, no lo *opuesto* de esto?" Entonces usted tiene que comprender toda esta cuestión de vivir en el mundo.

Interlocutor: ¡Estamos tan ocupados con la vida familiar, con nuestros hijos, con nuestros empleos y todo lo demás! ¿Podemos en realidad hacer esto, no de algún modo vago, idealista, utópico, sino HACERLO DE VERAS EN LA VIDA?

KRISHNAMURTI: Usted ha hecho la pregunta. ¿Está esperando que yo la conteste? Si espera usted una respuesta y yo digo: "Sí, usted puede hacerlo",

entonces, ¿qué?, ¿dónde está usted? Mas si dice: "Voy a comprender toda esta estructura, voy a mirarla, voy a comprender esta mente"; si le concede diez minutos, verá entonces que puede vivir en este mundo, de un modo totalmente distinto. Si no puede vivir de un modo por completo distinto en este mundo, entonces no vale la pena, tírelo a la basura. Tiene uno que ver claro, de modo implacable, en la comprensión de esta estructura. Entonces puede uno entrar en la cuestión del estado de la mente que vive y que tiene su ser en la negación. Además, si no ha comprendido usted lo positivo, nunca podrá ir a lo otro, nunca podrá fluir hacia lo negativo.

Considere la cuestión de la belleza. ¿Qué es la belleza? Se han escrito volúmenes por artistas profesionales, por teóricos, sobre lo que es la belleza: la belleza según Oriente, según Occidente, el ideal griego, el ideal egipcio, etc. ¿Cómo lo descubre usted? Si lo contesta partiendo del conocimiento, entonces es la respuesta de una mente mezquina, porque todo conocimiento está dentro de esa mente pequeña. ¿Significa eso que no va usted a tener ningún conocimiento?

Yo se lo pregunto. ¿Va usted a buscar respuesta? Si busca respuesta y la encuentra será en términos de lo que usted ya conoce; pero si escucha usted esa pregunta y no tiene respuesta, entonces, ¿cuál es su reacción?

Interlocutor: Puedo hacer una pregunta más?

KRISHNAMURTI: Sí, señor.

Interlocutor: ¿Cómo puede uno vivir en negación y todavía seguir adelante con los problemas prácticos de la vida?

KRISHNAMURTI: Acabamos de responder a esa pregunta, señor. Yo puedo ir esta tarde a las montañas, volver a casa y responder al teléfono. En las montañas he comprendido y por lo tanto, he aprendido y actuado; hubo un movimiento que no era de lo positivo. ¿Puedo ahora tomar ese teléfono y oír que alguien dice: "¿Quiere usted venir a cenar esta noche?" Contestaré lo que sea conveniente en ese momento, diciendo que quiero o no quiero, y ahí termina la cosa. Comprender el estado negativo reclama otra cosa. Tiene uno que comprender lo que es estar solo; porque la belleza es soledad.

5 de agosto de 1965

III

Creo muy importante comprender esta cuestión de la actividad positiva y la negativa, que no es lo opuesto de la positiva. Tenemos que comprender esta cuestión de manera muy fundamental, porque hay necesidad de una revolución enorme, radical, en nuestras vidas. Necesitamos cambiar. Toda nuestra manera de vivir, pensar y sentir tiene que sufrir una mutación radical. Esto es bastante evidente para cualquiera que sea siquiera sensible y se dé cuenta, mientras vive en este mundo tan loco y perturbado.

El hombre ha sufrido sin cesar, ha ensayado varios subterfugios, escapes, pero en realidad, fundamentalmente, no ha trascendido el sufrimiento elemental. Rendimos culto al sufrimiento, como se hace en el cristianismo; tratamos de escapar mediante varias clases de inventos, drogas e ideas, como se hace en el mundo occidental; o, por medio de imágenes y símbolos, como se hace en Oriente. Creo que, si uno no comprende lo positivo y lo negativo, no se realizará una mutación radical. Podemos cambiar en áreas que son de poco valor: en el mundo económico o en el social, o hacer un cambio en nuestras relaciones, pero eso tiene muy escasa importancia.

Estamos hablando de una mutación que no es producida por la voluntad ni por el principio del placer. Para producir esta mutación, tiene uno que comprender el enorme problema de lo que es lo positivo y lo que es lo negativo; y comprender que lo negativo no

está en contradicción con lo positivo, no es lo opuesto de lo positivo, ni una reacción a lo positivo. Tiene uno que comprender la estructura, la naturaleza y el sentido de lo positivo. Sin captar eso, no puede uno pasar a lo otro. Sólo puede uno escapar a una especie de tontería negativa, suave, mística, sentimental y devocional, que carece de toda validez. Tenemos pues que explorar aún más esta cuestión de lo que es lo positivo, sin buscarle término.

Ayer decíamos que la esencia misma de lo positivo es buscar y hallar. Esta cuestión me interesa enormemente. Estoy muy excitado sobre ella; nunca he pensado antes sobre este punto —no es que nunca haya pensado, es que nunca me ha ocurrido. Lo positivo, como dijimos ayer, es la actividad egocéntrica que se identifica con una fórmula, con una utopía, con una actividad social, etc. Dijimos también que es lo positivo lo que sigue, cree, se ajusta, obedece, posee, domina y acepta la dominación. En el área de lo llamado positivo, uno se siente seguro, asegurado; y lo malo empieza cuando negamos la impermanencia de todo cuanto tocamos. La mente positiva quiere un refugio a toda costa, por lo que establece un área ideológica, como Dios, Atman o algún otro ideal hindú, cristiano o budista. Establece una fórmula y se aferra a ella como la tétrica muerte; pero estar sin refugio, sin anclaje, sin consuelo, es estar sin temor.

Hay otra área que necesita una gran exploración, comprensión, despliegue, y es: donde se busca siempre se encuentra. El buscar implica distancia y el alcanzar, hallar, es también una ulterior distancia.

Por favor, no estoy pronunciando un discurso; sencillamente vamos a hablar sobre esto. Les ruego se atengan al asunto y no hablen sobre la manera de poner

fin a la guerra del Vietnam. Acaso pongamos fin a la guerra del Vietnam, si la abordamos de modo distinto.

Cuando la mente admite distancia como el tiempo implicado en buscar y el tiempo implicado en hallar, hay duración. Estamos presos en esa manera de pensar. Usamos el tiempo como medio de vencer o aniquilar la distancia; pero el tiempo mismo es distancia.

Voy a decirlo de modo distinto. Tengo una imagen de mí mismo, un ser extraordinario —nuestras propias imágenes son siempre en extremo extraordinarias, bellas, divinas, espirituales—, mas yo soy simplemente lo que soy: tosco, vulgar, ambicioso, mundano, con mucho dinero o sin dinero y queriendo tenerlo, anhelante de posesión y prestigio. Soy *eso*, pero la imagen es algo del todo distinto. Para llegar a esa imagen e identificarse del todo con ella, hace falta tiempo en que cubrir la distancia; y este cubrirla y alcanzarla es una acción positiva. Pronto comprendemos que la imagen es autofabricada, elaborada por nosotros mismos; queremos un centro que sea permanente, más allá de la imagen: Dios, realidad o utopía. Cruzamos el espacio entre lo real y lo ideativo y más allá de lo ideativo. Todo esto implica distancia y, para cubrir esa distancia, es necesario el tiempo.

El tiempo, como hallará usted si penetra en sí mismo y lo observa de modo real, no mitológico, es una cosa sumamente dañosa. El ideal, la imagen, no es cosa real; se basa en el placer e inherentemente en ello está la semilla de la pena. No puedo encararme con el hecho de lo que soy en realidad. Para encararme con el hecho de lo que soy, lo que *existe*, no hace falta tiempo alguno. Pero lo otro necesita tiempo. Hemos inventado, pues, el tiempo como medio de eludir *lo que es*. Para mirar *lo que es*, *no* necesitamos distan-

cia entre el observador y la cosa observada, pero necesitamos distancia entre el hecho y la imagen. Así, el tiempo engendra desorden, al ayudarnos a no hacer frente a *lo que es*. El tiempo necesitado para cubrir esa distancia no sólo es un derroche de energía, sino que inherentemente crea desorden. Lo positivo es el camino del desorden.

Lo que nos interesa es la mutación radical de la mente humana. ¿Puede esa mente transformarse por completo mediante el tiempo? ¿O se ha de transformar de manera inmediata? Veo el tiempo, que es la distancia entre el hecho y la imagen, como un elemento de desorden. El tiempo crea la distancia entre el hecho y la imagen, el espacio en torno a la imagen y el espacio en torno al hecho. Veo eso *por completo*, no como una idea, no como una cosa particular, como fragmento, sino de modo total. Rechazo, pues, el tiempo de manera total, como medio de producir orden, mas no sé lo que viene después.

Les ruego que no me escuchen a mí; escúchense a sí mismos, según estamos hablando.

Interlocutor: ¿No deberemos trasladarnos de lo positivo a lo negativo?

KRISHNAMURTI: Tiene usted plena razón, pero quiero que comprendamos por completo la naturaleza y la estructura de lo positivo, antes de que pasemos a lo otro, porque creo que hay una distancia de una clase distinta, que no es *esta* distancia. No quería empezar por eso.

Miren ustedes, no hay mutación posible mientras esté yo moviéndome dentro del campo de lo positivo, que es del tiempo, que está cubierto por la distancia

entre el hecho y la imagen. No hay mutación posible mientras haya este alargar la mano, esta busca y este hallazgo, todo lo cual son formas de codicia y placer, creando dolor, sufrimiento, ansiedad y miedo. Cuando hay comprensión de eso que llamamos lo positivo, hay un alejamiento de ello hacia otra cosa. El alejamiento no implica distancia. Lo negativo no es una idea hacia la cual avanza usted alejándose de lo positivo.

Tiene uno que comprender esta cuestión de la distancia. Está usted sentado ahí y el que habla está aquí. Hay una distancia entre nosotros. Hay distancia entre usted y la persona que está a su lado, entre usted y la montaña. Esos son hechos reales. Para llegar a la montaña necesita usted tiempo. Ahí, el objeto está muy claro; quiere usted llegar a la cima de los Diablerets y camina o toma el elevador. Pero en lo interior, dentro de la piel, dentro de toda la estructura de la conciencia, dentro de los límites de esta última, *¿existe* distanciacia? ¿Distancia entre qué? Sólo hay distancia cuando hay un centro que crea espacio en torno de sí. Si ese centro, impulsado por el placer o por la pena, se mueve hacia otro centro, el movimiento sigue siendo la continuación de aquel centro en un campo distinto.

Interlocutor: ¿No crea un centro en el espacio en torno suyo?

KRISHNAMURTI: ¿Qué significa el espacio para usted: espacio entre donde está usted y donde está esa montaña, el espacio creado por la tienda, dentro de ella y fuera? Sólo conocemos espacio donde hay un centro. Hay un árbol; el árbol crea un espacio en torno suyo. Un edificio crea espacio fuera y dentro, porque el edificio es el centro. Sólo conocemos el espacio donde hay

un punto fijo, alrededor del cual hay espacio, y más allá. Sabemos que cuando ha sido compuesta una imagen por el placer, llamamos la idea un centro y ese centro crea espacio en torno de sí mismo. ¿Hay alguna clase de espacio que no sea ese? Si el espacio es sólo el resultado de un objeto, de una idea, un centro o una imagen, entonces dentro de ese campo no hay libertad. Un hombre que quiera descubrir lo que es la libertad, no por curiosidad, sino en realidad, tiene que comprender esta cuestión del espacio; tiene que saber si es posible estar libre del centro, que es la imagen confeccionada por el placer. Mientras haya actividad dentro de ese espacio que ha sido creado por la imagen o por el centro, no puede haber libertad, ni por tanto puede haber mutación alguna.

Interlocutor: Si el pensamiento ha creado espacio y tiempo, ¿por qué no puede él mismo terminar con ello?

KRISHNAMURTI: ¿Puede el pensamiento terminar con algo, señor, en realidad? Soy codicioso, violento. ¿Puede el pensamiento acabar con ello? Puede escapar de ello, puede encontrarle un sustituto, puede reprimirlo, someterlo a control. El pensamiento es una reacción frente a los recuerdos de placeres acumulados; el pensamiento ha creado la codicia y así, el pensamiento mismo es codicia. ¿Puede eso poner fin a la codicia?

Interlocutor: El agua no puede eliminar al agua.

KRISHNAMURTI: Muy bien. Pero sigamos. Hasta ahora hemos estado considerando la naturaleza, el sentido y la estructura de lo que llamamos lo positivo en la vida; esto produce desorden, porque admite el tiem-

po. La mente ve eso como un todo, no un desorden fragmentario, sino total. Entonces se aparta uno de ello con naturalidad, como se aparta del veneno. Si uno es neurótico, puede jugar con el veneno, tomar un poquitín de él y acostumbrarse. Mas si uno observa con atención sana, limpia, se aparta. Este movimiento no es una reacción frente a lo positivo, no es movimiento hacia nada. Si se moviera hacia un punto, ese punto seguiría siendo la proyección de lo positivo como reacción.

La mente, habiendo comprendido la naturaleza del veneno, se ha apartado de modo natural. Este movimiento *es* negación, porque cuando yo rechazo algo, rechazo porque reacciono contra ello, siendo la reacción placer o dolor; o bien lo rechazo del todo porque ha terminado, ya no tiene sentido alguno. El rechazamiento total produce el movimiento de otra cualidad que llamamos lo negativo.

Tengo que comprender muy claramente si rechazo por causa de una reacción de placer o pena, o si es un movimiento natural de alejamiento porque veo toda su naturaleza. Conozco muy íntimamente, de manera exacta, lo que sucede dentro del campo de lo positivo; no hay engaño, ilusión, ocultación. He visto muy claro todo ángulo, todo rincón, todo movimiento secreto, todo empeño, busca y hallazgo. No hay movimiento que engendre ilusión, pues el principio del placer está del todo ausente.

Interlocutor: ¿Y qué hay sobre el espacio?

KRISHNAMURTI: Señor, ¿podemos de momento olvidar lo del espacio? Como ve usted, es muy importante comprender este rechazamiento, este apartar a un lado,

este alejamiento. Cuando ve usted una cosa tóxica, se aleja, tanto en lo físico como en lo psicológico. Me pregunto si habrá usted rechazado alguna vez cualquier cosa que le diera placer. ¿Lo ha hecho?

Interlocutor: Estoy comiendo algo que da dolor. Por lo tanto, lo rechazo. (Risas.)

KRISHNAMURTI: Temo que tendremos que dejar eso y seguir adelante. ¿Hace usted alguna cosa sin motivo? ¿Renuncia a fumar o al whisky o a cualquier cosa a la que se haya esclavizado? ¿Lo dejará usted sin ningún motivo? ¿Lo ha hecho usted alguna vez? No porque un determinado alimento le cause dolor y por eso lo deje usted; pero ¿ha dejado usted alguna vez una cosa que le da gusto, no por causa de un gusto mayor, sino sin motivo? Nunca lo ha hecho usted. Esa es nuestra tragedia. Dejará usted algo a cambio de un placer mayor; y ello estará aun dentro del campo de lo positivo. La comprensión de la naturaleza, de la estructura y la significación de lo positivo es en sí misma un apartamiento de ello; no hay motivo para alejarse, pero cuando ve usted que la estructura misma carece de sentido, ya está usted fuera de ella.

Interlocutor: Antes de que podamos ver el sentido de lo positivo y podamos rechazarlo, tiene uno que haber pasado a través de mucho auto-conocimiento.

KRISHNAMURTI: Señor, hemos hecho una pregunta muy sencilla. ¿Ha hecho usted alguna vez algo sin motivo, como el del placer o del dolor. ¿Puede usted hacer algo sin motivo? ¿Puede usted ser bueno, generoso, no codicioso, no adquisitivo, sin violencia, no porque

quiera usted el cielo, no porque quiera la paz, no porque quiera vivir una vida cómoda, sino simplemente hacerlo? Si no lo ha hecho, entonces me temo que no pueda usted ir más allá; porque estará usted entrando en una dimensión, en un campo en que no hay motivo, sino sólo acción. El motivo es lo positivo y produce desorden. Si no ha comprendido usted eso *por completo,* no podrá entrar en lo otro, haga lo que haga. Podría usted decir: "Bueno, siga hablando sobre ello; me gusta escuchar", mas eso no tiene sentido. Cuando haya realizado un acto sin motivo, entonces conocerá usted sobre lo negativo.

Interlocutor: La espontaneidad es sin motivo.

KRISHNAMURTI: Esa es una palabra muy peligrosa. Creemos ser espontáneos cuando no lo somos. Ser espontáneos es una cosa sumamente extraordinaria. Saltar a un río cuando ve usted que alguien se ahoga, sin cálculo, sin heroismo, sin el espectador, es un incidente muy raro. Para ser en realidad espontáneos hace falta una inmensa comprensión de lo positivo. El mundo de lo positivo carece de toda relación con el mundo o la dimensión de lo negativo. Esto es lo primero que tiene uno que ver.

Interlocutor: Pero no es lo opuesto.

KRISHNAMURTI: No es lo opuesto bajo *ninguna* circunstancia. En el mundo de lo negativo sólo hay acción, no motivo y acción, no idea seguida por acción.

Tal como yo comprendo la electricidad, parece que sólo hay explosión cuando se encuentran lo positivo y lo negativo. Nunca hay explosión en lo positivo. En ese

campo que es negación total, hay un movimiento positivo que *es* el encuentro de lo negativo y lo positivo, que es acción.

Interlocutor: ¿No debemos hacer nada más que mirarlo?

KRISHNAMURTI: ¿No hacer nada? Hemos hecho muchísimo. Hemos descubierto que lo positivo, tal como lo conocemos, es en extremo destructor. Por eso son los seres humanos tan monstruosamente feos y destructores. En ese campo que llamamos lo negativo, que es una dimensión del todo distinta, sin relación con lo positivo, y no una reacción ante éste, hay un positivo totalmente distinto, que es la acción. No es pensamiento y acción, ni la idea creada por el placer y la acción organizados; estos están en el campo de lo positivo. Sólo hay *acción*. Y esa acción sólo puede realizarse cuando existe ese positivo que no tiene relación con aquel otro positivo, y la negación total.

Interlocutor: Usted nos preguntó antes si hemos actuado alguna vez sin motivo.

KRISHNAMURTI: Señor, ¿no se ha alejado usted de eso?

Interlocutor: Pero usted nos hizo esa pregunta.

KRISHNAMURTI: He hecho otra.

Interlocutor: La primera pregunta es muy difícil de contestar. La pregunta era si yo había hecho alguna vez una cosa sin motivo. A veces creo que sí, pero luego

descubro siempre que hay un motivo, algún motivo oculto.

KRISHNAMURTI: Es probable que nunca hayamos hecho nada sin motivo consciente o inconsciente.

Interlocutor: No siempre. Cuando en realidad ama uno, no hay motivo. ¡No me refiero al amor físico! (RISAS.)

KRISHNAMURTI: El que pregunta dice que cuando uno ama *en realidad* no hay motivo. No sé lo que significa eso.

Interlocutor: Yo podría decirlo de modo distinto.

KRISHNAMURTI: Puede usted decirlo de distintas maneras, pero sigue siendo la misma cosa. El amor físico, el amor sensual, el amor falso: todos ellos están divididos, fragmentados, pero en el verdadero amor no hay motivo.

Mas nosotros estábamos hablando de algo que en realidad es extraordinario en extremo.

Interlocutor: Perdone. No he comprendido lo que ha dicho usted sobre el estado positivo. Creí que hablaba en general. Yo digo que casi cualquier cosa que uno quiera hacer la puede hacer sin motivo.

KRISHNAMURTI: Mire, usted. Cuando lo que llamamos amor se manifiesta en forma de celos, afán posesivo, obstinación, vanidad y dominio, aunque lo llamemos así, no es en realidad amor; es nuestra vida diaria, con la agonía de toda ella. Usted me ama, yo

lo amo a usted, los celos y todo lo demás. Si aceptamos eso como lo único, le sacaremos todo el mejor partido posible. Viviendo en una cárcel, adornaremos las ventanas; o entraremos en una desesperación terrible. Nosotros no decimos que existe el amor "real", o el amor espiritual "real" y todo eso. No sabemos. Si la mente dice: "Mire, quiero algo que no esté enredado en todos estos celos, este afán posesivo, lo mío, lo de usted, el amor físico, el amor espiritual, el amor divino y el amor profano; quiero hallar algo que no sea todo esto". ¿Existe alguna otra cosa? El hecho es que somos *esto.* Si no se encaran los hechos y somos libres, no hay posibilidad de ninguna otra cosa.

Todos sabemos de la acción que se basa en alguna idea, la acción derivada de acercarse o ajustarse a una idea, siendo ésta, placer organizado, memoria, experiencia o conocimiento, que son siempre positivos. Hace un momento hablaba yo de algo distinto por completo, la acción que no se basa en una idea. En un estado de negación, en ese estado de lo negativo que no es positivo, sólo hay acción, y por lo tanto no hay idea. Puede haber acción sin idea, y el pensamiento *no* tiene lugar *alguno* en esa dimensión.

Interlocutor: Cuando dice usted que el pensamiento no tiene lugar en esa dimensión, no lo comprendo bien.

KRISHNAMURTI: Señor, ¿cuándo usa usted el pensamiento? O si está actuando el pensamiento, ¿cuándo se da usted cuenta de que funciona? Le hago a usted una pregunta sumamente familiar, la de cómo se llama usted, y su respuesta es inmediata. Lo "inmediato" puede dividirse en segundos, pero es casi instantáneo, porque está usted muy familiarizado con la

respuesta a esa pregunta. Avancemos un poco más. Usted no estará muy familiarizado con la distancia entre aquí y Zurich. Dice usted: "Bueno, no sé, pero lo buscaré, o le preguntaré a alguien que lo sepa, como el hombre del garaje». Se ha tomado usted tiempo. Entre la pregunta y la respuesta hay un intervalo de tiempo en el cual ha tratado usted de descubrir. Luego hay la pregunta para la cual no conoce usted respuesta o para la cual no la hay. ¿Qué hace usted, pues? Durante el intervalo de tiempo entre la pregunta y la respuesta, está usted pensando, investiga, pregunta, aguarda, pide, busca en libros, va a un profesor, a un hombre de ciencia o a un sacerdote. En el intervalo entre la pregunta y la respuesta, hay un lapso de tiempo que es el pensar.

Ahora bien, si se hace una pregunta en que el pensamiento no funciona en absoluto y dice usted: "En realidad, no lo sé", en ese estado no hay expectación, no se espera una respuesta, porque no hay nadie que le responda a usted. No sabe usted cosa alguna sobre la muerte, ¿verdad? Usted la ha visto, pero si le preguntan qué hay más allá, cuál es la naturaleza de la muerte, toda la estructura de esa cosa extraordinaria, si es usted de veras honrado y no quiere inventar teorías, dice usted: "No lo sé".

¿Cuál es el estado de mente que dice "No lo sé"? ¿Hay pensamiento? ¿Existe en realidad el pensar? Usted no estará aguardando, su cerebro se enfrentará con algo a lo que no puede en manera alguna responder; las células cerebrales están en silencio, porque no hay respuesta, no hay reacción. Usted se vuelve indiferente a la pregunta y se va; o se queda usted con ella, sin conocer la contestación. Ahí usted no acepta. Su mente, su cerebro, está en completo silencio porque no

sabe. ¿Hay, pues, pensar alguno? La mente de usted está en enorme actividad; su cerebro está activo; no se ha echado a dormir, no se ha quedado en blanco.

Esa mente, ese cerebro, están vivos por completo. Antes esperaban una contestación, preguntaban, pedían, miraban, esperaban: todo eso. Cuando no hay respuesta alguna, ello no significa que esté usted dormido. Al contrario, todo su cuerpo, todo su organismo, su mente, sus células cerebrales, están en enorme actividad; pero entonces el pensamiento está ausente; al escuchar con tal sentido de intensa viveza a ese automóvil, a ese tren que pasa, ¿qué ocurre? ¿Hay un pensamiento? Hay un estado de la mente en que el pensamiento está del todo ausente; es un estado de acción. Cuando ese estado de la mente tiene que hacer algo, lo que hace no se basa en una idea.

Por tanto, conoce uno, entonces, la naturaleza tóxica de la acción positiva. Cuando eso se comprende de manera total, no verbalmente, sino *por completo*, no de modo fragmentario, sino por entero, entonces viene un estado natural que es negación, una mente negativa que no está en blanco, que no es una reacción, que no es un rechazamiento de lo positivo. Una mente así es intensamente activa y por lo tanto, es acción. La mente misma es acción.

6 de agosto de 1965.

IV

¿De qué vamos a hablar juntos esta mañana?

Interlocutor: Hemos empezado a ver si podía en realidad conocerse al pensador. ¿Hay algo más que podamos hacer en ese sentido?

Interlocutor: ¿No puede usted hablar sobre el "ahora"?

Interlocutor: ¿Es posible vernos como somos, sin condena ni justificación?

Interlocutor: Señor, dijo usted que en el momento en que se encuentran lo positivo y lo negativo hay una explosión. ¿Significa ello que en ese momento estalla todo lo positivo?

KRISHNAMURTI: ¡Ah, no! Hablábamos sobre algo distinto por completo. Dejemos al ayer lo que discutimos ayer. Un interlocutor quiere saber lo que es el "ahora". Otra pregunta es: "¿Por qué siempre condenamos o justificamos sin observar en realidad lo que *existe*?" ¿Hablaremos sobre la cuestión del ahora? Al hacer esto, acaso, señor, contestaremos su pregunta y probablemente también la de usted, señora. El "ahora", el movimiento activo del presente, implica la comprensión del tiempo, ¿no es así?

Interlocutor: ¿Es el tiempo un movimiento de la mente?

KRISHNAMURTI: Penetraremos en lo que es el tiempo, no sólo el tiempo cronológico, sino las demás áreas en que el pensamiento crea o engendra o construye esta cosa llamada el tiempo. El tiempo implica distancia, un movimiento.

Interlocutor: Si seguimos utilizando la mente, vamos a relegar el "ahora". Cada pensamiento que tenemos nos saca del "ahora".

KRISHNAMURTI: ¡Ah, sí! Cada pensamiento que tiene uno es un movimiento que se aleja del "ahora". Mas, para comprender el "ahora", sea lo que sea, ¿no tenemos que considerar toda el área en que se utiliza el tiempo? ¿No tenemos que considerar el tiempo como el pasado, el presente, que es el ahora, y el futuro, que son todos un solo movimiento? ¿Podemos separar el "ahora" como algo distinto y aparte del pasado o del futuro?

Interlocutor: El "ahora" contiene en sí mismo todo el pasado.

KRISHNAMURTI: Comprendo todo eso. ¿Estamos hablando verbalmente de las cosas, en forma argumentativa y dialéctica o tratamos de descubrir en realidad cómo vivir en un estado en que el tiempo no engendre desorden?

Interlocutor: Bueno, ¿ve usted?, si ESTA usted viviendo en el "ahora", entonces HAY orden.

KRISHNAMURTI: Señora, ¿cómo voy yo a vivir en el "ahora"? ¿Qué significa ello?

Interlocutor: Bueno, usted ya está en el "ahora".

KRISHNAMURTI: ¡Ah, ah!

Interlocutor: Pero la mente sigue interfiriendo eso.

KRISHNAMURTI: Muy bien. Dice usted que yo estoy en realidad viviendo en el "ahora", pero que la mente se inmiscuye. ¿Cómo voy a impedir esta interferencia? ¿Cómo voy a impedir que la mente intervenga?

Interlocutor: Dándose cuenta y viendo que todo movimiento del pensamiento le está sacando a usted del "ahora".

KRISHNAMURTI: ¿Por qué se aleja la mente del "ahora", si éste es tan extraordinariamente importante y lleno de significación? ¿Por qué la mente o el pensamiento o el deseo se alejan del "ahora"? Para comprender el "ahora" y para vivir en el "ahora", tengo que comprender toda el área del tiempo, todo el campo del movimiento del pensar, el movimiento de la mente, el deseo, y todo eso.

Interlocutor: ¿No es eso retroceder al camino antiguo?

KRISHNAMURTI: No retrocedo a lo antiguo ni a lo nuevo. Mire, señora. ¿Comprende uno lo que significa vivir *por completo* en el "ahora"?

Interlocutor: No tiene usted que comprenderlo, tiene que VIVIRLO. No necesita ninguna comprensión. Sólo necesita constante e inmediata percepción.

KRISHNAMURTI: Pero desgraciadamente uno no tiene esta constante percepción. ¿Cómo va uno a cultivarla? ¿Cómo va a llegar a ello?

Interlocutor: Bueno, como ve, si está usted viviendo en el momento, siempre está sabiendo lo que es vivir en el "ahora".

KRISHNAMURTI: Muy bien, muy bien. Pero, si vivo en el "ahora", ¿qué significa eso? ¿Qué significa vivir en el "ahora"?

Interlocutor: Significa no tener un problema. NO HAY problema alguno. Si tiene usted un problema, la mente lo crea. Le he escuchado a usted y he ensayado esto en mi vida.

KRISHNAMURTI: Comprendo, señora. Practicar no es vivir.

Interlocutor: Mucho depende del sentido que da uno a las palabras que usa.

KRISHNAMURTI: Ya lo sé. Por eso tratamos de aclarar el sentido de las palabras que usamos. Quiero descubrir lo que significa vivir en el "ahora".

Interlocutor: No tiene usted que descubrir; sencillamente lo vive.

KRISHNAMURTI: Miren. Tengamos todos un poco de paciencia sobre esto. No se irrite usted con esa señora ni se divierta. Vamos a descubrir juntos lo que significa vivir en el "ahora". ¿Qué significa?

Interlocutor: ¿Me está usted haciendo a mí la pregunta?

KRISHNAMURTI: Se la estoy haciendo a todos.

Interlocutor: Significa que no tiene usted ningún problema. Todos los problemas son creados por la mente al salirse del "ahora".

KRISHNAMURTI: Entonces, si no tengo problemas, yo podría estar o del todo dormido o del todo despierto. ¿Cuál de los dos es?

Interlocutor: Del todo despierto.

KRISHNAMURTI: Pero ¿qué significa eso? "Del todo despierto". No diga usted «Nada de problemas". No diga: "Lo sabrá usted cuando llegue ese estado", y todo lo demás. ¿Qué significa tener una mente que está viviendo en el presente y que no tiene problemas? ¿Significa que está del todo dormida o del todo despierta? ¡Espere un poquito! ¿Qué significa estar del todo despierto?

Interlocutor: Vive usted sólo un momento de cada vez, sólo tiene un momento de cada vez en la vida. Pero la mente le hace pensar que hay un pasado y un futuro. Si puede usted vivir este momento único de modo apropiado, no tiene que preocuparse de ninguna otra cosa.

KRISHNAMURTI: Comprendo, señora. Me temo que yo haya hablado ya mucho sobre todo eso.

Intrlocutor: Pero tiene usted que vivirlo.

KRISHNAMURTI: Bueno, un momento: puedo vivirlo o no.

Interlocutor: Yo no digo que usted no lo esté viviendo.

KRISHNAMURTI: No sé; puede que sí. Yo me digo: "Puedo vivirlo o puedo no vivirlo; no lo sé". Pero me digo: "¿Qué implica el vivir de manera total en un solo momento?" ¿Qué implica?

Interlocutor: ¿Por qué quiere usted saber lo que implica? (RISAS.)

KRISHNAMURTI: ¡Ah, espere, señora mía! Quiero descubrir si me estoy engañando, quiero descubrir si mi vivir es tan verbal que, cuando digo: "Bueno, simplemente vivo de modo *muy completo* en el momento", esto sea una forma de auto-hipnosis. Puedo estar creando la ilusión de que estoy viviendo de manera total en el "ahora", en el momento; pero, en realidad, puedo ser muy obtuso y no tener sensibilidad para nada de lo que está pasando, no sólo dentro del momento, sino en torno a él.

Interlocutor: ¿Qué instrumento está usted usando para descubrir si está auto-hipnotizado?

KRISHNAMURTI: Eso está bien. ¿Qué instrumento

utilizo para descubrir? En general utilizamos el instrumento que ha sido creado por la reacción, por la condena, por la justificación, el cual es el censor; el trasfondo intelectual que ha sido cultivado a lo largo de la línea de cierta cultura. Ése es el único instrumento que tenemos. ¿Acaso utilizamos ese instrumento para descubrir lo que es en realidad el momento? ¿O es que hay otro movimiento, otro instrumento del todo distinto, no nacido del tiempo? No veo en absoluto cómo puede uno vivir de manera completa, total, en el presente, sin ser libre, tanto en lo consciente como en lo inconsciente, de la estructura social psicológica de la codicia, la envidia y todo lo demás. No sé lo que *significa* vivir tan completamente en el momento. Si usted me dice: "Viva", yo digo que en efecto vivo; mas no sé, no puedo saber lo que significa vivir por completo en el momento. Si creo que lo estoy haciendo, puedo estar engañándome, me puedo estar burlando de mí mismo con algo que no es real.

Acaso, si tiene usted la bondad de permitirme, podamos llegar a ello ahora sin tratar de retorcer la totalidad de la vida dentro de un momento.

Interlocutor: No puede usted retorcerla en un momento. Usted es la totalidad de la vida hasta ese momento.

KRISHNAMURTI: Señora mía, comprendo. ¿Cómo voy a detener esta terrible mente que va, que vaga, que retuerce, que crea ilusiones, que combate consigo misma? ¿Cómo voy a acabar con esto?

Interlocutor: Es necesario DARSE CUENTA de ello.

KRISHNAMURTI: Al darme cuenta de todo eso, no estoy viviendo en el presente. El presente se ha ido, porque yo estoy viviendo. Me estoy dando cuenta de algo que ya se ha ido.

Interlocutor: Está usted observando todos los movimientos de la mente; presta atención y observa cómo ahora el movimiento trata de adoptar el punto de vista opuesto.

KRISHNAMURTI: Comprendo todo eso. He hablado y como usted ha dicho, ha leído usted sobre todo esto. Si se me permite sugerirlo, le ruego que no llegue a ninguna conclusión. Empecemos todo otra vez, porque acaso así lleguemos a ello de nuevo. Empecemos otra vez a descubrir lo que significa vivir en el "ahora", en un momento que es total. Descubrámoslo de nuevo. No me diga: "Dése usted cuenta del pasado, dése cuenta del movimiento de la mente", etc. Eso lo sé; hemos hecho todo eso durante las quince pláticas últimas. Deje todo eso de lado; vamos a encontrar una actitud distinta ante esto. Puede haber un movimiento nuevo, distinto, que venga con naturalidad.

¿Cuál es la esencia del tiempo?

Interlocutor: Una sucesión de acontecimientos.

Interlocutor: Es simplemente un movimiento.

Interlocutor: Es la naturaleza de la duración.

Interlocutor: La distancia.

KRISHNAMURTI: Miren. He hecho una pregunta.

Yo no lo sé. En realidad no lo sé. Una persona dice: "Es un movimiento, una sucesión de acontecimientos". Otro dice "Duración", otro, "Distancia".. Pero, ¿es la esencia del tiempo? Yo no digo que no lo sea. Quiero descubrir. ¿No lo quieren ustedes? Ustedes han dado opiniones, han verbalizado. Puede ser la verdad, un hecho real, la esencia, y puede ser que ustedes la hayan hallado. Pero yo también quiero encontrarla. Y otro hombre lo quiere también. Dénnos, pues, una oportunidad. Den a ese otro hombre y a mí un poco de espacio entre la pregunta y la respuesta. Un poco de espacio; no lo que usted piensa y lo que pienso yo, lo que es su opinión, lo que usted encuentra que es un hecho real. Simplemente den a esa persona y a mí un poco de espacio para descubrir por nosotros mismos.

¿Por qué pido espacio? Y ¿qué quiero decir con ese espacio? Me refiero a un intervalo, ¿no? No me empujen; no me den cada vez más ideas, más palabras. Dénme un poco de espacio, un poco de tiempo en que yo pueda sondear, investigar, preguntarme, mirar. Se ha hecho una pregunta: "¿Cuál es la esencia del tiempo?" Ustedes han dado respuestas. Tal vez sean más rápidos que yo y vean mucho más rápidamente. Pero yo también quiero ver. Me digo, pues: "¿Cuál es la esencia del tiempo y cómo la encontraré?" Mas si ustedes están haciendo presión todo el tiempo con sus opiniones, con sus ideas, su conocimiento, sus hechos, yo no tengo la libertad en la cual pueda descubrir por mí mismo.

Necesito, pues, libertad, ser libre de la opinión de usted, de su conocimiento, de sus datos, de sus ideas de la verdad, que pueden o no ser verdaderas. Todo esto trata de influir sobre mí, acorralarme hacia un rincón en el cual diga: "Sí, tiene usted razón", y yo lo acepte. No quiero hacer eso. Quiero ser libre. Tiene que

haber libertad, no sólo con respecto a sus opiniones, sus juicios, su verdad, sino también ser libre de mis propios prejuicios y conclusiones, de lo que yo he comprendido, de lo que he leído. Tengo que estar libre de todas estas cosas.

Empiezo a descubrir que para contestar esa pregunta sobre lo que es la esencia del tiempo, tiene que haber libertad. Debo, además, tener espacio en que no esté atiborrado de ruido, tengo que tener libertad y espacio que sea silencioso. Es una nueva cuestión para mí. Tiene, pues, que haber libertad, tiene que haber sentido de silencio en el que no haya exigencia, no haya impacto de inmediata respuesta, presión, petición.

Debo tener libertad y tiene que haber espacio en la mente en completo silencio, sin aguardar ni esperar respuesta, sino en *completa* quietud. Entonces puede uno hallar por sí mismo, no *opinión,* sino la verdad de lo que es la esencia del tiempo. Puedo hallarla mañana, el año que viene, pero no importa. Lo importante es que el campo sea acertado, que se ponga la base.

Interlocutor: ¿Qué es el tiempo?

KRISHNAMURTI: Señor, no preguntamos lo que es el tiempo, tratamos de descubrir la esencia del tiempo, como la esencia de un pino o la de una flor.

Interlocutor: ¿Es el tiempo una cantidad o una cualidad?

KRISHNAMURTI: El señor quiere saber si el tiempo es una cantidad o una cualidad. Alguien sugirió ayer que debía someterse a un impuesto a los interlocutores. *(Risas.)* Y la respuesta a tal indicación fue:

¡Usted es un fascista! (*Risas.*) No es que nosotros estemos exigiendo impuestos, no es que haya aquí un Mussolini o un Hitler, pero creo que fue una idea divertida.

Muy bien. ¡Ya lo entiendo! ¿Lo han entendido ustedes? Cualquier movimiento, en cualquier dirección, implica un centro y un objeto hacia el cual se mueve. Voy de aquí al chalet, a las habitaciones en que vivo. Hay un movimiento de aquí allá. Eso implica tiempo, no sólo tiempo fisiológico, sino también el tiempo que dice: "Tengo hambre; quiero ir allá.» De modo que cualquier movimiento, en cualquier dirección, del centro a la periferia, es del tiempo. La esencia del tiempo es pues el no-movimiento. ¿Qué dicen ustedes? Es muy interesante. Por favor, escuchen.

Sólo conozco el tiempo como movimiento, como pensamiento, como el movimiento de una idea en acción. No conozco ningún otro tiempo. Conozco el tiempo como el pasado, con todos los recuerdos, conocimiento y experiencia, a través del presente, del "ahora", que llamamos acción, que crea el mañana. El tiempo *es*, pues, eso. Es este movimiento incesante desde el pasado al futuro, desde el centro a un objeto particular, desde el objeto al centro, como reacción. Lo único que conocemos es sólo un movimiento dentro del campo del tiempo. Y si *no hay* movimiento en absoluto, ¿es eso tiempo? La esencia del tiempo es la cesación de todo movimiento y por lo tanto, el no-tiempo. La esencia del tiempo es no-tiempo. Creo que esto se mantendrá cierto a través de todo. Y la señora quiere decir que el "ahora" es ese no-tiempo en el cual no hay movimiento.

Así, pues, este movimiento que está construído, que ha sido engendrado a través del tiempo, que es la *tota-*

lidad de mí, no sólo lo físico, sino lo consciente y lo inconsciente, toda la estructura del "yo", es movimiento en el campo del tiempo. ¿Cómo va a terminar ese movimiento —no en sueño, no en ilusión, ni en una fórmula ideológica— sin ninguna clase de esfuerzo de la mente?

Si quieren ustedes, tómenlo al revés. Cada uno de nosotros, cada ser humano, es el resultado del tiempo: dos millones de años, poco más o menos, y tiene tras de sí mucha historia; no sólo la historia de los hechos, sino la ficticia, la comunal, la historia de sus padres, sus madres, sus tradiciones, todo lo que él es. Esta historia tiene una vida propia, una vida enorme, lo inconsciente, el pasado. La mente consciente tiene también sus propias actividades: ir a la oficina todos los días, seguir cierta rutina, cierta norma. Hay, pues, un hiato, una división entre esa parte inmensa, inexplorada y el vivir casual de la vida diaria consciente. Esto es lo que está pasando en cada uno de nosotros. Cada uno tiene un movimiento propio; cada uno tiene su propia vida, impulso, propósito, temor, ansiedad y desesperanza. ¿Puede eliminarse esta división, de modo que sólo haya un movimiento, y no movimientos contradictorios? Esto significa una conciencia total del pasado y del presente, no un pasado fragmentario y un fragmentario presente.

La mente se da cuenta, percibe o escucha la historia del pasado, que tiene una vida propia, en movimiento, viviente. La mente se da cuenta también de la vida diaria. Las dos no están divididas por completo; tienen cierta relación mas bien tenue. Tiene uno que darse cuenta total de estos dos procesos, el consciente y el inconsciente. ¿Es posible percibir toda esta estructura sin introducir el tiempo?

¿Están ustedes interesados en esto de que estamos hablando?

Público: Sí.

KRISHNAMURTI: ¿Por qué? Estamos interesados porque ésa es la única vida que tenemos. Toda otra vida es simplemente especulación, un campo en el cual los teólogos pueden pasarlo atronadoramente bien. Mas ésta es la única vida que uno tiene; y en esta vida hay mucha desdicha, confusión, ansiedad, mala salud, enfermedad, muerte, querer estar bien: todo eso está ocurriendo en cada uno de nosotros. La mente está atormentada y naturalmente, quiere encontrar una salida a todo ello. Pero hallar una salida puede ser un escape y tiene uno que tener sumo cuidado para no escapar. Tiene uno que descubrir lo que significa la evasión. Yo puedo decir que no quiero escapar, pero puedo estar escapando todo el tiempo. La mente tiene, pues, que descubrir cómo escapa.

Ve uno que la primera evasión es verbalizar, y eso es lo que estamos haciendo *todo* el tiempo. Nos damos cuenta de este movimiento de la conciencia total y la evasión viene cuando decimos "Me gusta", "No me gusta", o "Eso son celos", "Esto es cólera", "Esto es codicia", "Este es el observador", "Esto es condena", "Esto es justificación". Cada movimiento que se aleja del hecho real: un movimiento verbal, un movimiento de condenación, justificación o interpretación, es un escape.

Así pues, el escape es la degeneración de la energía que hace falta para encararse con el hecho. Toda evasión deliberada es evitar el hecho, tanto si escapo deliberadamente por la diversión, por el sexo, por la be-

bida, la marihuana o esto o aquello. Veo que el escape disipa la energía y necesito energía completa para encarar el hecho. Para comprender el hecho es preciso que no haya evasión; por lo tanto, *no* escapo. *No* hay escape. No se trata de cómo voy a detener la evasión. Comprendo que cualquier forma de escape: condena, verbalización, justificación, el decir: "No me gusta", "Me gusta", "Es placer", "Es dolor", "Quiero escapar", cualquier forma de evasión es disipación de la energía.

La mente comprende la disipación de la energía a través del escape, y por ello éste *no* existe. Usted no condena; no justifica. Lo que le interesa es el hecho de *lo que es*. No hay interpretación, no se trata de decir: "Pero si a mí no me gusta"; porque la condena, la justificación y la interpretación se basan en el placer, en la idea de que le dará a usted dolor y no placer. Ver todo eso es un enfocamiento natural de toda la energía para observar sólo el hecho. El hecho es *lo que es*.

Para observar el hecho, *lo que es*, ¿existe distancia entre el observador y la cosa que *es?* Escapo por la adoración, por la lectura o alguna otra cosa, y porque usted me ha hablado, de repente comprendo cuán absurdo es todo ello, mi energía está centrada, enfocada. Yo me pregunto si existe otra forma de disipación de la energía. Descubro que sí la hay, una disipación mucho mayor que la mera evasión hacia alguna cosa infantil, como la fama o el éxito. La mente descubre que entre *lo que es* y el observador hay un espacio, existe una distancia. Esa distancia es una disipación, porque implica tiempo. Mas cuando existe una cesación total, de modo natural, voluntario, fácil, sin negar, no existe el espacio, sino sólo el hecho, no el observador mirando a éste. Si hay un observador mirando *lo que es*, enton-

ces hay una distancia. Esa distancia es un desperdicio de energía, porque implica tiempo.

La mente descubre cuán extraordinariamente sutiles son estas formas de evasión, y al descubrirlo, la mente misma se ha vuelto extraordinariamente sutil y sensible. Tiene que haber una extrema sensibilidad y sutileza para observar el hecho.

Ahora sigamos un poco más allá. Entonces el hecho deja de ser importante. Lo importante es la mente que está mirando *lo que es*, no el hecho. Mire ese árbol. ¿Qué es lo importante? La mente que mira al árbol es lo importante. El árbol tiene su propia importancia; pero cuando está usted mirando el árbol, cuando no hay movimiento de ninguna clase y por lo tanto, hay completa energía, la más alta forma de sensibilidad, sumamente veloz en su movimiento, entonces verá usted que los hechos tienen muy poco significado.

Supongamos que estoy encolerizado. Muy bien. Ha terminado y no me aferro a ello. Esa es su terminación. No es que yo tenga que acabar con la cólera. Eso es demasiado tonto. Mas, al comprender todo este proceso, la mente se ha vuelto extraordinariamente viva, sensible, sutil, no parcialmente sensible, fragmentariamente, como un artista, un poeta, un escritor o lo que sea, sino sensible de manera total. Y una mente que es totalmente sensible no tiene movimiento alguno. Tal mente no tiene tiempo; es la esencia del tiempo, pero no tiene tiempo.

Ese es el ahora. Eso significa vivir en *completo* vacío, un vacío que es enormemente activo; porque la mente no se ha echado simplemente a dormir y se ha vaciado como una copa vacía; la mente está vacía porque no tiene movimiento. Y desde ahí *eso* funciona. Entonces surge la cuestión de si es posible vivir una vida

diaria en ese estado, yendo a la oficina con todos los detalles de los negocios. Ese estado es el ahora; eso es la esencia misma del tiempo, que es el no-tiempo. ¿Es posible vivir una vida diaria con eso en la mente? Eso, me temo que tengan que descubrirlo ustedes por sí mismos.

Interlocutor: Cuando en uno hay zozobra, ¿su causa es siempre la lástima de sí mismo?

KRISHNAMURTI: Yo me pregunto, señora, si ha escuchado usted lo que se ha estado diciendo. Y no es que estemos eludiendo su pregunta, pero usted se ha quedado con su problema y no ha escuchado las cosas que se acaban de decir. Si está usted siguiendo lo que se está diciendo, el malestar no existe, porque usted *le hace frente* y no lo traduce como placer que engendra pena y zozobra. Por eso debe uno comprender esta cuestión del placer, cosa no fácil; porque nuestra imagen de uno mismo, nuestra actitud y labor, se basan todas en esta demanda de placer, no en una demanda de hacer frente a los hechos como hechos.

¿Es, pues, posible vivir una vida distinta de nuestra vida diaria, fastidiosa, agotadora, que al parecer no tiene sentido alguno? ¿Es posible vivir una vida que no se base en el placer? También tiene usted que descubrir eso. Ello abre todo el campo de lo que es el amor, porque sin ese *estado*, ese ser, el placer continuará y la mente se convierte en un criadero de dolor. Uno tiene mucha labor que realizar, no sólo dentro de esta tienda, sino que hay un enorme trabajo que hacer todo el tiempo; eso necesita gran energía y, por consiguiente, nada de evasión.

7 de agosto de 1965.

V

KRISHNAMURTI: ¿De qué hablaremos esta mañana?

Interlocutor: Señor, yo me pregunto si valdría la pena considerar lo que es la discusión. ¿Cuál es la base de la discusión? No sé si es posible discutir con tanta gente, pero algunos de nosotros discutimos cuando no está usted a mano, en pequeños grupos, y podría ser importante hablar sobre lo que es la discusión. En relación con esto, tengo una pregunta: ¿Cómo puede aprender una persona que no sea tan brillante como otra? He visto que en un grupo de discusión en que el orador es muy brillante, él expresa lo que aprende tan rápidamente que yo no puedo seguirlo.

Interlocutor: Yo me pregunto si usted podría hablar más sobre meditación en la actividad diaria.

Interlocutor: Señor, como ayer se siguió la pista a la esencia del tiempo, ¿sería posible seguirla a la esencia de morir para cada momento?

KRISHNAMURTI: Un interlocutor ha preguntado lo que entendemos por discusión. Cuando discute con diversos grupos, halla que algunas personas son brillantes y las demás no; y de tal discusión, debido a la brillantez de los pocos, apenas se aprende nada, y así dice: "¿Qué es la discusión, la intención de la discusión, y qué es el aprender?"

Luego, alguien ha pedido que se penetre en la cuestión de la meditación en la vida diaria, no como una abstracción, no algo que uno hace de modo ocasional, sino si es posible estar en un estado de meditación durante todo el día con naturalidad y facilidad.

La otra pregunta es: como ayer hemos seguido la pista a todo el movimiento de la vida, ¿podríamos esta mañana entrar en detalle en la cuestión de morir para todas las cosas, morir a fin de vivir cada día en forma fresca y nueva?

Interlocutor: ¿Cómo puede uno tratar los impulsos inconscientes, traumáticos, compulsivos?

Interlocutor: ¿Qué quiere usted decir con "la esencia" de cualquier cosa, la esencia del tiempo, la del amor, etc.?

Interlocutor: Cuando se da uno cuenta del conflicto, puede suceder una de tres cosas: desaparecer, continuar o aumentar.

Interlocutor: Una dificultad consiste en tener motivos. ¿Haría usted el favor de hablar sobre los motivos?

KRISHNAMURTI: Bueno, hay bastantes preguntas. Vamos a ver si podemos incluirlas todas en una sola.

Ante todo, ¿qué significan estas pláticas? ¿Por qué vienen ustedes y vengo yo aquí todas las mañanas a hablar de cosas? O tratan ustedes al que habla como su autoridad, de la cual van a aprender, lo cual no es en absoluto la intención del que habla en ningún momento, en ningún nivel; o nos congregamos para hablar amistosamente de las cosas, exponiéndonos nosotros interiormente ante nosotros mismos, porque esto

ofrece una oportunidad para destapar y descubrir y para seguir adelante. Esa es la intención cuando vengo a hablar aquí. Y no es que el que habla establezca una ley, un dogma, una autoridad, una creencia, un camino; sino que, más bien, al hablar juntos, nos escuchamos a nosotros mismos en vez de a algún otro. Al así escucharnos, descubrimos infinitas cosas, una gran profundidad en todas nuestras palabras y sentidos. Por lo menos, ésa es la intención de estas discusiones aquí durante los 4 ó 5 días últimos, y también durante las pláticas que tuvimos las diez veces anteriores.

Si tratamos estas discusiones simplemente como un combate intelectual, verbal, de opiniones, entonces me temo que sean de muy escaso valor. Lo que nos interesa, al ver la desdicha dentro de nosotros y en el mundo, la confusión, la incesante batalla entre hombre y hombre, es si existe una manera completamente distinta de vivir, no simplemente en ciertas áreas económicas y sociales. ¿Puede uno vivir una vida del todo distinta en todas las áreas? Por eso es por lo que tenemos todas estas reuniones. Aprender es escuchar, no sólo al que habla, sino ese río. Escúchenlo mientras hablamos; escuchen al muchacho que grita; escuchen sus propios pensamientos, sus sentimientos, hasta familiarizarse por completo con ellos. Familiarizarse es comprender; y para comprender, tiene que haber interés por escuchar no sólo las opiniones *de ustedes,* porque saben ustedes muy bien lo que ellas son. Sus opiniones son sus prejuicios, sus placeres, las condiciones bajo las cuales han sido ustedes criados. Tiene uno también que escuchar todos los impactos, si puede, de las influencias y reacciones exteriores; y por este escuchar, ver, viene un aprender. Esa es la intención de estas discusiones y pláticas.

La siguiente pregunta era sobre si es posible meditar durante todo el día sin reducir la meditación a una cuestión raquítica de una hora o dos, o de diez minutos, sino sostenerla durante todo el día y mediante esta meditación, comprender la naturaleza del morir y lo que significa vivir de nuevo.

También se hizo la pregunta de si es posible poner término a todos los traumas, impulsos y compulsiones, inconscientes o conscientes. Nos limitaremos esta mañana a estas preguntas. Si empezamos a discutir, a hablar de las cosas en torno a la meditación, entonces tal vez incluiremos la cuestión sobre la manera de morir para todo, de modo que la mente se renueve y podamos también comprender los impulsos compulsivos que tenemos los seres humanos.

La palabra "meditación" tiene que ser usada con el mayor cuidado, con mucha cautela, porque en el mundo occidental —y es una gran lástima que el mundo esté dividido entre Occidente y Oriente—, en esta parte del mundo, la meditación tiene muy poco sentido. Aquí se conoce la palabra "contemplación". Yo creo que contemplación y meditación son dos cosas distintas. En Oriente, meditación es algo que uno practica día tras día, con arreglo a cierto método, cierta norma establecida por alguna autoridad, antigua o moderna; y en eso, en seguir la norma, uno aprende a conquistar o dominar el pensamiento y trascenderlo. Este es el sentido implicado en general en esa palabra. Occidente no conoce bien la palabra. Por el momento, vamos, pues, a olvidar lo que entienden en Oriente con tal palabra. Dejemos a un lado tanto el Oriente como el Occidente, y tratemos de descubrir, no *cómo* meditar, sino la cualidad de una mente que está despierta, que se da cuenta, que es intensa, que no tiene trauma, ni represión, ni

indulgencia, que no está controlándose a sí misma todo el tiempo o en cualquier momento, que es libre y, por lo tanto, nunca vive a la sombra del ayer. Esto es lo que vamos a considerar.

Tenemos que empezar a comprender esto desde el principio mismo, porque el primer paso importa mucho más que el último. La libertad no está al final, sino al principio, y ésta es una de las cosas más difíciles de comprender. Sin libertad no hay movimiento, excepto dentro de un área en extremo restringida, y esa restricción se basa en la imagen o idea del placer organizado.

No establezco la ley ni les estoy diciendo lo que tienen que hacer o no hacer, o que tengan que asentir o disentir, pero tenemos que ver la idea, el principio, la imagen partiendo de la cual empieza todo pensar y de la que vienen todas nuestras reacciones. Sin comprender eso, no es posible estar libre para ir mucho más allá de las limitaciones de la mente o de las limitaciones de la sociedad o cultura en que nos hayamos criado, de modo que si se me permite indicarlo, mientras escuchamos, cada uno de ustedes tiene una doble tarea: no sólo escuchar al orador, sino también escucharse a sí mismo, que *es* el que habla.

Todos queremos más amplias y profundas experiencias, más intensas, más vivas, no repetitivas; y así las buscamos por medio de las drogas, por la meditación o las visiones, o por medio de volvernos mucho más sensibles. Las drogas le ayudan a uno de momento a volverse extraordinariamente sensible; todo el organismo se eleva; los nervios y todo el ser se liberan de la mezquindad de la existencia diaria, y eso produce una gran intensidad. En ese estado de intensidad hay ciertas experiencias en las que no existen el experimentador ni la experiencia, sólo existe la cosa. Sólo hay la

flor, si está usted observando esa flor, y no el observador que la observa. Estas drogas, en diversas formas, dan al cuerpo, a todo el organismo, y así al cerebro, intensidad, una extraordinaria sensibilidad. En ese estado, si usted es poeta, si es artista, si es esto o aquello, tiene una experiencia con arreglo a su temperamento.

Por favor, yo no he tomado ninguna droga, porque para mí es completamente dañosa cualquier forma de estimulante: *cualquier* forma, escuchar al que habla y ser por ello estimulado, o la bebida, o el sexo o una droga o ir a *misa* y ponerse en cierto estado de tensión emotiva; pues *cualquier* estimulante, de *cualquier* naturaleza, por muy sutil que sea, embota la mente, porque ésta depende de ese estimulante. El estimulante establece cierto hábito y vuelve obtusa la mente.

La mayoría de nosotros no usamos drogas, pero queremos experiencias cada vez más amplias y profundas; por eso meditamos. Esperamos, por la meditación, por el control del pensamiento, por aprender, por entrar en algún estado peculiar emotivo, psicológico, místico, por tener visiones, experiencias, llegar a un estado extraordinario. Si está usted usando la meditación como medio *para* algo, entonces la meditación se convierte en otra droga, crea un hábito, y por eso destruye la sutileza, la sensibilidad, la cualidad de la mente libre.

La mayor parte de nosotros queremos sistemas que seguir, y hay muchos sistemas en Asia que han sido transportados, no sé por qué, a Occidente. Todo el mundo está aprisionado en esos sistemas; hay *mantras* y todo lo demás. La constante repetición de palabras en latín, sánscrito o cualquier otro idioma vuelve la mente silenciosa, pero también embotada y estúpida. Una pequeña mente mezquina que repita la oración de un cristiano sigue siendo una pequeña mente mezquina.

Puede repetirla diez millones de veces al día; pero seguirá siendo una mente estrecha, superficial, mezquina, torpe.

La meditación es una cosa del todo distinta. Para comprenderla, tenemos que dejar a un lado las drogas y rechazar todos los métodos, incluso la repetición de palabras para llegar a algún peculiar estado de silencio que es en realidad estancamiento. Tenemos que desechar toda forma de deseo de más experiencia. Esto es muy difícil, porque los más de nosotros estamos tan saturados de la fealdad, la brutalidad, la violencia y la desesperación de la vida, que queremos alguna cosa *más*. Anhelamos nuevas experiencias: exteriores, tales como la de ir a *misa*, o interiores y más profundas. Mas tiene uno que desechar todas estas cosas; sólo entonces hay libertad y es de gran importancia el modo de rechazarlas. Yo puedo desechar el querer esto o aquello porque es demasiado tonto; pero en lo interior puedo querer aún experiencias. Puedo no querer ver a Cristo o a Buda o esta o aquella persona —esto es evidentemente estúpido, porque es una proyección del propio trasfondo. Puedo rechazar eso de modo racional, lógico, pero en lo interior quiero mi *propia* experiencia que no esté contaminada por el pasado. Mas *todas* las experiencias, *todas* las visiones *están* contaminadas por lo pasado.

Tengo que comprender la hondura, la altura, la significación, la cualidad del pasado; y al comprender, estoy muriendo para él. La mente está muriendo para él, la mente *es* el pasado; toda la estructura del cerebro, con todas sus asociaciones, *es* el resultado del pasado. Está construida por el tiempo, dos millones de años de tiempo; y no puede usted desecharla con un simple gesto. Tiene usted que comprenderlo a medida que

surge cada reacción. Como la mayoría aún tenemos mucho del animal en nosotros, tenemos que comprender todo eso; y, para comprenderlo, tiene uno que darse cuenta de ello. Darse cuenta es observarlo, escucharlo, no condenarlo ni justificarlo.

Dándose cuenta en lo exterior y en lo interior, dándose cuenta y cabalgando sobre esa percepción del movimiento exterior como una marea que sale y otra que entra, cabalgando sobre eso, la mente empieza entonces a descubrir sus propias reacciones, respuestas, demandas, compulsiones; y para comprender estas demandas, impulsos, reacciones, no debe usted condenar; si lo hace, entonces no comprende. Es como condenar a un niño, porque este sea el más fácil modo de tratarlo. Condenamos y creemos que comprendemos, pero no es así.

Tenemos que descubrir por qué condenamos. ¿Por qué condena usted? ¿Por qué racionaliza? ¿Por qué justifica? La condena, la justificación, la racionalización son formas de escapar del hecho. El hecho está ahí: *lo que es*. Ahí está. ¿Por qué he de racionalizarlo? ¿Por qué he de condenarlo? ¿Por qué voy a justificarlo? Cuando hago eso, estoy derrochando energía. Por lo tanto, para comprender el hecho tiene usted que vivir con él *por completo*, sin ninguna distancia entre la mente y el hecho, porque éste *es* la mente.

Usted ha rechazado las drogas y el apremio por experiencia porque comprende que cuando quiere escapar de este feo y monstruoso mundo hacia algo extraordinario invita usted experiencias, y ellas también llegan a ser evasiones del hecho. Como la mente y el cerebro son resultado del pasado, tiene uno que comprender el pasado consciente así como el inconsciente. Puede uno comprenderlo inmediatamente sin invertir tiempo,

meses, años, sin ir al analista ni analizarse a sí mismo; puede uno comprenderlo todo de manera inmediata, de una ojeada, si sabe *cómo* mirar. Vamos, pues, a descubrir cómo mirar. No puede uno mirar si hay algún sentido de condena, de justificación de lo que uno ve. Eso tiene que quedar claro por completo. Para comprender a un niño, no puede usted condenarlo, tiene que observarlo, observarlo mientras juega, llora, ríe, duerme. Lo más importante no es el niño, sino cómo lo *observa* usted.

Ahora vamos a considerar, no *cómo* mirar, no el método. Tratamos de comprender si es posible, de una mirada —no con la visión de usted, no sólo con sus ojos, sino una mirada interna— comprender toda la estructura y quedar libre de ella. Eso es lo que entendemos por meditación. Ninguna otra cosa.

La mente ha llegado a este punto porque ha rechazado las drogas, las experiencias, la autoridad, el seguimiento, la repetición de palabras, el control, el forzarse uno mismo en una dirección. Lo ha mirado, lo ha estudiado, ha penetrado en ello, lo ha observado; no ha dicho si está bien o mal. ¿Qué ha pasado? La mente ahora se ha vuelto alerta y sensible de modo *natural*, no por drogas ni por ninguna forma de estimulante. Se ha vuelto extraordinariamente sensible.

Penetremos en esa palabra: "sensible". ¿Quieren ustedes hacer preguntas? ¿Están ustedes escuchando al que habla o a ustedes mismos, mientras se dicen las cosas?

Interlocutor: Mientras usted habla no puedo verme a mí mismo.

KRISHNAMURTI: *¿Cuándo* se ve usted? ¿Se ve usted alguna vez como es, no aquí, sino cuando sale de

la tienda? ¿Ve usted alguna vez las poses, las actitudes, ademanes, las pretensiones, las vanidades, el querer hacer impresión, lo que usted es?

Ahora tratamos de ver lo que entendemos por sensibilidad. Esto es de gran importancia: sensibilidad del cuerpo, el organismo; sensibilidad del cerebro; sensibilidad total. La esencia de la sensibilidad es ser vulnerable. En lo órganico, en lo físico, cuando está uno en buena salud, es vulnerable, y uno puede rechazar cualquier enfermedad que se acerque. Mas si uno es débil, si está enfermo, *no* es vulnerable. De modo que la vulnerabilidad implica gran salud, en lo físico, en lo orgánico. Puede usted estar enfermo, pero tiene vitalidad.

Ser vulnerable en lo interior quiere decir no tener ninguna resistencia, no tener ninguna imagen, ninguna fórmula; no decir "Esta es la línea que trazo", y reaccionar desde esa línea. Eso es simplemente una resistencia. Una mente así, un estado interno así de defensa, resistencia, aceptación, obediencia, seguir autoridad, vuelve insensible la mente. El miedo de cualquier clase —una de las cosas que es más difícil librarse— vuelve la mente invulnerable, la hace obtusa e insensible.

No hay sensibilidad cuando está usted buscando fama, cuando es dogmático, cuando es violento, cuando está en una posición de autoridad y abusa de esa autoridad siendo ofensivo, vulgar, opresor. Es evidente que todo eso hace que la mente, todo el ser, se vuelva insensible. Sólo una mente que sea vulnerable será capaz de afecto, de amor, no la que sea celosa, posesiva, dominante. Ahora comprendemos, sin entrar en gran detalle, poco más o menos lo que significa sensibilidad. Otra cosa es *estar* en ese estado, no intelectualmente asentir o decir: "¿Cómo voy a llegar a ese estado en que sea del todo vulnerable y por lo tanto, del todo sensible?"

No puede usted llegar a ello por ninguna treta; llegará usted a ello de modo natural, suave, fácil, sin esfuerzo, si comprende todo lo que hemos dicho antes sobre las drogas, la experiencia, la ambición, la codicia, la envidia.

Sólo hay sensibilidad cuando hay libertad. Libertad implica *libertad* per se, no estar libre *de* algo. Habiendo comprendido el pasado, consideramos ahora cómo, con una mirada, queda uno libre de toda esa estructura. Para mirar, para observar, para darse cuenta de toda la estructura de modo instantáneo, tiene que haber sensibilidad. Esa sensibilidad se niega si hay cualquier forma de imagen sobre uno mismo o sobre lo que uno debería ser, estando basada esa imagen en el placer. La mente que está buscando placer, en cualquier forma que sea, está invitando al dolor.

La mente que sea sensible —en el sentido en que usamos la palabra, no sólo en lo neurológico y biológico, sino vulnerable en lo interno, de modo total, sin ninguna resistencia— tiene extraordinaria fuerza, vitalidad y energía, porque no está combatiendo con la vida, no la acepta ni la rechaza. Cuando uno comprende todo este fenómeno, cuando uno ha pasado por todo ello, entonces una mirada basta para destruir toda la estructura. Todo este proceso es meditación.

Al comprender la meditación, tiene uno que comprender el control y la identificación. Control del pensamiento implica la resistencia a toda otra forma de pensar. Quiero pensar sobre una cosa, pero el pensamiento se escapa, como una hoja que revolotea sin dirección. Me concentro, ejerzo control, realizo un enorme esfuerzo para rechazar todo pensamiento, excepto ese pensamiento único. Ese único se basa en un placer último. La concentración implica exclusión, estrechez,

enfocarse en una sola cosa y mantener todo lo demás en la oscuridad. Mas cuando uno comprende lo que es estar atento, con el cuerpo, los nervios, los ojos, los oídos, el cerebro, el entero ser total; escuchar el ruido irritante de ese avión, cuando uno quiere escuchar al que habla; estar atento al color, al pensamiento, a la palabra de uno mismo, entonces, en esa atención, hay una concentración que no excluye. Puedo atender, puedo mirar, puedo trabajar en algo sin exclusión.

Tiene uno también que comprender la identificación. Un niño está absorto en un juguete. Este es más fascinador que cualquier otra cosa y el niño se ha perdido por completo en esa fascinación; se queda tranquilo, no es travieso, no hace maldades, no rompe cosas, ni anda correteando por ahí. El juguete ha llegado a ser la cosa que le capta la mente, el cuerpo, todo. Lo tiene absorto. Y nosotros también, como el niño, queremos estar absorbidos por una idea, por nuestras imágenes o por las imágenes que se han dado al hombre, tales como Buda, Jesucristo. Donde la mente esta absorta por una bebida o por una imagen hecha por la mano o por la mente, no hay sensibilidad, ni por lo tanto, amor. La mente que sea libre es en realidad una mente vacía.

Sólo conocemos el vacío como espacio con un objeto en él. Sólo conocemos este vacío en la tienda, porque existe la construcción exterior de ésta y a eso lo llamamos vacío. No conocemos el espacio —no entre la Tierra y Marte, no estamos hablando de eso—, el espacio sin un objeto, y por eso no sabemos lo que es el vacío. Una mente que no esté del todo vacía, sin un objeto, nunca es libre. Puede uno comprender intelectualmente que todo deseo, toda relación, toda acción, se realiza dentro del espacio creado por el objeto o por

el centro o por la imagen. En ese espacio nunca hay libertad. Es como una cabra atada a un poste, que puede vagar sólo dentro de la longitud de su cuerda. Para comprender la naturaleza de la libertad, tiene uno que comprender la naturaleza del vacío y el espacio, y también todo eso es meditación. Sólo está la mente en quietud completa cuando está del todo vacía y no hay centro que cree espacio, y, por consiguiente, hay espacio. La mente entonces está extraordinariamente callada; y sólo en el silencio, que únicamente puede realizarse en el vacío que es espacio sin objeto, es cuando viene a la existencia toda energía —*toda* energía— sin movimiento.

Cuando la energía ya no se disipa y se produce sin ningún movimiento, tiene que haber acción. Una caldera que esté hirviendo, si no tiene escape, ha de estallar. Sólo cuando la mente está en completa calma, no la calma del estancamiento, sino de enorme vitalidad y energía, es que ocurre un acontecimiento, una explosión que *es creación*. Escribir un libro, un poema, llegar a ser famoso, no es creación. El mundo está lleno de libros. Creo que se producen cada semana 4.000 libros o más. La auto-expresión no es creación en manera alguna, y una mente que no se halle en estado de creación es una mente muerta. Tiene uno que empezar, si quiere comprender la meditación, desde el principio mismo; y el principio es el conocimiento propio. Conocerse a sí mismo es el principio de la sabiduría, y la terminación del dolor es el principio de una nueva vida.

Interlocutor: ¿Cómo puede usted mirar un árbol sin que haya distancia entre el árbol y usted?

KRISHNAMURTI: ¿Cómo mira usted un árbol?

¿Cómo lo mira usted? ¿Es que mira usted siquiera *alguna* cosa? ¿Mira usted a su vecino, a su esposa, a sus hijos? ¿Mira usted su tarea? ¿*Mira* usted? ¿O mira a través de sus prejuicios, de su ambición de realizar, de llegar a ser famoso? ¿Mira usted la vida como cristiano, como católico, como protestante, como comunista? ¿Cómo *mira* usted? ¿Mira usted con conocimiento, que es su pasado, o mira usted abiertamente? Simplemente mirar, señor, es al parecer una de las cosas más difíciles de hacer; mirar un árbol y no tener distancia entre usted y ese árbol.

Mire ese árbol, *hágalo*, por favor, mientras hablamos. ¿Mira usted con resistencia, con una línea que ha trazado en torno a usted mismo y más allá de la cual no quiere ir, desde una plataforma que se ha creado para sí mismo por su creencia, temor, dogma, codicia? Cuando en efecto mira usted así, hay distancia entre usted y el árbol; por lo tanto no está usted mirando, no observa, no escucha. Pero cuando no hay línea, no hay muralla en torno a usted, de la cual pueda ser consciente o inconciente, cuando no hay línea, muralla, imagen o centro desde el cual esté usted mirando, ¿hay distancia entonces entre usted y el árbol? Descúbralo. Cuando no hay distancia, usted no es el árbol; o no es usted mismo; por lo tanto, la distancia significa otra cosa muy distinta.

Mire, señor. Si uno está casado, con familia y empleo, como los más de nosotros, ha levantado alrededor de sí murallas de aislamiento consciente o inconsciente; ha acopiado conocimiento en forma de experiencia. Yo sé más y usted sabe menos, yo soy el hombre grande y usted es el pequeño. Construímos en torno nuestro enormes estructuras y a través de ellas miramos la vida; ya sea la estructura, el conocimiento o la

auto-importancia o un oficio, una técnica que usted ha aprendido como escritor, poeta, científico o abogado, a través de eso usted mira. Por lo tanto, la distancia entre usted y el árbol y su familia y su prójimo es una distancia muy distinta de aquella en que no hay centro, línea ni fortificación.

Interlocutor: ¿En qué sentido usa usted esa palabra: "distancia"?

KRISHNAMURTI: Hay distancia cuando hay un centro de condena, de justificación, el censor; aparte del hecho, de *lo que es.* Mas, cuando no hay centro en forma de censor, ¿hay distancia entre el hecho y uno mismo? ¿Hay distancia?

Mire. Estoy encolerizado. La cólera es una reacción, y sé que estoy encolerizado. Es algo que está fuera de mí. No digo: «Soy la cólera", sino «Estoy colérico». Cuando digo: "Soy cólera" no hay distancia. Eso es *lo que es.* Pero cuando digo "Estoy encolerizado", hay una distancia; y entonces trato de cubrir esta distancia, esforzándome en hacer algo sobre ello. Mas cuando comprendo que soy la cólera, no hay espacio para hacer nada, sino sólo el hecho. Entonces *lo que es* se vuelve de inmensa importancia, no la forma de librarse de ello. Por lo tanto, *lo que es* se transforma *por completo* cuando no hay distancia creada por el censor.

Interlocutor: ¿Cuál es el valor de un ser humano que está liberado?

KRISHNAMURTI: ¿Qué significación tiene semejante ser humano? ¿Cuál es el valor para la sociedad, para la familia, para la cultura? ¿Qué importancia tiene como ser humano? ¡Ninguna en absoluto! Queremos

transformar la sociedad, queremos cambiarla; decimos que tenemos que ayudarnos unos a otros. ¿Cuál es pues la función de un hombre libre? ¿Cuál es su relación? ¿Qué puede hacer? ¿Por qué hacemos esa pregunta? ¿Por qué surge siquiera esa pregunta?

Interlocutor: Sólo vemos la muerte de nosotros mismos y por lo tanto, no vemos más allá de eso.

KRISHNAMURTI: No es así exactamente, señor. La pregunta era: "Usted está liberado. Usted está libre. Usted es sensible, vivo, está plenamente en el estado de meditación; ¿cuál es el valor, para mí, de su estado? Estoy sufriendo, tengo ansiedad ¿cuál es la utilidad de usted para mí en mi brega humana? ¿Por qué *hago* esa pregunta? Usted está ahí, como una flor, como un sol, como algún extraordinario sentido de belleza. Usted está ahí. ¿Por qué digo: "Bueno, ¿qué hará usted para ayudarme; cuál es su utilidad?" Lo digo porque quiero lograr algo de eso. Extiendo una mano, un cuenco de mendicante, para que usted lo llene. Eso es lo único que es nuestra relación. Mas si yo comprendo que no es posible que usted me ayude, si comprendo que el principio y el fin de la pena es la comprensión de mí mismo —no a través de usted, no a través de *nadie*, ni de *ninguna* filosofía o *ningún* sistema— entonces estoy encantado de que usted haya llegado a algo. Nuestra relación es *del todo* distinta.

8 de agosto de 1965

VI

KRISHNAMURTI: ¿De qué hablaremos juntos esta mañana?

Interlocutor: ¿Cuál es la esencia de la pena? ¿Por qué anhelamos cada vez más placer?

Interlocutor: ¿No ha entrado usted más bien fácil y rápidamente en la cuestión del tiempo, al decir que la esencia del tiempo es el no-tiempo? Y también, ¿podríamos discutir un poco más la vulnerabilidad?

Interlocutor: Estar sano es ser vulnerable.

KRISHNAMURTI: Sí, estar sano es ser vulnerable, no sólo en lo psicológico, sino en lo físico. Y, ¿cuál es la otra pregunta?

Interlocutor: ¿Por qué no ha pasado usted más tiempo en las escuelas de la India?

KRISHNAMURTI: ¿Por qué he pasado tanto tiempo...?

Interlocutor: ¿Por qué NO ha pasado MAS tiempo?

KRISHNAMURTI: ¡Ah! (*Risas.*) ¿Qué por qué no he pasado un tiempo mucho más largo en las escuelas de la India, a donde voy un mes cada año? ¿Es eso?

Interlocutor: ¿Es posible discutir con más hondura la cuestión de conservar la energía?

Interlocutor: ¿Querría hacer el favor de explicarnos el motivo y dar un ejemplo de una acción que sea sin motivo?

Interlocutor: ¿Qué quiere usted decir cuando habla de una nueva sociedad?

Interlocutor: Vamos solos por la vida y la muerte. ¿Querría hacer el favor de hablar más sobre esa soledad?

KRISHNAMURTI: Bueno, ya hay bastantes preguntas. ¿Cómo las contestamos todas? ¿Qué entendemos por una nueva sociedad, la soledad, la vida y la muerte? ¿Y no ha pasado ligeramente, no ha simplificado usted demasiado el tiempo, al decir "no tiempo"? ¿Por qué no pasa usted un tiempo mucho más largo en aquellas dos escuelas de la India? Y la otra sobre la vulnerabilidad. ¿Cómo vamos a responder a todas esas preguntas?

Interlocutor: ¿Cuál es la diferencia entre ver y no ver?

KRISHNAMURTI: ¡Ah! A veces uno ve, y la mayor parte del tiempo no ve. ¿Cuál es la razón, cuando uno efectivamente ve?

Me pregunto si no podemos responder a todas estas preguntas —yo sólo lo sugiero— considerando la cuestión de lo que entendemos por una nueva sociedad. ¿Podemos explorar esto juntos? Tal vez en esta exploración podamos responder a todas estas preguntas, excepto la de por qué no paso un tiempo mucho más largo (*risas*) en las dos escuelas a las que voy todos los años durante un mes o mucho más. Es por una

razón muy sencilla: porque no tengo tiempo. Como saben, hay dos escuelas en la India, una en el norte y otra en el sur, y me paso un mes aproximadamente en cada lugar. También paso cerca de un mes en cada uno de los tres sitios, Bombay, Delhi y Madras, de modo que unos cuatro meses y medio se pasan en la India, y eso es bastante.

¿Qué entendemos por una nueva sociedad? Entendemos por sociedad las costumbres, los hábitos organizados de una llamada nación civilizada. Ese es el sentido generalmente comprendido, con arreglo al diccionario, que por casualidad miré esta mañana. Eso es lo que dice.

La sociedad en que vivimos se basa en el afán adquisitivo, la codicia, la busca de poder, prestigio, posición. Nos interesa, no sólo la transformación del ser humano, sino también producir un cambio radical en la sociedad, porque el ser humano no puede existir en modo alguno fuera de la sociedad. Forma parte de ella, siendo la sociedad las costumbres y los hábitos organizados de una nación. Se basa psicológicamente en la codicia, la envidia y todo lo demás de lo cual cada uno de nosotros forma parte. ¿Es posible producir un cambio en el ser humano, aparte de la sociedad? ¿O hemos de aguardar a que ésta, que incluye a todos los seres humanos, cambie, y sólo entonces cambiaremos nosotros como individuos? Lo que tenemos que descubrir es si la sociedad, que está organizada con arreglo a cierta norma de comportamiento, conducta, comunicación organizada, etc., permitirá la libertad a un ser humano. Puede ser que ustedes no estén interesados en todo esto, pero me temo que tendremos que pasar por ello.

La sociedad, tal como la conocemos, no considera

necesaria la libertad; porque la sociedad piensa o siente que libertad implica desorden, que si hay completa libertad el ser humano hará lo que quiera. Hay miedo de la empresa libre y del individualismo agresivo, de modo que la sociedad, de manera inherente, trata de impedir que los seres humanos sean libres. ¿Puede existir una sociedad con un grupo de personas que sean libres y, no obstante, formen parte de la misma? Esta cuestión es muy importante, porque la sociedad, tal como es ahora, no es el terreno, el área, en que pueda crecer fácilmente la libertad humana. ¿Tiene, pues, el ser humano que buscar la libertad fuera del área de la sociedad? ¿O puede descubrir lo que es la libertad mientras viva todavía en la sociedad?

Hemos estado hablando de libertad, que no es una reacción, libertad que es esencialmente un estado de mente que ha desechado la codicia, la envidia, la ambición, la autorealización, la agresividad. Negando lo positivo, hay libertad. El otro día discutimos bastante qué es lo positivo, el área del ser humano, de la sociedad, que es positiva. Negando eso, no de modo intelectual, verbal, idealista, teórico, sino negándolo en realidad —es decir, cuando el ser humano se halla en un estado de libertad en que no hay, no surgen la agresividad, la dominación, la busca de poder, la auto-realización— sólo entonces hay libertad. En tal caso ¿cuál es la relación con la sociedad de un ser humano o un grupo de seres humanos que han llegado a esta libertad?

Para comprender eso, tiene uno que explorar esta cuestión de la vida, la muerte y lo fútil de una vida que se encara con una muerte inevitable. Les ruego tengan en cuenta todo lo que hemos dicho antes sobre la sociedad. Nuestra sociedad se basa en la vida y la muerte, vivir y morir; las teorías de la reencarnación y de la

resurrección son simplemente ideas esperanzadas, sugestivas. Si aceptan ustedes la reencarnación —que es nacer una y otra vez hasta que toda la mente y el corazón estén purificados y alcancen el más alto punto de inteligencia y Brahma— entonces tienen que aceptar el hecho de que deben conducirse en esta vida de modo *completo*, sin aplazamiento alguno.

Si acepta usted la reencarnación o cree en ella, en la continuidad, en la próxima vida, entonces es de enorme importancia lo que usted sea ahora, no lo que sea mañana, en la próxima vida, porque la vida próxima se configura por lo que usted sea ahora. La reencarnación, no sólo dice que hay continuidad de la mente humana, sino que implica que debe usted comportarse con una comprensión tan extraordinaria que en la próxima vida haya usted llegado a una enorme altura, sin quedarse atrás. De modo que no es importante la próxima vida, sino lo que usted sea ahora. El consuelo que saca usted de la reencarnación se niega cuando tiene usted que hacer frente a la vida ahora.

Nuestra sociedad se basa en la vida y la muerte, y en la futilidad de una vida que termina en muerte. La vida se vuelve muy superficial, sin sentido, frustrante, desesperante, sin significado, para un ser humano en una sociedad que no da importancia al vivir porque existe la muerte. Por eso decimos: "¿Cuál es el propósito de la vida?" o establecemos un propósito satisfactorio, lo cual no es vivir. Por favor, esto requiere, no asentir ni disentir, sino atención y enorme indagación.

Esta sociedad en que todos vivimos sólo engendra más actividad superficial, tal como la diversión, los entretenimientos, *la misa*, etc.; y la vida se vuelve sin sentido porque existe la muerte. Yo puedo ir a la oficina durante los próximos cuarenta años. ¡Figúrense!

¡Imaginen simplemente a un ser humano que va a una oficina todos los días durante el resto de su vida! No sé si ven ustedes la extraordinaria pena de eso. Un ser humano así, que pasa sus días en una oficina y sus noches en casa, pregunta: "¿Qué significa todo eso?" "¿Por qué he de vivir?" "¿Qué quiere ello decir-" "Escribo un libro, llego a ser famoso durante unos pocos días y muero; y entonces ¿qué?".

Si no hallamos un significado —sin sustituir por un ideal—, si no encontramos un modo distinto de vivir, otra perspectiva diferente, otro sentimiento sobre la vida, un distinto estado interno de la mente, aunque haya muerte, habrá un ciclo total. ¿Lo estoy exponiendo con claridad? Quiero ir paso a paso.

Interlocutor: Ese punto no está claro.

KRISHNAMURTI: Miren, señores. En el pasado han vivido civilizaciones, como Egipto, para morir; y no es que yo sea un egiptólogo; yo no sé, me limito a observar cosas en la vida. Todo vivir es un terminar; por lo tanto ellos se preparaban durante la vida para la muerte. Otras civilizaciones conocieron el nacimiento y la muerte sólo como un movimiento en el total de la vida, la totalidad de la existencia. La mayor parte de las personas modernas pertenecen a la vida, no se preparan para la muerte; no tratan la vida y la muerte como un movimiento en el vivir. Para ellas sólo hay un vivir rutinario, un vivir mecánico, una auto-realización frustada seguida por la inevitable muerte. La vida y el vivir pierden todo significado en sí mismas, porque está ahí la muerte.

Otros pueden no estar interesados en todo esto. Usted y yo estamos aquí, hablamos uno con otro. Por

eso usted y yo *estamos* interesados en hallar un nuevo modo de vivir fuera de la sociedad, no dentro de ella; aunque viviendo dentro del área de lo que llamamos sociedad, sin pertenecer a ésta, sino quedando fuera. Para vivir fuera, tiene uno que estar libre del edificio psicológico de la sociedad, tiene que estar libre de la codicia, la envidia, la ambición, el afán de auto-realización, la busca de placer, etc., etc., que hemos discutido suficientemente.

¿Es posible que usted y yo —como seres humanos capaces de tener enorme energía, capaces de comprender este movimiento de la vida en que hay muerte, pero no muerte como terminación, ni como continuación en la próxima vida—, es posible que nosotros nos desenredemos de la estructura de la sociedad?

Uno de nuestros grandes problemas, al vivr en esta sociedad, es el completo *fastidio* de la vida. Puede uno tener placeres, automóviles, otras muchas cosas, pero este tedio, esta indiferencia, este vivir mecánico, conduce a mayor desdicha, y así tiene uno que comprender, como ser humano, una vida en que hay muerte, pero no una continuidad en forma de "yo" en la próxima vida. Tiene uno que *ver*. Voy a tratar de responder a la pregunta sobre el ver.

¿Vemos esta cosa que el orador ha descrito en palabras, que si somos siquiera inteligentes, si nos damos cuenta, ya conocemos? Esta es la forma en que vivimos en el mundo comunista, en el cristiano o en el asiático. Pero *¿veo* esto como una idea, algo que está aparte de mí, porque usted me lo ha descrito, o lo veo *de modo total*? ¿Qué entiendo por "ver" y cuándo se produce el ver? Sé que veo en fragmentos, mi conducta no es buena hoy, estoy de mal humor, irritado, obstinado, rudo, dominante. Al día siguiente veo alguna otra cosa

y trato de hacer frente a cada fragmento según surge. ¿Cuándo veo, no sólo de modo visual, sino psicológico, interno? ¿Cuándo comprendo en realidad de modo total, no en fragmentos? ¿Cuándo veo la vida de manera total, en la cual hay vivir y morir, y una vida que no es simple terminar, que no se limite a vivir durante sesenta años y luego muera? No comprendo la muerte porque me asusta mucho y por eso no estoy viviendo.

¿Cuándo veo la totalidad, tanto de lo que vive y lo que muere, no sólo como ser humano, sino también en relación con la sociedad, de modo que yo quede libre de ésta en lo psicológico? ¿Cuándo veo todo esto tan *por completo* que no haya muerte ni vivir desdichado ni esforzarme, ni tratar de llegar a un estado sobrehumano o hacer enormes esfuerzos para alcanzar mayores placeres? ¿Cuándo veo todo esto como una cosa total?

¿Aguardan ustedes que yo les dé la respuesta?

Interlocutor: El compañero constante es el observador.

KRISHNAMURTI: Ya hemos tratado de eso. No sé si usted ha estado aquí desde el principio de estas discusiones y las diez pláticas anteriores. Hemos considerado eso; y si no le importa, señor, sería una lástima volver sobre ello. Sí puedo decirlo muy brevemente: cuando hay un pensador, el observador, el experimentador, que es el censor, el compañero, no puede haber observación total. Si no le importa, seguiremos adelante.

Pregunté si están ustedes esperando una respuesta del que habla, que diga la manera de ver totalmente. ¿Les ayudará mi descripción a ver de manera total? ¿O es que existe una acción total en la que no hay ni el fragmento ni el observador ni una idea como observador, sino sólo acción?

No veo la vida como un todo. La veo como algo que es pavoroso, lleno de ansiedad, desesperante, desdichado, en conflicto. No veo la vida como un vivir en el que también *hay* muerte. Pero *ese* morir no es una terminación. No lo traduzcan ustedes en términos de cristianismo, la vida eterna. En el morir está el vivir, porque yo estoy viviendo. No hay miedo de morir, no hay pena *en absoluto;* la mente ha comprendido del todo esta cuestión del dolor que engendra pena. ¿Cómo voy a ver toda esta cosa de modo total, inmediato, yo que estoy acostumbrado a verlo todo en fragmentos: viviendo y muriendo; viviendo en la desdicha, la inmundicia y la pobreza; luchando en lo interior y en lo exterior y luego muriendo? No existe *proceso* de ver de manera total. Es inútil decir "practicaré el constante darme cuenta", "meditaré", "seré", "haré esto", "haré aquello". Mas si comprendo por qué funciona la mente en fragmentos y lo niego, entonces tengo alguna otra cosa.

Hasta ahora, he dividido la vida en oficina, sexo, familia, el prójimo, la vida religiosa, la de las diversiones, los diversos departamentos separados unos de otros, como el profesor, el artista, el hombre de ciencia, el ama de casa, el fraile. ¿Por qué hago esto?

Interlocutor: Nunca he comprendido que pueda haber acción total.

KRISHNAMURTI: No, señora, le ruego que escuche. Yo he hecho la pregunta, no trate de contestarla inmediatamente. Déjela que empape, déjela que hierva un poquito dentro de usted; déjela que esté a punto de hervir, de modo que usted sepa, como sabe, cuándo la olla está a punto de hervir, porque percibe el olor.

Déjela, pues, a fuego lento y que venga con naturalidad. No tenga una idea que usted trate de transmitir.

Yo pregunto por qué es que vivimos en fragmentos, en departamentos: el artista, el escritor, el hombre de ciencia, el de negocio, el hombre religioso, el profesor. ¿Por qué? En realidad, no lo sé. Nunca he pensado sobre esto, nunca he sentido como voy entrando en ello; ahora lo estoy haciendo. Usted también. Lo estamos haciendo juntos. Quiero descubrir por qué vivimos en fragmentos. No estoy interesado en alguna opinión, una idea; tiene que ser la verdad.

Interlocutor: Acaso es que la mente no puede ver la totalidad.

KRISHNAMURTI: Entonces se ha bloqueado usted, ha terminado. Cuando dice: "Es posible que la mente no pueda", se ha parado usted. Yo no sé si la mente puede o no. Si no puede, entonces la vida es una tortura. Si no puede funcionar de modo total, la vida se vuelve fragmentaria, contradictoria, inarmónica, destructiva; con el ejército de un lado y el sacerdote del otro, hablando ambos de paz y preparándose para la guerra y la destrucción. No diga usted, pues, que la mente no puede hacerlo.

Interlocutor: Puede ser así.

Interlocutor: VAYA más allá de LA MENTE.

KRISHNAMURTI: *Por favor,* escuche. No sé cómo ir más allá de la mente. ¡No diga que sólo más allá de la mente hay percepción de lo total! Tengo que empezar desde el principio mismo. ¿Cuándo ve usted algo? No cuando está usted deliberadamente tratando de ver

algo, ¿verdad? Cuando quiere usted comprender a alguien o a usted mismo, mira; pero si esa mirada es deliberada, llena de propósito, de esfuerzo, entonces ha gastado usted su energía en el esfuerzo, en la deliberación, en un propósito. Para mirar, esas cosas deben estar ausentes; su mirada debe ser sin esfuerzo, fácil; no tiene que haber motivo alguno. Estamos tratando de descubrir por qué vive la mente en fragmentos, en departamentos; por qué ha dividido la mente la vida en la muerte y el vivir.

Interlocutor: ¿Por qué separa usted la vida exterior de la interior?

Interlocutor: Vivimos en fragmentos porque tenemos distintas atracciones.

Interlocutor: Damos sustancia al ego vistiéndolo de maneras distintas.

Interlocutor: Si la mente pudiera estar en perfecta quietud, entonces podríamos ver lo total.

KRISHNAMURTI: Pero ¿cómo conseguir que la mente esté en perfecta quietud?

Interlocutor: Rechazando el pensar positivo.

KRISHNAMURTI: Hágalo mucho más sencillo que eso. Dejemos por el momento la cuestión sobre cuándo ve usted alguna cosa de modo total. Vamos a abordarlo de otra manera.

¿Qué es la belleza? ¿Sabe usted lo que es la belleza? Le ruego no responda, no salte a las palabras para decir algo. ¿Se produce la belleza por algún estímulo? Cuando ve usted una bella montaña, un magnífico edifi-

cio, una faz adorable o lee un poema, escucha música o ve una tarde la luz sobre la nieve y dice ¡cuán extraordinariamente bello es esto!, ¿es eso belleza? ¿Depende la belleza del estímulo? No diga que sí ni que no. Porque si no va usted a pasar por eso, no tiene valor. Tiene usted, que sentir la belleza, no asentir con palabras ni disentir; tiene usted que descubrir. Todos ustedes están conformes o disconformes y por lo tanto, no están inquiriendo. Por eso cierro los ojos. Si la belleza depende de un estímulo, entonces la reacción ante ese estímulo depende de las diversas características, los condicionamientos, temperamentos. Ella llega a ser meramente una cuestión del gusto individual, que no tiene nada que ver con la belleza.

¿Existe la belleza sin estímulo? Yo puedo ver el lago, claro, azul o verde, con extraordinaria vida en sí y el reflejo de la montaña en él. ¿Me hace eso sentirme bello? ¿Conozco la belleza por eso o es la belleza independiente, algo que es del todo distinto de cualquier estímulo, tanto si este es un reflejo en el agua como una montaña o un rostro? Puedo leer un poema y ponerme en éxtasis emotivo, estremecerme por ello. Eso es estímulo por la imaginación, por las palabras, pero seguramente que no es belleza. Y si no es belleza, ¿cómo entonces ve una mente la belleza sin depender de un estimulante que le dé cierta excitación, cierto sentido de acrecentada energía, que le hace a uno decir: "Ese es un bello edificio" o "Es un edificio feo".

En los más de nosotros, la mente ha estado dependiendo de estimulantes: bebida, sexo, placer, montañas. ¿Cómo va una mente así a ver la belleza sin depender de un estímulo? Dejemos esto aquí por el momento. Voy abordando el problema de distintas maneras.

¿Qué es el amor? Sabemos lo que se suele considerar

que es amor: los celos, el afán posesivo, la dominación, mi familia en oposición a la de usted, mi país opuesto al suyo, mi Dios y su Dios, lo profano y lo espiritual, que son todos fragmentos. ¿Conozco el amor sin celos, sin afán de posesión? Tengo, pues, que descubrir lo que es el amor.

Ahora bien: tenemos tres preguntas, "¿Qué es el amor?", "¿Qué es la belleza?" y "¿Qué es el ver?".

¿Qué es el ver, total, no fragmentario? Cuando *veo*, veo la vida en forma total: la muerte, el nacimiento, la totalidad de ella, no en fragmentos. Yo me digo, viviendo en este mundo, ¿qué es la belleza? Hay tantos museos, tantos cuadros, tantos libros, todos influyendo o estimulando o tratando de configurar mi mente; unos dicen que una cosa es bella y otros que no lo es. Depende de un estímulo; y ¿es belleza ese estímulo? Yo digo: "No, no lo es; *no puede* serlo". Al ver un bello edificio o una bella faz o una montaña o un reflejo en el agua y decir: esto es bello, sé que esto no es *belleza*. He rechazado en forma negativa, sin saber lo que es la belleza, he rechazado lo que se ha considerado como belleza, que es un estimulante, lo he rechazado por completo.

Veo también lo que es el amor, tal como lo conocemos los seres humanos: celos, ansiedad, un sentimiento de soledad, no sentir amor y querer ser amado, sentimentalismo, emotividad, posesión; todo el feo barullo de la desesperanza está en ello. Veo que eso no es amor. Esto es un hecho real, no una idea. Si el amor es mera tortura, entonces llámenlo como quieran, pero no es amor. La mente nos dice que lo rechacemos de manera total.

Cuando rechazo sin motivo, sin reacción, ¿qué ha pasado? Díganme, señores, qué ha pasado. Tengo la

mente en un estado de negación ¿no es así? Todavía no he descubierto qué es lo positivo. Lo positivo es el fragmento. Al negar todo eso, mi estado es una negación. Tengo la mente vacía, porque no depende de ningún estímulo, como el sexo, los celos o la posición. Veo que la belleza no es un estímulo; tiene que ser algo del todo distinto.

Veo también que el vivir en fragmentos nunca produce lo total. Veo todo eso y me hallo en estado de negación. La mente se halla en un estado en que es por completo negativa, pero no en blanco. Está llena de vitalidad, de energía, pero tiene que haber otro elemento. En electricidad tiene que haber dos, el positivo y el negativo. Tengo sólo un aspecto de ello; ¿qué es lo que producirá el otro? Lo negativo tiene su propio movimiento, no está en calma. Cuando no hay nada de movimiento, existe un positivo que le viene al encuentro. Mírenlo ustedes mismos, no me escuchen a mí. Háganlo y lo verán en un segundo. Es maravilloso. Adelante, pues. La mente ha vivido en fragmentos y se halla en estado de continuo conflicto, esfuerzo y competencia. Esa mente dice ahora: "Se acabó". No entraré ya en ese campo en absoluto. Al no entrar en ese campo, porque la mente ve su tontería, su absurdo, se ha vuelto negativa. Como el estado negativo tiene su propio movimiento, sólo cuando ese estado negativo se halla en *completo* silencio, no en blanco, sino lleno de energía y por lo tanto, de quietud, sólo entonces es cuando entra en ello lo positivo, no desde ninguna dirección, sino en sí mismo. Esto necesita un poco de pensar cuidadoso.

Mire, señor. Siéntese muy quietamente, sin *ningún* movimiento. ¿Qué pasa? Su mente se desvía. Usted trata de sujetarla, trata de resistirla; pase por todo eso y

entonces se le quedan quietos la mente, el cuerpo, los nervios, las células cerebrales, todo ello está quieto. Entonces, si está usted sentado con la mente en completa quietud, que es un estado de negación, ¿qué ocurre? Se presenta otro factor, se está produciendo en ello otro movimiento, no creado por ningún estímulo; mas, como la mente se halla tan por completo en un estado de vacío, vacuidad, negación, pasividad —en que no hay ningún movimiento en absoluto, creado por una negación que dice: "Tengo que seguir más allá"—, hay un movimiento que no está creado por la mente. La mente no tiene adonde ir; no está esperando respuesta, aguardando, teniendo esperanza, buscando, mirando,hallando. De modo que cuando hay una calma absolutamente negativa, pasiva, en eso viene un movimiento distinto. Lo positivo y lo negativo se encuentran. Los dos se han encontrado. Y con esa mente que conoce a la vez la negación completa y lo positivo *completo*, no lo positivo de los fragmentos, con esa mente que conoce este positivo y este negativo extraordinarios. Mire usted. Mire la belleza, el amor y la naturaleza de una mente que ve de manera total.

Sólo una mente que esté en completo silencio, con este estado pasivo, negativo, puede ver de manera total la vida, sin dolor; puede ver que la vida que muere no termina, porque morir es entonces una renovación, una cosa nueva. Si yo muero para el ayer, para todos los recuerdos del ayer, mi mente es fresca, inocente, está viva, ya no temo la muerte. Ahora he hallado un nuevo camino, he descubierto cómo mirar de modo total todas las cosas, partiendo del completo vacío que es positivo.

9 de agosto de 1965

VII

Como ésta es la última discusión, ¿de qué hablaremos juntos esta mañana?

Interlocutor: ¿Cómo observamos en este estado de negación en que hay un movimiento positivo?

KRISHNAMURTI: En realidad, no puedo volver de nuevo sobre ello. Dijimos algo ayer sobre cómo observar, lo que es el ver o el escuchar. Lo único que puedo hacer es decirlo en otras palabras, no en las mismas.

Interlocutor: Cuando uno mira partiendo del silencio, del vacío, ¿procede esa mirada del amor, del afecto?

Interlocutor: ¿Podríamos acaso hablar esta mañana sobre la posibilidad y la necesidad de que un ser humano viva de modo total dentro de los términos de todas sus relaciones?

KRISHNAMURTI: Me temo no haber comprendido la pregunta, señor. ¿Querría hacer el favor de repetirla?

Interlocutor: Puedo decirlo de esta manera: ¿Podemos vivir fieles a la vida y a la naturaleza?

Interlocutor: Al verse a sí mismo o alcanzar el conocimiento de sí propio, ¿cómo sabe uno que no está siendo engañado?

KRISHNAMURTI: ¡Ah! ¿Cómo sabe uno que no está preso de una ilusión o cómo sabe que no se engaña a sí mismo?

Interlocutor: Señor, ¿tienen los niños que pasar por la mente positiva y luego llegar a la negativa, o pueden empezar con la negativa desde el principio?

KRISHNAMURTI: ¿Tienen los niños que pasar por la adquisición positiva de conocimiento, para llegar a un estado distinto, o pueden saltar a éste directamente? ¿Es eso lo que desea usted discutir?

Interlocutor: ¿Podría usted aclarar el significado de la auto-hipnosis que se produce cuando uno está mirando el fuego o el agua corriente?

Interlocutor: ¿Qué es esta energía que hace falta para la atención total y cómo se produce cuando la mayor parte de nuestra vida es un desperdicio de energía?

KRISHNAMURTI: Acaso al discutir esa pregunta entre nosotros podríamos responder a las otras. ¿Podemos seguir adelante con ella? ¿Sería eso de interés para todos?

Auditorio: Sí.

KRISHNAMURTI: Cuando escucha usted esa corriente de agua, la brisa entre las hojas, es de gran importancia cómo escucha, me parece a mí; porque escuchar es hacer, y por lo tanto, el escuchar y el

hacer producen la energía; pero escuchar y luego hacer es un derroche de energía. Penetremos en esto.

Toda acción reclama energía. Hacer *cualquier* cosa: pensar, sentir, hablar, la requiere. En el hacer, si hay esfuerzo o si hay división entre la idea y el hacer, hay disipación de energía. Si hago algo porque veo con claridad, entonces no hay desperdicio de ésta; ver y hacer juntamente, de modo instantáneo, no es disipación de energía. Si veo algo peligroso, esa percepción de peligro y la acción inmediata no es derroche de energía. Mas en nosotros el hacer suele estar separado de la idea; el acercamiento de la acción a la idea es un derroche de energía.

Creo que es muy importante comprender esto, porque todos actuamos a base de una fórmula: católica, protestante, comunista, o alguna otra que uno mismo haya desarrollado por experiencia, por conocimiento. Esa fórmula puede ser la imagen que cada uno de nosotros tiene de sí mismo o de lo que es la sociedad o de lo que debería ser. La fórmula no es acción. La fórmula es el deseo, la demanda, estar seguro en la acción. Cuando hay una acción en la cual no hay roce, no hay derroche de energía; pero la acción en que *haya* roce en forma de idea de placer, de fórmula, es disipación de energía.

No tenemos, pues, que interesarnos en la acción, sino en la cuestión de por qué es que tenemos fórmulas, imágenes. *Ésa* es la cuestión, y no la manera de actuar de tal modo que no haya roce, sino más bien la de: ¿por qué es que hemos desarrollado, cultivado, nutrido fórmulas? Cuanto más complicadas, más sútiles, más basadas en el conocimiento, en la experiencia, sean las fórmulas, más fuertes se volverán. ¿Es posible actuar sin la fórmula? Eso suscita una cuestión: ¿qué es la

madurez? ¿Es la madurez la edad, una cuestión de crecer, madurar y morir, o es que la madurez tiene una significación por completo distinta?

Para madurar, una fruta necesita sol, oscuridad, lluvia, nutrición del árbol. Cuando está madura, cae del árbol. Eso es lo que llamamos madurez, sazón, en el fruto. Para nosotros, la madurez viene sólo al parecer mediante el roce, el conflicto, el constante combate dentro y fuera. Lo que llamamos madurez en los seres humanos es la profundización del conflicto y la expresión de ese conflicto en acción o en desorden.

¿Qué es tener una mente madura? ¿Tiene que pasar la mente por innumerables experiencias, conflictos, combates, todas las influencias bajo las que vive un ser humano en la sociedad moderna; tiene que pasar por todo eso para madurar? ¿Tiene que hallarse en un estado constante de conflicto para llegar a ser maduro? Esta es la misma pregunta que hizo aquel señor; yo trato de contestarla en una forma distinta.

¿Tiene uno que pasar por todas las experiencias de la vida para estar maduro, para ser capaz de una acción en la que no haya elemento de roce? ¿Tiene la mente humana, como la de usted y la mía, que pasar por toda forma de pugna, conflicto, disipación de energía, control de ésta, para llegar a un estado de madurez? En general decimos que sí. Vamos ahora a cuestionar este "sí".

Interlocutor: ¿No existe una CLASE de experiencia distinta por completo?

KRISHNAMURTI: No lo sé. Está usted preguntando si no existe una clase distinta de experiencia. Por fa-

vor, eso es eludir el hecho, eludir *lo que es*, cuando buscamos una clase distinta de experiencia. Ya he pasado por todo eso. No lo repitamos de nuevo. Señor, déjeme plantear toda la cuestión de modo diferente. ¿Puede una mente que haya vivido tanto tiempo, que haya acumulado tanta experiencia, que tenga ciertos valores en ciertas áreas, puede esa mente llegar a ser del todo inocente y actuar partiendo de esa inocencia? Olvidemos todo lo que hemos dicho durante estas diecisiete pláticas y mirémoslo de nuevo.

¿Tiene la mente humana, tal como es ahora, que pasar por años y años de lucha, amargura, temor, odio, vanidad, y luego desecharlo todo para ser inocente? ¿O puede ser inocente desde el principio mismo y sostener esa cualidad de inocencia? Sólo una mente fresca, no contaminada, no rota en fragmentos por la experiencia y luego reconstruída —una mente que sea clara, sin ningún rasguño de memoria— sólo una mente así de fresca es la que puede ver cualquier cosa nueva. Si quiero ver algo nuevo en la vida no puedo llegar a ello con mi cerebro alborotado, mis ideas en desorden, confusión, desdicha. Es absolutamente imperativo tener una mente fresca.

¿Cómo va a producirse esto? Es evidente que no por métodos, sistemas, prácticas, hacer, practicar lo de darte cuenta; todas esas cosas sólo sirven para condicionar más la mente en su norma determinada. Mi pregunta es: aunque la mente ha vivido tanto tiempo bajo tantas influencias, tantas clases de condicionamiento y tantos tipos de ambiente, ¿puede librarse de modo instantáneo y quedar nueva? Puede ser una pregunta absurda; porque yo estoy preguntándome por qué he de pasar yo por *cualesquiera* experiencias, o, si paso, por qué han de dejar *alguna* señal. La señal, los

recuerdos, los placeres, son lo que vuelve la mente pesada, revuelta, no libre, no nueva.

Quiero descubrir si es posible —y no digo que lo sea— tener una mente nueva todo el tiempo, a pesar de todos los incidentes, accidentes y experiencias. ¿Tiene esa pregunta alguna validez? Creo que la tiene, porque veo que sin una mente nueva no puede resolver *ningún* problema, ni aun el menos complicado problema científico. Tiene que haber también una mente fresca para encararse con las complejidades cada vez mayores de la sociedad moderna y comprender las relaciones de los seres humanos con esa sociedad. Es una pregunta válida, porque, como he explicado, sólo la perspectiva nueva de una mente nueva, una mente que no esté fuertemente condicionada, es lo que puede crear una nueva sociedad humana, una nueva existencia humana. ¿Cómo se va a producir esto? Bueno, señores, penetren en ello, por favor. Si creen ustedes que la pregunta es válida, vamos a hablar juntos sobre ello.

Ayer tuve una experiencia. No puede uno evitar la experiencia. No tener reacción alguna es estar muerto, paralizado, y la reacción es experiencia. Cuando uno ve una bella montaña carece de sentido estar por completo paralizado, sin reacción. Pero ¿cómo es posible que la reacción, que es una experiencia, se realice y, sin embargo, no deje raíz alguna en el suelo de la mente? ¿Cómo es posible tener una experiencia y acabar con ella de modo inmediato? Viviendo en este mundo con todas sus complejidades, con todas sus experiencias, con todas las reacciones conscientes e inconscientes que surgen todo el tiempo, que están haciendo impacto, ¿es posible que una mente experimente y que la experiencia no deje señal en forma de memoria, y actuar desde ese recuerdo, desde esa remembranza? La acción entonces

se ajusta simplemente o se aproxima al recuerdo y la reacción no libera o libra la mente del pasado.

Tengo que encontrar una clave a todo esto, porque de lo contrario viviré constantemente en el aumento de experiencias, estando fuertemente condicionado en el dolor, en la pena. Tengo que hallar una llave que abra la puerta de toda experiencia y no deje marca, o un estado mental que no tenga experiencia alguna.

Hay tres cuestiones implicadas en esto. Primero, ve uno muy claramente que tiene que haber muerte para el pasado, para tener una mente muy nueva, clara, inocente, que sea capaz de hacer frente a todas las cosas de la vida. Es una necesidad tan grande como el alimento, la bebida, el ejercicio; es una necesidad absoluta. Luego, ¿es posible vivir en este mundo experimentando, sin que esas experiencias dejen una sola señal? La tercera cosa es: ¿existe un estado de mente que, viviendo en este mundo, funcionando, no tenga nada de experiencia? Esto no quiere decir que esté paralizada, ciega o aislada; se ha separado de tal manera que elude toda forma de experiencia. ¿Me siguen ustedes? Primero, la necesidad de una mente fresca, nueva; segundo, una mente que experimente, funcione, actúe sin dejar tras de sí una cicatriz; y, tercero, una mente que sea tan enormemente viva que no necesite experiencia.

Prescindiremos de momento de la tercera cuestión. Para la mayoría de nosotros sólo están implicadas dos cosas: no vemos que sea necesaria una mente nueva, no lo vemos intelectual ni verbalmente, pero en realidad la pedimos. En realidad *no queremos* una mente nueva, porque eso significa dejar todos los placeres que uno ha acumulado, muriendo para el pasado, no de modo fragmentario, sino *total*, morir no sólo para nuestros dolores, penas y temores, sino para *todos* los placeres;

de otro modo, no puede uno tener una mente nueva. Sabemos, muy en lo hondo, que una mente nueva es necesaria, mas no la queremos con apremio, con efecto inmediato y con pasión. Y la pasión, la urgencia, no pueden estimularse por esta práctica ni por otra.

La energía necesaria para tener una mente nueva es la que viene cuando uno muere para el pasado. Hemos empezado preguntando cómo es posible tener esta energía, que es estar en un estado de constante sensibilidad acrecentada y en el que no hay contradicción, no hay disipación. Estamos respondiendo a esa pregunta.

Ve uno en lo intelectual, en lo verbal, la necesidad de una mente nueva. La mente pregunta: "¿Cómo voy a llegar a ese estado en el cual hay una mente nueva?" La demanda, la pregunta en realidad es: "Cómo voy a llegar a esa mente nueva *que me dará gran placer?"* No es que quiera usted una mente fresca por sí misma, sino por el placer que va a sacar de ella. La demanda de ese placer es una disipación de energía. Quiero estar sano pero quiero comer todos los alimentos que me gustan; quiero beber y fumar, pero sin embargo tener buena salud. Las dos cosas no pueden emparejarse. He descubierto algo: que para tener una mente fresca tengo que comprender y poner fin al principio de placer, morir para él. Como no lo hago, pregunto: "¿Cómo voy a hallar placer en esa nueva mente?".

Veo que la mayor parte de nosotros no queremos morir para todos los placeres, las acumulaciones, los odios, las vanidades que hemos tenido. Queremos atesorarlos y sin embargo, tener una mente fresca. No puede usted hacerlo. ¿Cómo voy, pues a morir para el pasado? ¿Haré esa pregunta? No la haré, porque en realidad no quiero renunciar al pasado. He escrito libros, he sido alguien, he hablado en muchas plataformas, tengo una

historia, una reputación; no quiero morir para todo eso, porque, si muero, ¿qué pasa? No soy nadie; me hallo en un estado de vacío, hueco.

Mire usted, si muero —y *quiero decir* morir— me importa un comino la reputación, lo que diga la gente, si he hablado en diversas partes del mundo, todo el resto de las tonterías; si *en realidad* no me importa, hay un estado de vacío, un estado de completo vacío. En este estado hay enorme energía. Esto no lo sabe usted si no lo ha hecho. Es un vacío cargado de enorme sensibilidad e inteligencia. Esa energía, esa inteligencia, sensibilidad, no es posible que se produzcan mediante la acumulación de conocimiento, experiencia, memoria.

Ese vacío siente: "Lo he perdido todo: amigos, reputación, la demanda de hablar y utilizar los oyentes para mi placer." Cuando ha comprendido usted el principio del placer, la exigencia de su continuidad, no hay registro de memoria como memoria. Yo me aferro a la memoria porque es placentera, y, por ser placentera, no quiero pena. De modo que el placer crea la pena. Veo la necesidad de una mente fresca y comprendo que, para hallarse en un estado mental que sea siempre nuevo, no porque sea placentero, tiene que haber un vacío total en el cual el pensamiento como placer, como imagen, como expresión, no tenga sentido. La mente ha llegado a ese punto por inteligencia, razón, lógica, cordura, salud, y no porque quiera placer. Es una secuencia natural, si es que puede usted llamar secuencia algo que no es del tiempo.

Las experiencias pueden pasar a través de ese vacío. No es que *yo* esté experimentando y por lo tanto, que el "yo", el observador, el pensador, el experimentador, retenga lo que está siendo experimentado. No es como

clavar un alfiler en una pierna y que no haya reacción si la pierna está paralizada. *Tiene que haber* reacción. En realidad, toda reacción se acrecienta, pero al pasar por ese vacío no se registra la experiencia, y por lo tanto, no hay un pasado que se base en el placer y en la evitación del dolor.

Todo esto reclama inteligencia, no es que "yo quiera conseguirlo". No es la acumulación de conocimiento, no es la lectura de libros ni el escuchar pláticas. *Nada* lo hará. La mente ve la necesidad de claridad y de una mente fresca, y ambas cosas sólo pueden venir mediante una enorme inteligencia. Inteligencia *es* energía, porque la inteligencia entonces *actúa,* pero su acción no engendra una idea, lo que sería disipación de energía.

La mente ha llegado a ese punto. No dice: "¿Cómo voy a morir para el pasado, cómo voy a morir para los recuerdos que he tenido, para la auto-realización, con sus placeres, frustaciones y pena?" No pregunta por el método. Ve la necesidad de una mente nueva. Tiene que abordar *eso,* habérselas con *ello.*

Para rechazar un placer sin el motivo de un placer mayor, para morir por completo para ese placer, hace falta un darse cuenta que es inteligencia. Esta viene cuando hay una comprensión de que tiene que haber una mañana nueva, no la tarde de ayer atraída a esta mañana. Cuando eso está *claro en absoluto,* todas las cosas siguen con facilidad. Puede uno tener experiencias sin que dejen señal cuando uno ha rechazado toda forma de placer y por lo tanto, de pena y dolor, porque ese rechazamiento es darse cuenta de toda la construcción del placer y el dolor. De ese darse cuenta viene la energía que es inteligencia.

Un motivo tiene energía, pero no es de la calidad de

la inteligencia. El darse cuenta total del placer y del dolor, sin elección, trae orden y esa energía que es inteligencia. La inteligencia siempre está vacía. Por eso la energía, que es inteligencia, es en esencia sencilla. La sencillez ha llegado a ser una palabra tan cargada que ha perdido del todo su sentido. Santos, monjes e instructores han limitado la sencillez a cuestiones tan vulgares como las del dinero, las ropas y los alimentos. Para ellos, la sencillez consiste en tener poca ropa, una comida al día, y ello salpicado de algunos milagros. Los milagros son las cosas más fáciles de hacer. Si es usted muy sencillo en cierta dirección, podrá hacer milagros. Ya se ha hecho. Este halo extraordinario se da de balde, pero la verdadera sencillez es algo enteramente distinto. Tiene uno que ser extraordinariamente sencillo; y no sólo con respecto a ropas, alimento y albergue.

Donde hay inteligencia hay energía, y el individuo vive en un estado de completo vacío o soledad. Esa inteligencia funciona siempre con los hechos y por lo tanto, es sencilla. No tiene opiniones ni dogmas sobre el hecho. Sólo existe el hecho, *lo que es*. Es un derroche de energía el espacio entre el hecho y la imagen, la fórmula, las opiniones que tenemos sobre el hecho. Esta es la última plática, de modo que penetre usted en ella, bébasela, para que su mente, toda su energía, se vuelva asombrosamente viva e inteligente, y por lo tanto, extraordinariamente sencilla. Esa sencillez es el estado en que no hay espacio entre el observador y el hecho. Sólo existe el hecho, *lo que es*. No importa que sea doloroso o placentero.

Vemos todo eso. ¿Es posible entonces —se pregunta uno— vivir en este mundo, ir a la oficina, tener una familia, ir de vacaciones, hacer todo lo que uno hace,

vivir y sin embargo tener esta inteligencia funcionando todo el tiempo? Esta es una falsa pregunta, no es una pregunta sencilla, sino que está basada en el deseo de placer. Mas si usted dijese: "¿Puedo enfrentarme con el hecho, *lo que es,* todos los días sin intervalo entre el hecho y yo mismo?", entonces eso tendría sentido. Si usted pregunta: " ¿Puedo mantener este sentido de inteligencia todo el tiempo?", entonces está usted haciendo la pregunta falsa.

A lo que ha llegado usted ahora es al hecho real, a *lo que es,* la experiencia. Está usted forzando la mente a mirarla como *es,* no a través de sus opiniones e ideas. Sus opiniones e ideas producen la *experiencia* con respecto al hecho. Pero cuando ve usted el hecho como tal hecho, como *lo que es, no hay* experiencia. Si estoy encolerizado, estoy encolerizado. Es un hecho. Es así. Pero en el momento en que digo: "No debo, es cosa mala, no es bueno para mi salud, para mi hígado, para mi corazón, para mi vida espiritual", entonces estoy empezando a experimentar en el campo que no pertenece para nada a los hechos. ¡Cuán extraordinario es que una mente pueda mirar un hecho, *lo que es,* sin ninguna experimentación! Esto es, si yo soy un mentiroso, mirar el hecho sin ninguna explicación, justificación, ninguna condena. La mente que se entrega a la explicación, la justificación, la condena —todas las cuales se basan en el pasado, en el placer, la pena y el recuerdo—, ésa es la mente que experimenta, no la que se encara con el hecho de que no dice la verdad.

¿Qué le pasa al hecho de que yo estoy diciendo una mentira? ¿Hay un enigma sobre esto? Digo una mentira porque estoy atemorizado. Manténgalo a un nivel muy sencillo. El hecho es el temor, y no el mentir, el miedo que me ha hecho decir una mentira. El hecho, *lo que*

es, es el miedo, y tengo que librarme de este último; no me agrada, causa trastorno, vuelve la mente obtusa, pesada, astuta. Trato, pues, de librarme de él. Lo de librarme de él es un esfuerzo desperdiciado, mientras que el *hecho* es el temor. Cualquier acción, cualquier movimiento, en cualquier dirección, sobre el temor, es un derroche de energía; el intervalo, la laguna entre el observador que dice: "Me da miedo", y el miedo, es también un desperdicio de energía. ¿Puede la mente, sin ningún movimiento, permanecer con el miedo? Temo la muerte o una docena de otras cosas. ¿Puede la mente estar con ese temor sin ninguna actividad? ¿Puede darse cuenta de toda la estructura del temor sin tratar de condenarlo, de traducirlo o justificarlo, sino darse plena cuenta de él, de modo que no haya movimiento y por lo tanto, haya una energía que es inteligencia? Si hay esta completa percepción no hay temor.

No se trata de sostener un estado mental que no tiene miedo. Yo puedo tener miedo mañana, o en el instante próximo, pero si hago frente a ese temor *ahora,* de modo total, dándome cuenta de manera completa, pasiva, sin elección, hay una energía que es inteligencia, y por ello no hay temor.

¡No trate usted de aprender la treta! No es una treta. Si trata usted de aprender el ardid y lo aplica para librarse del temor, ¡adiós!; nunca lo conseguirá usted. Mas si ve toda esta cosa, no habrá miedo. No hay práctica del darse cuenta. No hay demanda de su continuidad; usted no reclama ni practica, porque la mente es inteligente mediante la percepción.

La siguiente pregunta es: ¿Es posible que una mente se encuentre en un estado en que no tengan sentido las experiencias: las visiones, lo que la gente dice, lo que no dice, tanto si está usted hablando como si no

lo está, tanto si escribe como si no escribe, si es usted famoso como si no lo es? Si uno no ha comprendido por completo la primera pregunta, la necesidad de una mente fresca, limpia, y no ha penetrado en ello a fondo, no puede responder a la siguiente, porque la segunda, la de si es posible vivir en el mundo sin experiencias que dejen una señal, surge naturalmente de la primera.

Creemos que el darse cuenta es algo que tiene que mantenerse, pero cualquier cosa que tenga continuidad no es nueva. De lo que hablamos es de una mente que sea nueva, grandemente inteligente; es inteligente porque comprende, y la comprensión es la energía que crea esa inteligencia. Cuando usted haya *vivido* de esa manera, la atención, el darse cuenta, pueden echarse a dormir, pueden quedar en calma; y, cuando sean necesarias, puede usted actuar en ese estado de inteligencia.

Más si dice usted: "Tengo que mantener esto de manera constante", entonces ha retrocedido de nuevo; nunca habrá una mente nueva. La mente fresca no es una idea. Es un hecho, pero sólo cuando hemos comprendido la estructura y la naturaleza del placer que es el criadero del dolor. Tiene uno, pues, que empezar muy cerca. El primer paso, que está muy cerca, es el dolor, el placer en pequeñas cosas, no en vastas, enormes ideas. Avanzando desde ahí descubrirá usted por sí mismo si una mente puede vivir en este mundo, funcionar, ir a la oficina y todo lo demás, porque estará tan enormemente despierta que no necesita experiencia; sólo una mente así es la que es inocente. La inocencia es la más elevada forma de la sencillez. En esa mente que es inteligente por completo y en la que hay una energía que está en silencio —porque la energía que no sea silenciosa nunca puede ser inteligente— hay un

movimiento del todo distinto. Mas eso se vuelve especulativo y por lo tanto, inútil, si uno no ha pasado primero por esto y tiene una mente tan viva que no necesite experiencia.

10 de agosto de 1965

ÍNDICE

Para qué se celebran estas reuniones 5

DISCUSIONES EN LONDRES

I 7
II 34
III 57
IV 78
V 95
VI 113

DISCUSIONES EN SAANEN

I 131
II 147
III 163
IV 177
V 193
VI 209
VII 224


Dialogos con Krishnamurti
J. Krishnamurti